

PARTE VIII

NATALIE CONVERS
MARIPOSAS
EN TU
ESTÓMAGO

Lectulandia

No hay nadie más experta en los trabajos de media jornada que Beca: a sus 18 años no solo es la mayor de cuatro hermanos, también es la compañera de combate junto a su madre para sacar a la familia adelante a la vez que estudia muy duro para las clases. Después de que su padre se marchase sin ninguna explicación cuando ella tenía solo 16 años, aprendió una gran lección: no te fíes de ningún tipo con sonrisa arrolladora y un imán natural para las nenas. A pesar de ello, pronto conoce a Alex, un enigmático y atractivo estudiante de Bellas Artes que puede hacer aparecer mágicamente mariposas en su estómago y que irremediabilmente cambiará su vida para siempre mediante un giro inesperado del destino.

Lectulandia

Natalie Convers

Mariposas en tu estómago (Parte VIII)

Mariposas en tu estómago - 8

ePub r1.0

Titivillus 09.10.16

Título original: *Mariposas en tu estómago (Parte VIII)*

Natalie Convers, 2016

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

*A mis dos crisálidas, Aída y Marta;
a mi madre, la mariposa reina,
y a ti, lector que me lees,
porque esta historia ha sido posible.*

Si no escalas la montaña, jamás podrás disfrutar el paisaje.

PABLO NERUDA



Capítulo 17

BECA



«... de pronto un conejo blanco con grandes ojos rosados se cruzó ante ella. En realidad no había *nada* de extraño en ello y Alicia no se sorprendió *ni siquiera* cuando le oyó decir: ¡Ay, Dios mío, qué tarde se me está haciendo! Y aunque más tarde, al recordarlo, le chocó que no le hubiera sorprendido, lo cierto es que en aquel momento le pareció de lo más natural. Y fue entonces cuando el conejo sacó un reloj de bolsillo de su chaleco para consultar la hora, antes de echar a correr de nuevo, y solo entonces se dio cuenta la niña de que nunca en su vida había visto un conejo con chaleco ni, mucho menos, con reloj de bolsillo. Alicia se levantó de un brinco y, muerta de la curiosidad, corrió por la pradera hacia el lugar donde se encontraba el conejo, y llegó justo a tiempo de verle desaparecer por una gran madriguera que se abría al pie de un seto. Y no tardó Alicia en seguirle...»

Alicia en el País de las Maravillas. LEWIS CARROLL

Cuarenta y cinco minutos antes...

Hay alguien parado frente al estudio de Alex. Su pose relajada, aunque firme en los puntos precisos del cuerpo, parece indicar un fuerte dominio de sí mismo y del mundo que lo rodea, una actitud de la que solo pueden presumir los señores de la alta aristocracia del siglo XVIII en las novelas románticas. Pero no es solo eso lo que me lleva a no delatar mi presencia todavía, no...

Su vestimenta impecable e incluso un poco excéntrica posee un aire como de dandi inglés moderno de quien busca la sofisticación hasta el extremo de destacar. Todo esto y lo anterior hace que opte por ser precavida. Continúo mi escrutinio y observo sus hombros, que no dejan de resultar masculinos, a pesar de no ser muy amplios. Una línea ancha y en diagonal de color granate recorre la camisa azul claro en la parte superior de su espalda, como un tajo hecho en la piel, hasta donde llega peinado en una coleta su lustroso cabello, tan oscuro como las alas de un cuervo.

Un escalofrío viaja por mi espina dorsal.

Trago saliva.

Ajeno a mi examen, el hombre se mantiene con una expresión neutra mientras se apoya en lo que al principio me parece un bastón, pero que al entrecerrar los ojos comprendo que es, en realidad, un paraguas de color café. Su extravagante comportamiento y la postura que adopta le confieren un aura de misterio y peligro que me produce una oleada de desconfianza.

De repente, el hombre alza la vista al cielo; la mano libre le hace las veces de visera sobre los ojos, a pesar de que el sol está cubierto. Hipnotizada por ese gesto

que parece tan natural, sigo su mirada. El techo terráqueo parece casi eufórico con sus irregulares jirones de nubes cada vez más oscuros en movimiento, como si danzaran algún tipo de baile exótico y secreto que nadie más, excepto sus grises nubarrones, igual que amantes, puede ejecutar. El corazón me palpita más fuerte ante la expectativa de que pronto caerá una encomiable tormenta, y no puedo evitar contagiarme de ese despliegue de animosidad, porque a pesar de que los días de lluvia no siempre han gozado de buena reputación entre la gente de la ciudad, para mí hay una pequeña metáfora en las tormentas. Son señal de que algo importante va a ocurrir en cualquier momento, pero también de que algo está a punto de acabar.

De forma inesperada, el hombre se vuelve, aún con la cabeza inclinada, de modo que no me ve. No obstante, me sobresalto un poco al reconocer su nariz aguileña, la cual podría hacerle pasar casi por el mismísimo Adrien Brody de ser unos centímetros más alto...

—¡Cara de rata! —digo en voz alta de manera descuidada.

No me quedo para comprobar si me ha oído. De inmediato me llevo las manos a la boca, me muerdo con los incisivos superiores el labio inferior como si no fuera suficiente y salgo corriendo avergonzada hasta refugiarme detrás de dos contenedores de basura cercanos. Una vez que me he dejado caer poco a poco y sin hacer ruido sobre uno de los lados del segundo contenedor, los ojos se me cierran y trato de captar el sonido de pasos, de respiración; en resumen, de cualquier cosa que pueda delatar que él me ha seguido. Pero los segundos transcurren mientras siento cada latido de mi corazón, que bombea sangre con fuerza por mis muñecas, por mi pecho e incluso por mi boca, y nada sucede.

Hago acopio de una valentía que no siento, inclino la cabeza hacia el lado derecho y me obligo a echar un vistazo. Hugh, el antiguo galerista de Alex, continúa allí plantado frente al estudio. Un repentino sudor frío hace que me hormiguee la piel en la nuca.

Ha faltado poco...

Suspiro de alivio, aunque no demasiado fuerte. Por algún motivo, mi instinto me dice que él me reconocerá si me ve, porque no fui precisamente un alarde de elegancia y decoro la primera vez que nos cruzamos en Londres durante la exposición de Alex. Con solo recordarlo, noto calor en las mejillas.

Por suerte, esta misma mañana Alex ha salido temprano de mi casa y, en lugar de dirigirse al estudio como de costumbre, ha ido directo a reunirse con su madre con la promesa de que intentaría por fin hablar sin más mentiras con ella.

Esbozo una sonrisa sarcástica al recordar nuestra última conversación.

—¡Eh, mi musa! Si mi madre te ve, enloquecerá antes de que yo pueda decir la primera palabra. Solo serás una distracción —me explicó Alex en tono condescendiente, y luego se acercó para acariciarme la cabeza dado que yo no respondía, pero me aparté: no estaba de humor para ser lisonjeada como un gato ni para corresponderle.

Aquellas palabras con las que Alex había puesto fin a nuestra discusión me dolieron, y provocaron un extraño y frío distanciamiento entre los dos que aún no puedo quitarme de la cabeza. Y si bien accedí a no acompañarlo, todavía me preocupa el modo como Alex pueda manejar la situación. Con su carácter a veces irónico, en otras ocasiones apasionado, pero también obstinado y versátil, imagino que puede estar ocurriendo en estos momentos cualquier cosa. No obstante, una parte de mí, resentida por todos los rechazos de la madre de Alex, se retuerce de júbilo.

Por una vez dejo que todas mis emociones se liberen y me atrevo a pensar que quizá ella se lo merezca.

De repente, un ruido peculiar, del tipo que produce una puerta oxidada al abrirse, me devuelve a la realidad.

Centro mi atención en la figura inmóvil del agente de arte con curiosidad. Dado que Alex me comentó que Hugh, nada más llegar a España, ha tratado todo el tiempo de contactar con él, y Alex no ha respondido a ninguna de sus llamadas o mensajes, ni siquiera me resulta raro ver que al fin Hugh ha decidido ir a buscarlo directamente a su estudio. Pero me fijo en que todavía no se ha movido ni un poco de su sitio, y empiezo a dudar si ese ruido que he oído solo ha sido parte de mi imaginación.

De pronto, Hugh vuelve la cabeza a ambos lados con la mirada en alerta al igual que un halcón, lo que me obliga a esconderme de nuevo. Pero cuando me asomo otra vez, él ya no está.

Reprimo un gemido de sorpresa.

¡Oh, Dios mío! ¿Dónde ha podido meterse? Todavía sin entender qué ha sucedido, me arriesgo a salir de mi refugio para localizarlo. No obstante, es como si una sombra se lo hubiera tragado. Y ahora que no está, toda la calle parece permanecer bajo el hechizo de un silencio que engulle a otro silencio mucho mayor, más profundo e inquietante, porque en estos momentos no hay coches u otras personas que circulen por la acera, ni gorriones y palomas que peleen por migajas de pan en el suelo, solo yo.

Noto cómo mi sentido de la audición y de la vista se agudizan, y puedo oír y verlo todo, hasta el más leve movimiento de una hoja.

Tomo una amplia bocanada de aire para controlar el enorme nudo de emociones contradictorias que siento en mi garganta, y después trago saliva. De inmediato, un rastro terroso como a arcilla húmeda me recubre la superficie de la punta de la lengua. El regusto es dulzón y ácido a la vez, tal como lo son mis pensamientos. Los pelos se me ponen de punta en la nuca.

Como respondiendo a la pregunta que no he hecho en voz alta, Hugh vuelve a reaparecer, solo que esta vez sale del estudio de Alex. Al verlo a tan solo dos metros de mí, prácticamente no logro contenerme para evitar caer al suelo de la sorpresa inicial.

—¡Ya es demasiado tarde! Tenéis que hacerlo ya o no cobraréis la otra mitad de lo prometido, ¿entendido? —jura en un tono de voz amenazante y en un español

entrelazado con un escurridizo rastro de acento anglosajón sobre el altavoz del teléfono móvil que sostiene junto a la oreja derecha. Hace una pausa y se mueve como si buscara una mejor cobertura. Parece casi frenético—. Ahora —recalca.

En ese preciso instante Hugh regresa al interior del estudio sin siquiera reparar en mi presencia, y yo me doy cuenta de que no es posible que él tenga las llaves para entrar, y también de que nadie permanecería tan inmóvil como un guardia real del palacio de Buckingham delante de una puerta durante tanto tiempo si no hubiese una buena razón para ello.

Espero unos minutos, pero Hugh no vuelve a salir. Preocupada, me acerco por fin a la puerta. Está entreabierta y de la abertura suben pequeños hilos de humo casi invisibles que acompañan un olor a hollín que me pone en alerta. Sin dedicar más tiempo a pensar en cómo me las arreglaré una vez que tenga a Hugh frente a mí, cruzo el vano.

Justo cuando entro, la puerta del fondo, siempre con el candado puesto, se cierra con un golpe sordo, pero no sin antes dejarme el tiempo suficiente para entrever una salida hacia la calle de atrás que nunca hubiera imaginado a pesar de todas mis teorías, a pesar de todas las palabras confusas de Sofía. Y antes de que pueda saber lo que está pasando, la puerta de la entrada también se cierra a mis espaldas y me sume en una total oscuridad.

Un escalofrío me recorre la espina dorsal cuando trato de abrir la puerta más cercana y esta no me responde. Comienzo a sudar, porque me doy cuenta enseguida de otro detalle mucho más importante.

No..., no estoy en una total oscuridad. Hay otra fuente de luz. Mis fosas nasales se abren al percibir un olor acre a gasolina y a humo mucho más intenso que cuando estaba en la calle.

Alarmada, doy un paso atrás, todavía de espaldas, con lo que me golpeo los hombros con la dura superficie de la puerta. La luz del techo se enciende y el espectáculo que descubro ante mí hace que los ojos se me pongan como canicas y que de la boca se me escape un gritito ahogado.

El sofá y la pared pintada con mariposas negras están ardiendo. Obnubilada, observo cómo las llamas lo van engullendo todo tan rápido como perros de caza que han sido encerrados en jaulas durante días sin darles de comer para que sean más violentos y atroces.

La imagen es aterradora.

El fuego no deja de crecer, y el cuadro que hay sobre el caballete es atrapado por los tentáculos ardientes, que ondulan la superficie hasta ennegrecerla.

De inmediato, un sentimiento muy profundo me posee, y me ataca una fuerte oleada de necesidad de llenar los pulmones de aire fresco en el pecho que me repercute de los pies a la cabeza, y que me deja temblando.

De forma extraña, pienso en el pollo frito, en ese que mamá nos trae muchas veces del restaurante chino que hay al cruzar el parque de delante de casa y que hace

que me lloren los ojos por el picante. Pero ahora no estoy comiendo pollo frito y aun así me pican los ojos. Por alguna razón, ese pensamiento no me parece raro en este momento y, sin embargo, me resulta reconfortante, tanto como para recuperarme de la parálisis y empezar a actuar.

Echo a correr hacia la otra puerta, por la que intuyo que ha salido Hugh, y trato de abrirla, pero a pesar de todos mis intentos esta no cede ni un poco.

Con una calma autoimpuesta, razono que todavía no es demasiado tarde para apagar el fuego, y recorro el camino hasta el baño a fin de buscar algún cubo que pueda llenar de agua, pero es como si alguien hubiera hecho desaparecer cualquier contenedor lo suficiente profundo para ser útil. Las manos me tiemblan y tiro con fuerza de las gomas de mi muñeca derecha para serenarme.

Decidida a no rendirme todavía, agarro uno de los trapos de mis sudaderas hechas jirones que encuentro en una bolsa de debajo del lavabo. Enseguida, lo empapo de agua fría para llevármelo a la boca y protegerme de la densa humareda que se ha formado. A continuación, y antes de llamar a Emergencias, tecleo el número de Alex en el móvil para advertirle de lo que sucede, pero, justo en ese instante, la puerta del baño también se cierra a mis espaldas, igual que ha ocurrido con las otras dos puertas.

—¡No! —Un alarido ronco emerge de mis labios y todos mis pensamientos se vuelven frenéticos al mismo tiempo que un calor sofocante me recubre la piel del cuerpo. Sacudo mis puños sobre la puerta con desesperación, pero esta no cede ante mis embestidas de ninguna de las maneras.

De repente, empiezo a sentirme como si me hubieran encerrado lentamente en las distintas muñecas de una *matrioska*, cada vez en una más pequeña, más estrecha... Entonces, por fin la línea se conecta con Alex.

—¡No puedo salir, Alex! Hay fuego por todas partes en tu estudio. ¡Oh, Dios mío! La puerta no se abre. ¡Alex!

En ese momento, vuelvo a empujar del tirador de la puerta con todo mi peso y por fin cede, algo del exterior produce una explosión que me empuja con una brutalidad inhumana hacia atrás. Lo siguiente que noto es un dolor agudo en la sien.

La oscuridad acaricia mis últimos pensamientos.

Capítulo 18

BECA



El corazón me falla entre latido y latido, demasiado débil, demasiado rápido. No sé cuánto tiempo transcurre hasta que recobro la consciencia. Cuando logro volver a abrir los ojos, descubro que estos me lloran, pero no es únicamente eso. Una lluvia fina como agujas cuyo origen desconozco me cae por encima, para después ascender en ondas de vapor hasta perderse en lo que imagino que es el techo detrás de toda aquella masa espesa de gas, puesto que me he despertado de espaldas.

Noto cómo una mezcla similar al lodo, viscosa y caliente, me roza las orejas.

Toda mi piel hormiguea.

¡Oh, Dios mío!

Mientras mis recuerdos pelean por reunirse en busca de uno razonable que me haga entender qué ocurre o por qué estoy aquí, pestañeo de modo que pueda quitarme el escozor. Entonces, al hacerlo, a través de la neblina acre del humo me parece distinguir una silueta masculina recortada en medio del resplandor que surge del fondo de la nave que constituye el estudio de Alex. Nunca este lugar me ha parecido más enorme e inquietante.

Trato de llamar la atención de quien sea que haya sido tan loco como para entrar dentro del edificio en estos momentos; no obstante, solo consigo que el cuerpo se me sacuda en una dolorosa arcada, y que parte de la suciedad que me rodea me salpique el rostro como un maquillaje de camuflaje. Por un momento temo que esté tan cubierta por el polvo, que nadie pueda encontrarme en medio de este desastre.

Con todo, veo cómo la figura, que recuerda más a un ángel de la muerte que a un humano, se acerca insondable hacia mí cada vez más rápido, y pronto las líneas esbeltas y fuertes de su cuerpo dejan de ser lo que había creído un espejismo y se definen para mostrar primero unas largas piernas que no parecen tener fin, pero que enlazan con un vigoroso torso que continúa hasta perderse en la semioscuridad nebulosa.

De manera inesperada y solo por un instante, la espesa bruma se dispersa y logro vislumbrar la forma familiar de una mano que cubre con un trapo lo que intuyo la boca y la nariz, pero que no alcanza a ocultar esos turbadores ojos tan reconocibles incluso desde una alta torre. Esos dos puntos rasgados y penetrantes como los de un gato son tan azules y duros ahora mismo como para congelar el fuego y luego

reducirlo a polvo.

Me estremezco.

Antes de que pueda esbozar una sola palabra, Alex se arroja sobre mí con la agilidad de un zorro y lo cubre todo con la inmensidad de su pecho. El pañuelo que le protegía del humo sale volando entre ambos con un planeo lento y bello, semejante al de un cisne al aterrizar sobre el agua. En respuesta, una oleada de alivio inunda de tal modo todo mi ser que dejo de pensar.

Pum, pum-pum, pum-pum-pum...

El corazón comienza a latirme muy fuerte, como si fuera a salirse a golpes de la caja torácica, y me falta el aire, aunque no estoy segura de si esto último se debe más bien al ardor que noto en la zona del tórax.

Mientras tanto, Alex me examina el rostro y el cuerpo con una implacable mirada, al mismo tiempo que me sujeta la cara con ambas manos, como si temiera moverme hasta entender más cuál es mi situación. Puesto que lo último que recuerdo fue una explosión y después una oscuridad infinita, debo de tener un aspecto preocupante.

—Rebeca, ¿estás bien? ¿Te duele algo? ¿Puedes oírme? —Escucho cómo pronuncia toda esa batería de preguntas con voz controlada a apenas unos centímetros de mi rostro, por lo que las gotas de agua que empapan sus mejillas manchadas de oscuro se deslizan sobre las mías, ya húmedas, como hilos que nos unen de forma intermitente.

Sus palabras me llegan entrecortadas por los pitidos en mis oídos y procuro no pensar en que eso podría indicar algo peor.

Intento responderle, pero cuando lo hago solo me sale un ronquido desastroso de la garganta, así que me limito a asentir, todavía en un estado leve de confusión y mareo.

Todo el cuerpo me pide a gritos aire fresco.

—¡Joder! —le oigo soltar irritado, o tal vez no. El juramento suena demasiado parecido a un chasquido como para notar la diferencia.

De pronto, Alex me rodea con sus largos brazos y me estrecha fuerte. El gesto debe de durar solo un breve segundo, pero está tan lleno de sentimientos significativos que parece dilatarse toda una eternidad. Se trata de un abrazo del tipo que te impulsa a dar la desesperación y un amor más allá de lo que está bien o mal. Y durante ese instante me permito desprenderme de mi coraza contenida de emociones.

Comprendo bien ese sentimiento de alivio, porque no puedo parar de pensar en que aún sigo viva.

—Nunca vuelvas a colgarme así el teléfono, Rebeca —ordena de repente Alex, cargado de emoción, y se aparta un poco para hundir su mirada insondable en mi cara con un rictus severo, con tal rotundidad que la frase no permite ninguna ambigüedad. Sé que esa es su forma de expresar lo mucho que le preocupo. Antes de que pueda contestarle, una convulsión de tos nos ataca a ambos. Alex se levanta a medias para terminar de calmarse. Él también ha inhalado humo. Todavía sin soltarme del todo,

me observa con su habitual ceño fruncido—. Ahora, vámonos de aquí. ¿Puedes... moverte? —dice en un tono crítico y ronco.

Aunque trata de disimularlo para que no me alarme detrás de aquella férrea expresión, soy muy consciente de que todavía el peligro no ha desaparecido. Puedo olerlo en el aire, que se ha vuelto más rancio, y a pesar de que el cuerpo de Alex aún acapara gran parte de mi visión, lo poco que veo gracias a la lámpara parpadeante del techo me produce escalofríos.

Las llamas aún no se han extinguido del todo, aunque algunas empiezan a disminuir, sustituidas por huellas negras que recuerdan a espíritus agonizantes en las paredes, antes de un blanco prístino, y por una especie de jirones como sábanas retorcidas de color gris que se agitan por todas partes.

Pruebo a incorporarme, pero un desgarrador dolor me sube hasta la cabeza desde la pantorrilla derecha.

Suelto un gemido que es mitad suspiro. Un sentimiento de miedo debido a la sorpresa acapara mis sentidos.

—Tranquila, mi musa. Estoy contigo —susurra Alex.

Tras un rápido vistazo acompañado del sedante toque de sus dedos, Alex me hace una señal para que deje de contorsionarme y me quede quieta mientras me venda la zona afectada con un trozo de tela que debe de haber conseguido en algún sitio cercano. Después, con una enorme delicadeza que no se podría esperar de alguien tan fuerte y grande como él, pasa mi brazo por detrás de su nuca y el suyo bajo mis hombros. Acto seguido, introduce su mano libre por debajo mis rodillas, se inclina y me sube de un impulso contra su pecho sin aparente esfuerzo, pero en lugar de ponerse en pie, se queda sentado sobre las rodillas flexionadas, conmigo en su regazo.

—Esto no va a funcionar. Demasiado humo. —Niega más para sí mismo en un murmullo grave con la barbilla alzada—. Rodéame con los brazos la cintura, mi musa —me apremia una vez que se ha quitado el cinturón de los vaqueros.

Hago lo que dice a pesar de mi desconcierto, pero él niega con la cabeza.

—Así no, mi musa, así —ordena firme, y guía con cuidado de no hacerme daño mis manos por debajo de su camiseta negra.

Pero no se detiene ahí, sino que se levanta más aún la prenda y me hace sacar la cabeza por el cuello de su camiseta, con lo que nuestras mejillas se rozan de forma muy íntima. Contengo un suspiro de inquietud cuando noto cómo las manos hábiles de Alex abren mis muslos para que lo rodee también con mis extremidades inferiores. Su semblante concentrado, en conjunto con el aire experto con el que se desenvuelve para ayudarme, está lejos de tener alguna connotación sexual, y lo cierto es que me siento demasiado débil para pensar en nada más que no sea en dormir por mucho tiempo.

Los párpados me pesan tanto...

De pronto, noto cómo Alex asegura mis piernas a sus caderas con el cinturón y

me desvelo. Ahora la presión de la camisa es arrolladora, como si me hubieran metido en la bolsa de un canguro.

Me tenso cuando Alex me atrae todavía más a él, y todo mi pecho queda pegado por entero al suyo con solo mi liviano vestido de flores azules, ahora sucio y destrozado, de barrera entre mi piel y la suya. Esto no impide que sienta la crudeza con que mis pechos se aplastan sobre sus sólidos pectorales o el modo como su abdomen acoge mi pelvis.

De forma inesperada, empiezo a ahogarme. Pero *ipso facto*, Alex me sacude el rostro para que recupere el conocimiento mientras con la otra mano me masajea la zona lumbar, por la cual me mantiene sujeta.

Sin embargo, no es suficiente.

Los pitidos en mis oídos aumentan como el ruido de toda una orquesta tocando al mismo tiempo. Un nudo ardiente se arremolina en mi estómago y me siento tan... tan...

De repente, unos labios rodean mi boca y me insuflan un aire que llega como un suspiro refrescante hasta mis pulmones agobiados. La operación se repite hasta tres veces y paulatinamente vuelvo a respirar por mí misma.

—Beca —me llama Alex en un tono duro, que, si bien no me despeja del todo, hace que vuelva con él un rato más. Un trapo húmedo resbala por mi cara. Alex me lo ata por encima de la nariz, y luego hace lo mismo consigo—. No voy a dejarte caer, Beca. No voy a perderte, pero tienes que aguantar —exige.

Es una orden directa que podría incluso levantar a un muerto de su tumba.

Casi me entran ganas de reír, pero en su lugar cabeceo, algo que espero que él entienda como un gesto afirmativo. Después, muy agotada, cierro los ojos, aprieto la boca a través de la tela sobre la garganta de Alex y contengo mis inmensas ganas de vomitar al mismo tiempo que trato de concentrarme solo en la vena que siento latir muy viva en Alex.

Mi consciencia se diluye como una vela titilante y apenas me percató del momento en que Alex comienza a gatear por el suelo con la carga de ambos bajo su responsabilidad.

La explosión ha debido de convertir todo el suelo en un campo minado de restos de muebles y otros materiales, por no hablar de los charcos embarrados provocados, supongo, por alguna cañería rota.

—Háblame —oigo que pide Alex.

—Tus cuadros... —consigo decir en medio de un ataque de tos con una voz débil que no me pertenece, cuando en un parpadeo veo otro de ellos reducirse a cenizas.

—Por mí... —empieza a hablar Alex como si le costara horrores hacerlo—, pueden decorar el infierno —suelta con una carcajada seguida de una fuerte tos que hace que nos detengamos unos instantes.

No creo que sea del todo sincero, y le abrazo más fuerte, a pesar del dolor de mi pierna derecha.

—Hades... estará feliz —musito soñolienta en referencia al infierno y los cuadros. Eso hace que me gane otra carcajada y una nueva parada en el camino hasta que la tos de Alex se calma.

—No estará tan contento... cuando sepa que me llevo a Perséfone —dice con el tono bravucón de quien siempre se ha salido con la suya, y rueda conmigo a un lado para esquivar un objeto esférico y humeante que cae sin previo aviso sobre nosotros y que pasa junto a nuestros cuerpos de forma muy peligrosa. El incidente hace que debamos desviarnos en otra dirección—. ¿Ves? —bromea Alex.

Durante unos largos minutos a contrarreloj, lo siento esquivar con una lentitud dolorosa cada obstáculo mientras mi mente parece estar cada vez más abotargada. Solo el aroma familiar casi oculto bajo la capa de sudor, hollín y agua estancada en el cuello de Alex me mantiene sujeta a la realidad.

—Tu madre... —No llego a terminar la pregunta, porque esas dos palabras han consumido casi la totalidad de la energía que me queda.

Alex permanece durante tanto tiempo en silencio que creo que no me ha oído.

—No funcionó —revela, y siento cómo una mueca divertida se dibuja en su boca rebelde.

Justo en ese momento, veo con horror cómo se desprende una forma siniestra del techo. De alguna manera, mi cuerpo pone sobre aviso a Alex, que comienza a rodar de nuevo, pero otro objeto sale disparado del lado derecho sin darnos el tiempo suficiente para esquivarlo y maniobrar.

—Joder —oigo que gruñe Alex antes de protegerme con todo su cuerpo sobre el suelo.

Todo sucede tan rápido que cuando termina me parece que no es real.

—Alex —lo llamo con la voz rota. Pero él no responde—. ¡Alex! —repito con un esfuerzo sobrehumano, porque además todavía sigo atada a él.

Ni siquiera se mueve, es como un pedazo de carne sin vida.

Unas lágrimas de desesperación se me escurren por las mejillas, pero pestañeo y me obligo a contenerlas. Aún puedo sentir su latido débil.

«No voy a dejarte caer, Beca. No voy a perderte, pero tienes que aguantar», recuerdo las palabras graves, pero no demasiado altas, de Alex, como si tratara de infundirme confianza, y una energía que no había descubierto hasta ahora en mí aparece.

Me sacudo una y otra vez hasta que lo que sea que ha caído sobre nosotros se desplaza a un lado. El proceso parece llevarme mucho tiempo, pero en algún momento ocurre el milagro.

No, no voy a rendirme. Y me repito esto como una retahíla al mismo tiempo que dejo de rodear la cintura de Alex con mis brazos, me giro sobre mí misma y después de muchos intentos logro arrastrarme por el suelo con él sobre mi espalda.

Todo mi cuerpo se resiente por el peso.

Mis brazos, mi cara y mis piernas al desnudo se arañan con los filos puntiagudos

de los escombros dispersos por la superficie. En algún momento incluso dejo de sentir el dolor insufrible de la pantorrilla.

Unos hilos de luz que intuyo que procede del exterior me deslumbran por un instante los ojos. No puedo aguantar el ramalazo de felicidad al saber que estamos tan cerca de conseguirlo.

Solo un poco más, solo un poco más...

Solo...

Un...

Capítulo 19

ALEX



—Más de mil cuadros de Picasso están retenidos en uno de esos puertos francos de Ginebra. ¿Me oyes, Alex? ¡Más de mil! Allí, rodeados por aquellas mugrientas vallas y esas frías vías del tren, dentro de sucios contenedores y apilados uno encima de otro, como si fueran piedras que encuentras en la playa y que coleccionas en un bote de cristal, y no obras de arte que valen una fortuna incalculable. ¡Demonios! ¿Es que la gente se ha vuelto loca? —oigo decir furioso a Carlos.

Desde que supo del embarazo de Jess antes del verano y decidió asumir la responsabilidad como padre del bebé, aunque eso le costó la ruptura con Marta, está haciendo un enorme esfuerzo para evitar decir palabrotas. *Demonios* es una de ellas en su nuevo repertorio de improperios respetables.

Trato de concentrarme en nuestra conversación. Pese a todo lo que Carlos ha dicho, no estoy seguro de que esas obras de arte estén tan descuidadas como él señala. He leído no hace mucho en *El Financiero*, un diario mexicano especializado en finanzas, economía y negocios desde 1981, que Georgina Hepburne Scott, una reconocida asesora de coleccionistas, afirmaba que las obras están protegidas en ambientes con clima controlado, casi siempre, sometidas a vigilancia con cámaras y resguardadas tras muros resistentes al fuego.

Aprieto la dentadura al sentir un pinchazo de dolor entre los dos omoplatos al pensar en todos los cuadros que he perdido en el incendio, y no solo porque tendré que rechazar algunas ofertas que ya había cerrado, sino porque ver quemada tu obra o la de otro artista es algo que no se puede aceptar de ningún jodido modo.

«Cuando salen a la luz, las obras están preservadas; no han estado colgadas encima de una chimenea humeante», declaró Hepburne en una de sus entrevistas. Si bien nunca he visto a esa asesora en persona, recuerdo haber escuchado ese mismo nombre en una de las aburridísimas conversaciones telefónicas de mi padre antes del accidente.

—¿Quién sabe? Porque es evidente que nadie, excepto esa gente, puede saberlo —ruge Carlos malhumorado después de comentarle mis pensamientos. Hincha el pecho como un gallito de corral y se recoloca en el incómodo asiento pegado a la pared gris en la sala de espera del hospital donde nos encontramos.

Un barato televisor de pantalla plana difunde un ruido fluido de fondo, y algunos

pacientes o familiares de estos lo contemplan con la mirada vacía. Carlos ha querido arrastrarme a la cafetería para tomar algo, pero yo he preferido mantenerme en la misma planta del hospital que Beca.

—Joder, cualquiera diría que estás hablando de la cueva de Alí Babá y los cuarenta ladrones... —digo con un amago de sonrisa.

Carlos suelta una carcajada y me da una palmada en el hombro tan enérgica que solo el orgullo impide que me mueva ni un centímetro. El hijo de perra está tan fuerte como un toro y hay que andarse con ojo. Creo que olvida con demasiada facilidad que todavía ando bastante hecho polvo tras el accidente.

Observo que Carlos vuelve a releer la noticia como si todavía pudiera encontrar algún dato más que se le hubiera pasado por alto. Mientras lo hace, golpea cada vez más ofuscado su muslo derecho con la mano cerrada en un puño, como si aún no pudiera creerlo. A causa de ello, una huella roja como un tomate aplastado se extiende por la piel cuidadosamente afeitada de la pierna, visible debido a las bermudas cortas de color caqui que se ha puesto para venir al hospital a traerme algo de ropa de recambio, la que le pedí que me acercara de la residencia, donde todavía siguen todas mis pertenencias.

Ha pasado una semana desde que nos trajeron a Rebeca y a mí aquí, como si fuera inevitable mantenerse por mucho tiempo lejos de esta peste enfermiza que se respira en todo el edificio. Y desde entonces, no he dejado de sentir un mal rollo extraño por todas partes, como si una sombra fantasmal se me hubiera subido a la espalda y cada uno de mis pasos fueran vigilados.

—David Hiler, que es el nuevo presidente del consejo de administración de los puertos francos de Ginebra, aseguró en una entrevista que los suizos están trabajando en la falta de transparencia y declaró que al finalizar el verano será un requisito en todos los contratos de almacenamiento que los clientes permitan inspecciones adicionales de cualquier obra que quieran guardar allí. ¡Otra patraña política, Alex!

Se me escapa un gruñido de frustración cuando noto un hormigueo nada bueno en mi sien, que Carlos interpreta de forma equivocada como una inconfundible muestra de conformidad a lo que acaba de decir sobre ese tal Hiler. No obstante, no es la herida en mi cabeza escondida por una venda en exceso grande para mi gusto lo que me tiene enfermo y en un estado de permanente impaciencia.

Beca sigue inconsciente.

Los médicos han estado revisándole la frecuencia cardíaca, la respiración y la presión arterial. Por suerte, después de hacerle una radiografía del tórax no han descubierto ningún daño en los pulmones. Si bien la cantidad de oxígeno en la sangre no era del todo la correcta y tuvieron que entubarla.

Había inhalado demasiados gases...

O esa es toda la mierda que me han soltado después de preguntar como un psicópata al menos mil veces.

Doblo el cuerpo hacia delante, cruzo los dedos entre mis rodillas y los aprieto con

fuerza, hasta que las uñas me dejan marcas blancas alrededor. Una oleada de frío se me cuela en el cuerpo y se mantiene ahí como un recordatorio palpitante de todas las molestas emociones que me obligo a no dejar salir.

Cuando desperté al día siguiente del incendio en una habitación vip, con un séquito de doctores que discutían sobre mi salud con mis preocupadísimos padres, sentí unas inmensas ganas de vomitarlos encima, sobre esos baberos blancos que visten. Esto no significa que no respete a los médicos, porque son muy necesarios, claro que esta regla solo se cumple siempre que estén bien lejos de mí y de todo mi cuerpo. Sin embargo, una vez más, mi eficiente familia había exagerado en cuanto a los cuidados que eran precisos para el único hijo que les queda. Pero, de algún modo, me las arreglé para despedirlos rápido y conseguir el alta al cabo de veinticuatro horas en observación.

Mientras tanto, solo podía pensar en ir a ver a Rebeca y asegurarme de que estaba sana y a salvo. Puesto que me habían dado el alta bastante rápido, intenté varias veces colarme en su habitación, pero todos mis esfuerzos se convirtieron en una desagradable operación fallida. Y en cada uno de ellos fui severamente advertido de que, si bien Rebeca estaba en el mismo hospital, su estado de salud todavía no le permitía recibir visitas.

¡Maldita sea! Esos imbéciles con bata blanca no entendían lo mucho que necesitaba comprobar con mis propios ojos que Beca seguía viva.

Todavía no podía creer que algo me hubiera golpeado en la cabeza hasta el extremo de dejarme inconsciente y que hubiera sido Rebeca la que gravemente intoxicada y herida nos había arrastrado a ambos hasta la calle, momento en el que llegaron los bomberos. ¡Joder! ¿Por qué se habían retrasado tanto en acudir?

Me tenso...

Aún puedo revivir la escena del rescate como una realidad abrumadora. En especial, aquellos interminables minutos en que recobré el conocimiento y varios hombres, vestidos con el traje negro y a rayas amarillas de la estación de bomberos, trataron de arrancarme a Rebeca de los brazos.

Ella estaba como muerta junto a mi pecho, empapada por la fría lluvia que nos escupía encima mientras la tormenta se volvía peor sobre nuestras cabezas. Y su respiración era tan frágil...

¡Mierda!

No pude evitarlo. Me volví loco como una fiera enjaulada, e hicieron falta hasta cinco hombres para separarnos, pero yo no podía soltarla. Era como tratar de desprenderme de una parte de mí, desgarrarme el pecho y arrancarme el corazón. No logré impedir que una emoción instintiva, casi ciega, para mantenerla a mi lado me dominara.

Contengo otra maldición.

Aquel cuerpo pequeño había logrado salvarnos la vida a ambos.

Pero... ¿cómo lo había hecho?

Una sensación de calidez me aprieta el corazón y hace que este me lata más fuerte al pensar en Beca.

—¿Alex?

Escucho el tono interrogante de Carlos con un deje de fastidio, y de forma automática vuelvo la cabeza hacia él y asiento con un gesto de barbilla lento...

Si Carlos piensa que me he desconectado de lo que estaba hablando... tiene razón.

Preocupado, mi amigo me dirige una mirada perspicaz. Una de tantas que he recibido toda la semana.

Sacudo los hombros para que desaparezca sea lo que sea lo que el idiota tiene en mente, como unas palabras compasivas que solo me harán querer mandarlo lejos de una patada a fregar culos de ratas.

—Algo leí en *El Mundo* hace unos meses... Creo que es en La Praille donde está el puerto franco que se sospecha que se usa para lavado de dinero y evasión de impuestos —comento en un intento de mostrarme interesado y apartar los recuerdos del incendio a un lado de mi mente. De inmediato, Carlos asiente con una expresión ceñuda de concentración, y sé que he logrado captar su atención lo suficiente como para distraerlo—. Tengo entendido que, cuando los bienes se encuentran en un puerto franco —continúo animado—, el propietario está exento del pago del impuesto a la importación y que solo tributa cuando el objeto llega a su destino final. Pero si consigue vender la obra directamente en las instalaciones del puerto franco... —chasqueo los dedos y soplo como si hubiera hecho desaparecer algún tipo de objeto. Esbozo una sonrisa tensa—, el propietario no pagará ningún gravamen por la transacción.

El teléfono que Carlos había dejado sobre una de sus rodillas cae cuando suelta una nueva maldición y todo su cuerpo se remueve en una protesta. Varias personas, entre ellas una anciana vestida con bata, acompañada por su hija, que está intentando ayudarla a levantarse de su silla, abren los ojos asustadas al oír el ruido.

Les lanzo una mirada de disculpa, antes de centrarme de nuevo en el apasionado rostro de Carlos, quien sigue hablando sin percatarse de lo que acaba de suceder en un tono mucho más confidencial, como quien va a decir algo que no debería comentarse en voz alta.

—¡Maldita sea! ¡Sí! He oído que esos sitios se hicieron en el siglo XIX para alojar durante un tiempo limitado té o productos industriales, pero ahora los millonarios los usan como grandes cajas de seguridad que ofrecen ahorros fiscales, a los que por supuesto su mente enferma no puede resistirse. ¡Y muchos son magnates rusos! —continúa exaltado, con la mirada encendida como si fuera un defensor de Greenpeace—. ¿No te has enterado? Uno de ellos, un tal Dmitry Rybolovlev, tiene allí metidos cuadros de Van Gogh, Renoir, Klimt, El Greco, Picasso, Leonardo da Vinci, Andy Warhol, Jeff Koons, Joan Miró... ¡Una barbaridad! ¡Gran parte de ellos son obras de nuestros ídolos, Alex! ¡Es un sacrilegio! —Suelta un suspiro de frustración antes de

añadir—: Según la revista *Forbes*, el tipo debe de tener embolsados más de nueve mil quinientos millones de dólares en su cuenta. Pero esto es lo que se dijo hace unos años, así que imagínate ahora. —Se sacude y por muy poco no llega a pisar con un enorme zapato de la talla cuarenta y siete el móvil que aún sigue en el suelo—. ¡Unos tanto y otros tan poco! ¡Malditos rusos afortunados! —De repente, para de hablar y me lanza una mirada de disculpa. De nuevo, su pie vuelve a poner en riesgo el teléfono—. Perdona, no quería decir todos los rusos. Y aunque tu padre también lo es y está forrado de pasta hasta en los calcetines, no...

Levanto las palmas de las manos para detenerlo. Conozco lo suficientemente bien a Carlos para saber que podría estar alargando las disculpas hasta darme un fuerte dolor de cabeza si no lo interrumpo.

—Eh. Entiendo, Carlos, no es necesario que te expliques... —le advierto en un tono seco. Pero él no está satisfecho. Pisa fuerte con su pie derecho y niega con la cabeza. Miro el móvil abandonado a su suerte con interés—. Creo que deberías... — intento sugerirle, pero el idiota no me deja terminar.

—Mierda, Alex. Lo siento de verdad y justo ahora que...

—Carlos, será mejor que... —le interrumpo, a punto de perder la paciencia.

—Solo será un momento, joder. Quédate quieto y deja que termine una jodida vez de hablar —asegura, y me pone sus manazas encima de los hombros para que no me levante cuando intento ponerme en pie.

Ni siquiera creo que se haya dado cuenta de todas las palabrotas no respetables que acaba de soltar.

Carlos se remueve cada vez más nervioso. Y me pregunto qué bicho le ha picado para estar así. Me hace sentir como un capo de la mafia.

—Está bien —acepto con un suspiro, porque la otra opción sería tumbarlo de un rechazo para que el muy imbécil me dejara en paz. Lo cual, dada su masa corporal, me haría gastar más energía de la que tengo en estos momentos.

—Yo...

Carlos se pone de pie antes de continuar con el discurso, y al instante un crujido desagradable hace que mi amigo por fin mire hacia el suelo.

No puedo evitar que se me curven los labios con algo de satisfacción.

—¡Oh, joder! —jura por lo bajo—. ¡Oh, la hostia puta! —vocifera al darse cuenta después de que ha maldecido con una palabra malsonante más. Todo su rostro tostado por el sol empalidece—. ¡Oh, no! ¡Maldita sea! Llevaba tres meses controlándolo. ¡Capullo!

Eso parece atormentarlo incluso más que ver rota la pantalla del móvil que se compró hace poco, como un drogadicto o un alcohólico que ha faltado a su promesa de la manera más horrible posible.

A duras penas aguanto las ganas de recordarle que lleva maldiciendo como un marinero casi desde que empezó a hablar conmigo.

A pesar de que de verdad intento mantener la compostura, un sonido gutural que

al principio no reconozco acaba por escapar de mi garganta, primero tembloroso y después mucho más fuerte, hasta que me tiembla toda la mandíbula de la diversión. El cuerpo entero se me estremece.

Carlos se me queda observando y pasa varias fases: confusión, inquietud e interés y, finalmente, me sigue con escandalosas carcajadas que consiguen que por último nos echen a ambos de la sala de espera.

—¡Maldito, capullo! Has logrado que nos echen —se queja Carlos, y me pega un empujón amistoso. Antes de que llegue a rozarme, le esquivo con un calculado movimiento marcial—. Si no fueras tan rápido, ya habrías acabado bajo mis pies hace tiempo —observa, y finge el tono de quien ha recibido una bala directa al orgullo propio.

Esas palabras hacen que me acuerde de los tiempos en los que apenas podía lanzar un rechazazo decente a los acosadores del instituto, y no logro contenerme. Sigo hacia delante, lo que le deja unos pasos por detrás, y me detengo un instante para mirarlo.

—Ya ves, Carlos. No puedes evitar que yo haya sido el mejor dotado de los dos. Dios sabía que era el más cuerdo.

—Cabronazo engreído —suelta Carlos antes de lanzarse sobre mí y agarrarme por los hombros para bloquearme—. Te recuerdo que yo voy a ser el que se convierta en padre, y no tú.

—¿Y todavía me vas a negar que no soy el más cuerdo? Por cierto..., ¿acabas de llamarme cabronazo engreído?

—¡Maldita sea! Eres una mala influencia, Alex —me reprocha, y luego trata de darme en el pecho con los nudillos.

Seguimos peleándonos hasta que de pronto alguien llama nuestra atención.

—Be... Beca ha despertado —balbucea una voz infantil tan rápido que no sé si he oído bien.

Al instante, me quito de encima a Carlos, quien también para de inmediato de bromear, y clavo los ojos en el tímido, pero feliz, rostro de Diego, el hermano mediano de Beca, que adora los videojuegos y por el que siento una pequeña debilidad.

De algún modo, me recuerda a una versión más joven de mí mismo, antes de convertirme en un capullo con ego.

—¿Cómo dices? —exijo con el corazón palpitándome a mil en la garganta.

—Beca ha abierto los ojos —dice Diego esta vez más seguro—. La han cambiado de habitación. Es la número...

Ni siquiera espero a que termine de hablar, pues ya he echado a correr como alma espoleada por el mismísimo diablo. Una corriente de energía me tensa los músculos y me convierto en un misil de destrucción masiva ante quien se me pone por delante.

Nada ni nadie, ni siquiera el sedante preparado para tumbar a un elefante, podría impedirme ahora verla.

Capítulo 20

ALEX



—Rebeca. —El sonido de su nombre se me cuela entre los labios como una pequeña cuerda que sostiene mi cordura casi hecha pedazos.

La piel me arde de necesidad por tocarla y los agujeros nasales se me dilatan como un perro que busca frenético el aroma que tantas veces le ha vuelto loco.

¡Mierda! No puedo esperar ni un minuto más a verla y a sentirla de nuevo entre mis brazos.

Con este pensamiento en mi cabeza, acelero el paso, cada vez más rápido y desenfrenado, hasta que el entorno conformado por sillas, plantas, puertas, paredes grises, baldosas blancas pijamas de pacientes y otras personas se mezcla y se transforma en una tormenta de oscura turmalina y de imágenes borrosas sin sentido, que me abraza como una segunda capa invisible de ansiedad hasta llegar al mostrador. Sin más dilación, me lanzo sobre la asustada enfermera y pregunto por Beca.

Cuando por fin llego a la habitación, se oye una risa contagiosa; la puerta está ligeramente abierta, pero no lo suficiente como para que pueda ver el interior. Empujo la puerta con cierto recelo hasta que esta pega contra la pared de su izquierda, de una tonalidad celesta. Entonces, veo a Rebeca con el cuerpo medio incorporado en la cama y todo lo que pretendía decir o hacer desaparece de mis pensamientos.

Trago saliva.

Joder..., ni siquiera puedo emitir algún sonido coherente después de verla por fin.

De lo primero de lo que me doy cuenta es de que Rebeca parece respirar por sí misma. No hay tubos a su alrededor o un exceso de maquinaria de hospital. Eso ya debería ser una buena señal. Y a pesar de que es una habitación compartida, la cama detrás de ella está vacía. Lo segundo en lo que me fijo es en que no está sola. Su madre y sus hermanos, excepto Diego, que se ha quedado atrás con Carlos, la acompañan, y estos no paran de hablar al mismo tiempo que ella asiente a todo lo que le dicen con una vaga sonrisa. Ninguno se ha percatado todavía de mi presencia en el cuarto.

Mis labios se entreabren, pero no llego a decir nada mientras admiro cómo el pelo largo y castaño le cae en frágiles hondos sobre los estrechos hombros. Aprieto los

puños. La tez de Beca siempre ha mantenido un sano tono dorado y nunca la he visto tan pálida como ahora.

De pronto, como si unas fuerzas desconocidas se hubieran aliado para resaltar sus elegantes rasgos, un rayo de sol traspasa la ventana sutilmente abierta y le cae sobre la cabeza, lo que produce la sensación de que unas manos brillantes acarician con calidez sus facciones marcadas por la inevitable pérdida de peso de los últimos días.

El cabello de Rebeca se agita durante un breve momento por una corriente de aire traviesa.

Doy un paso torpe hacia delante totalmente descolocado y fascinado. Parece que el viento pudiera llevársela con la misma facilidad que una hoja caída de un árbol.

Se me escapa un gemido, impactado por la visión.

—¡Alex! —chilla en tono juguetón Natalia, la hermana pequeña de Beca, y vuelvo a sentir las baldosas del suelo bajo mis pies poco a poco.

Tanto Rebeca como su madre y Víctor se giran sorprendidos. Pero no puedo seguir mirándolos, pues, de repente, Natalia salta de manera temeraria de la cama de Beca como si fuera una versión minúscula de *supergirl* y sale corriendo hacia mí a pesar de las palabras de advertencia de su madre.

Observo que la melena de Natalia se ha oscurecido con el tiempo hasta adquirir un hermoso color negro como el ala de un cuervo, a diferencia del castaño con reflejos dorados de Rebeca, y ahora se agita en su cara infantil con vida propia. Mientras, su vestido parece flotar a su alrededor como si tratara de seguirle el ritmo sin mucha suerte y deja ver una gran porción de sus piernas flacuchas al correr. Natalia es toda una futura belleza.

Agradecido por la intervención, cojo por la diminuta cintura a aquel duende de ojos ambarinos y enormes y la levanto por encima de la cabeza con una amplia sonrisa. No puedo dejar de preguntarme si Rebeca también fue así una vez de pequeña. E incluso me planteo la posibilidad de que en un futuro los dos podamos tener algo así, niños con esos mismos ojos que lo absorben todo.

Pero estoy pensando demasiado.

—¡Alex, Beca está despierta! —anuncia entre risas Natalia—. ¡Más alto! —exige con el mismo tono de una reina. Es imposible no querer a esa pilluela de pecas asilvestradas en las mejillas.

—Ya la veo —respondo divertido, y accedo a su petición y la levanto todavía más, aunque mi atención ya no está puesta en ella. Mis ojos son atraídos con la fuerza inevitable de una magnetita por los de Beca.

Parece sorprendida, pero también aliviada.

—Alex... —La voz de Rebeca es ronca y baja, lo que me hace fantasear con un puro habano en su boca entreabierta; podría reconocer el matiz escondido tras ese tono adulterado que solo le pertenece a ella aun si nos separara toda una multitud de personas por medio en la habitación.

Con todo, suena demasiado sexy y frustrante para mí después de todos los días

que han pasado sin poder siquiera vernos. Horrorizado, descubro que apenas puedo contener mi deseo delante de su familia.

¡Oh, mierda!

Me invade un profundo anhelo e intento moverme hacia delante para rebajar el punzante dolor de pasión no satisfecha entre mis piernas, pero es como si de nuevo mi cuerpo hubiera vuelto a bloquearse, igual que un puto robot estropeado o sin pilas. ¿Cómo puede trastornarme tanto el solo sonido de su voz?

Coloco a Natalia de forma automática sobre mis hombros e ignoro cómo ella protesta y me agarra de las orejas, mientras mi mirada cae todavía mucho más firme sobre el rostro de Rebeca.

No sé cuánto tiempo transcurre mientras nos observamos. En algún momento me parece oír que Clara, la madre de Beca, se aclara la garganta y dice algo de dejarnos solos e ir a la cafetería con los demás. Casi no noto cómo al pasar palmea mi brazo, ni siquiera cómo Carlos toma a Natalia de mis hombros hasta que la puerta se ha cerrado. Pero esto no es suficiente para que me mueva.

Durante esos interminables minutos en los que todavía no puedo quitarle los ojos de encima, ella me devuelve el gesto con la misma intensidad.

Ahora, su cara presenta la dureza de una mariposa que acaba de escapar de un tarro de cristal después de una dura batalla, y mucha menos de la dulzura risueña que siempre la acompaña. Es como si la traumática experiencia de lo que ha sucedido se hubiera contenido en aquellos dos puntos negros coreados por círculos de oro fundido. Y está preciosa.

De forma inconsciente, hago un ruido tosco que suena más parecido a un gruñido que a una palabra.

Beca entrecierra los ojos cuando el sol baja hasta su cara ovalada, lo que rompe parte de la conexión, pero no toda. Una química más allá de lo entendible continúa envolviéndonos a ambos. La habitación celeste pasa a convertirse en una burbuja que nos aprisiona y nos aleja de cualquier distracción, semejante a un santuario que nadie puede profanar.

—Rebeca —se me escapa de la garganta con un sonido grave y profundo. Pero al menos esta vez logro vocalizar—. Te he echado de menos —reconozco demasiado sorprendido por mis propias palabras.

Beca levanta la mano derecha con una lentitud endemoniada para cubrirse del sol que sigue iluminándola y vuelve a abrir por completo los ojos con lo que intuyo que es curiosidad. Como consecuencia, sus largas pestañas se baten en un vuelo delicado y proyectan unas sombras semicirculares en las mejillas.

—Yo también, Alex —murmura con el brillo de la emoción asaltándole las pupilas—. No he dejado de soñar contigo, con nosotros.

Fascinado, bajo la vista hasta sus pómulos sobresalientes, donde todavía permanecen los arañazos provocados por haberse arrastrado entre los escombros para salvarnos a ambos. Y justo cuando ese recuerdo atraviesa como una barra de acero mi

cabeza, algo obsesivo y profundo se retuerce en mi pecho.

—¡Maldita sea! —rujo enfermo de mí mismo y de esta repentina parálisis molesta que me ha poseído.

Antes de que quiera darme cuenta, una sarta de maldiciones atraviesa mis labios, y un segundo después, mi boca está sobre Rebeca. La textura de sus labios está seca bajo una reciente capa de humedad que me hace pensar que alguien acaba de ofrecerle algo de beber, y su aliento, aunque espeso, está endulzado por una fragancia a menta muy agradable que me hace perder los nervios. Introduzco mi lengua en su boca, con la misma necesidad de atravesar un largo túnel hasta el fondo. Todo mi control se desmorona como una torre de naipes bajo el contacto de la suavidad húmeda de su carne con mi *piercing*. Y cuando la escucho gemir, dejo de ser completamente consciente de todo. Mordisqueo sus labios y los succiono, mientras mis manos se encargan de atraer más el cuerpo de Rebeca contra el mío.

Apenas noto cómo las manos de Rebeca luchan por apartarme hasta que estas se transforman en sólidos puños sobre mi pecho. Solo entonces me separo con un ligero sentimiento de aturdimiento recorriéndome la cabeza.

Beca comienza a toser. Preocupado, le alcanzo la taza, todavía llena hasta la mitad de infusión, a la boca, y apoyo la palma de la mano libre sobre el centro superior de su espalda y la nuca para facilitarle el proceso de tragar. Sus labios aspiran a pequeños y delicados sorbitos el líquido.

En cuanto se siente satisfecha, se echa un poco hacia atrás, y yo devuelvo la taza a su lugar original. Sus hermosas cejas se alinean y después forman una preciosa arruga en el centro del puente de la nariz. Soy muy consciente de que solo unos centímetros nos separan, y todavía mi mente irrazonable viaja de su boca a sus ojos como un semáforo con la luz parpadeante en ámbar, o más bien como un conductor que está muy cerca de saltarse el semáforo en rojo.

Rebeca se aclara la garganta antes de hablar, y esta vez su voz es mucho más firme.

—Besas como si estuvieras famélico, Alex —dice muy seria, aunque no parece una crítica, sino solo una afirmación.

No puedo dejar de contemplarla embobado. Parece que hubiera pasado toda una eternidad hasta encontrarnos.

Esos ojos que creí que nunca volvería a contemplar son superiores a mí. ¡Joder! Estoy tan aliviado de verla viva que ella podría pegarme una patada en el culo con sus hermosas piernas de atleta, y darme gusto.

—Me has tenido toda una semana en abstinencia. Claro que tengo hambre, mi musa —replico en tono acusador. Un hormigueo agradable me recorre el estómago, sin embargo.

Las mejillas de Beca se ruborizan como una representación en todo su esplendor del amanecer; nunca he visto uno más bonito. Me estremezco de placer.

De forma inconsciente, mis dedos han comenzado a jugar sobre la delicada piel

de su nuca, como si buscaran todos los botones de su cuerpo para encenderlo, lo que todavía le inyecta más color a las mejillas. Siento cómo todo su vello se eriza y me parece escuchar que sale un suave gemido de su garganta.

Una repentina necesidad de lamer esas dos fresas de su cara me invade con tal fuerza y necesidad que de alguna manera sé que Rebeca tiene que estar notándolo con todos los sentidos.

Se me escapa un gruñido.

—Alex..., creo... que deberías empezar a diferenciar entre tener hambre y estar aburrido. —A pesar de la severidad con que lo dice, percibo la diversión colándose entre esas palabras.

¡Menuda bruja! Y la deseo con todo mi cuerpo.

—Créeme, ahora estoy hambriento, y no me muero precisamente por hincarle el diente a un chuletón —confirmo con una pasión que se me escapa por los poros de la piel, y recreo un semblante reflexivo antes de continuar—. ¿Crees que si te como ahora me subirá el azúcar? —pregunto ya con mi voz más rota que la suya. Antes de que pueda responderme o detenerme, le robo un rápido beso—, porque estoy dispuesto a arriesgarme, Beca —susurro sobre su boca. Quiero que mi aliento le acaricie, aunque yo deje de tocarla.

Me vuelve a dar un empujón juguetón hacia atrás. Y a regañadientes la dejo respirar un poco de aire.

—De cualquier modo, no eres diabético, Alex —me recuerda.

Esbozo una sonrisa, porque si puede resistirse de esa manera, es que Rebeca ya está casi recuperada.

—Y espero que así siga —respondo muy despacio con una sonrisa lobuna.

Rebeca me empuja por tercera vez con suavidad el pecho, ni siquiera sé cuándo he vuelto a acercarme tanto a ella, y nos quedamos de nuevo en silencio.

No obstante, esta vez Beca no aparta la mano, sino que la deja apoyada sobre mi abdomen y empieza a acariciarlo con el roce alentador de sus uñas. El contacto me transmite una serie de ondas eléctricas que se expanden con calidez por mi estómago. Hipnotizado, deslizo mi mano por su hombro, muy lentamente, hasta llegar a su codo, en el que me detengo en ahuecar de manera perezosa unos segundos con la misma intimidad que si fuera uno de sus pechos, y después presiono con el pulgar el resto de camino hasta la palma de su mano, que está a punto de cerrar en un puño.

—¿Estás mejor? —pregunto.

—Sí —es su única respuesta—. ¿Y tú? ¿Estás bien, Alex?

—Ahora, sí —contesto sin dejar de mirarla. El cosquilleo de sus dedos en mi pecho es tan agradable que tardo en reunir las palabras para hablar—. ¿Qué es lo que sucedió en el estudio, Rebeca? ¿Por qué se incendió y por qué estabas allí aquella mañana?

No se me escapa la sombra que recorre durante un efímero segundo los ojos de Rebeca, enormes como si hubieran sido extraídos de un manga, ni cómo sus dedos se

contraen sobre mi pecho. E intuyo que está en medio del proceso de tomar una decisión, por lo que busco un modo de alentarla.

—¡Eh, mi musa! Ya sabes que mi vida no es perfecta, pero tiene muchos momentos perfectos. Los que cuentan son cuando estoy contigo. Por eso —hago una pausa y le tomo con la otra mano la barbilla. No consigo resistirme a trazar con el pulgar una línea desde su mentón, donde aún queda un araño, antes de añadir—, nada de lo que digas hará que me separe de ti. Nunca, *myza* —digo pronunciando con gravedad la equivalencia de musa en ruso. La «s» suena como una «z» alargada y profunda. Rebeca cierra los ojos, pero la obligo a abrirlos de nuevo con un toque de los dedos sobre su barbilla—. Soy algo peor que tu sombra, porque puedes ocultarte de ella en la oscuridad, pero de mí no, ¿lo sabes?

—Lo sé, Alex. —Rebeca asiente y parece completamente segura, como si fuera otro el motivo que le impide hablar. Frunzo el ceño.

Me inclino sobre su frente y hago rodar los labios hasta su mejilla.

—Te amo —susurro sobre su piel. Ella se estremece bajo mi boca.

—Alex, ¿por qué me amas? —inquire Beca de repente. Y siento que esto es algún tipo de prueba final importante que ella necesita antes de hablar. Me retiro hacia atrás para poder verle la cara y enfrentarla.

—No me preguntes por qué te amo, mi musa, tendría que explicarte por qué respiro —respondo sin dudar.

Una sonrisa única se planta en su boca. Siempre me gusta cuando hace eso, pero hoy es especial, es...

¡Maldita sea! Me he quedado sin palabras.

Estoy a punto de tirar de su nuca hacia mí y pegar de nuevo de forma indiscriminada mi boca a la suya, como un vagabundo que se aferra a sus únicas y escasas posesiones, pero... de pronto, la sonrisa desaparece, del mismo modo que en esos días en que el sol se oculta de repente detrás de las nubes, el cielo se oscurece y tienes todo el instinto en alerta, porque en cualquier momento llegará una jodida tormenta.

Cualquier sentimiento de deseo se esfuma suplantado por una emoción controlada y casi cautelosa.

Algo no va bien. ¡Mierda!

Empiezo a escuchar el rugido ensordecedor del motor de una lancha motora que solo existe en mi subconsciente.

—¿Qué pasó en el estudio, Rebeca? —Esta vez no puedo evitar imprimir en mi tono de voz un matiz exigente y casi enfadado—. ¿No fue un accidente?

Beca aparta la mano de mi pecho y la encoje en un puño, después me devuelve una mirada muy seria.

—¿Y si no lo fue? —pregunta en un hilillo de voz.

—¿Qué quieres decir, Beca?

El motor imaginario de mi cabeza empieza a trabajar todavía más fuerte, y el

ruido se hace casi ensordecedor.

Exhalo en profundidad una calada de oxígeno. Este me arde en la garganta mientras aguardo la respuesta de Rebeca, que por suerte para los dos no tarda en llegar.

—Alex, aquella mañana, mientras terminabas de hablar con tu madre, fui a esperarte a tu estudio para darte una sorpresa. —Al oír eso, tengo que hacer un esfuerzo descomunal para no soltar un comentario—. Pero no estaba sol...

De forma abrupta, la puerta de la habitación se abre en ese momento interrumpiéndonos. Y la última persona que esperaba ver cruza el umbral con la dulce Natalia en brazos y el resto de la familia de Beca siguiéndoles detrás.

Hugh.

¿Qué jodida mier...?

Todos mis pensamientos frenan de golpe, como si acabaran de chocar contra una barrera infranqueable que nadie más puede ver, y una vena gruesa del cuello comienza a palpitarme con fuerza.

Capítulo 21

BECA



En el instante en que veo entrar en la habitación a Hugh con su prominente nariz de Adrien Brody precediéndole, pierdo la voz, como si una repentina corriente de aire se la hubiera llevado consigo y no pudiera recuperarla. Mi vista lo recorre de arriba abajo sin disimulo, desde sus caros mocasines de piel lustrosa hasta su cabello azabache recogido en un pequeño y estiloso moño en la parte superior de la cabeza, muy similar a los que he visto llevar últimamente a muchos camareros en los chiringuitos de playa o en las discotecas, tras la barra. Unos sencillos pero elegantes pantalones de color granate y una camisa de diseño que proclama a gritos Armani completan el esquema de un *playboy* maduro y refinado que puede conseguir que cualquier prenda se doblegue a su estructura tras una ardua planificación. Su costoso disfraz, sin embargo, no consigue adormecer ni un poco todos los pensamientos de alarma y destrucción que emanan de mi cuerpo al verlo.

Él fue la última persona que vi antes de quedarme encerrada en el estudio de Alex, y su presencia aquí tan oportuna cuando justo acabo de despertar solo hace que confirme con más vehemencia mis sospechas sobre que fue Hugh quien lo provocó todo.

Pestañeo, y acto seguido trato de advertir a Alex del peligro, pero un frío intenso se ha instalado en mi garganta hasta el punto de congelarme la campanilla.

La voz no me sale, y me parece sentir como si estuviera sentada sobre dos espadas lo suficientemente afiladas como para hacerme sangrar en cuanto trato de volverme hacia Alex, igual que la Sirenita de los cuentos de Hans Christian Andersen que vendió su voz a la bruja del mar por unas piernas humanas.

El vello se me eriza y al momento siento cómo un escalofrío desagradable me provoca un remolino en mi nuca, que produce un hormigueo angustioso sobre todo mi cuero cabelludo.

¿Por qué no puedo decir nada?

Sé muy bien la respuesta, y eso hace que la respiración se me agite y el corazón se me suba a la boca de tal modo que me parece saborear mi propia sangre.

¡Oh, Dios mío!

Estaba tan cerca de contárselo todo a Alex, tan cerca... y ahora...

No puedo creerlo. Aquel... aquel hombre está aquí...

Aquí... con... mi familia.

Todo dentro de mí tiembla de impotencia.

Un maremoto incontrolable de recuerdos aterradores sobre el incendio me inunda la mente. Y ardo de furia. Me arden las quemaduras, la enorme cicatriz de la pierna derecha causada por un trozo de vidrio roto, y también la piel que sobresale por encima de las uñas que se me partieron mientras me arrastraba entre el fuego, el agua estancada y los restos de los muebles del estudio de Alex.

Cierro los ojos y, de repente, siento con toda mi desesperación cómo la habitación celeste del hospital se vuelve agobiante, estrecha y diminuta. Un callejón sin salida sin ninguna puerta de atrás para escapar.

Todo gira demasiado rápido en mi cabeza.

Todo va demasiado rápido.

¡Maldito...! ¡Maldito sinvergüenza! ¿Cómo se atreve a utilizar a mi familia?

Miro a Hugh con todo mi odio, todo el que puedo expresar sin delatar mis propias emociones ante los demás, porque al menos quiero que él lo sienta con la misma intensidad que me surge desde la misma médula ósea.

En respuesta, la comisura derecha que une los labios finos, como un alambre, de Hugh se curva ligeramente hasta dibujar una astuta sonrisa, que refleja por fin la crueldad velada detrás de sus ojos espigados e inteligentes. Pero antes de que pueda estremecerme por aquel alarde de autoridad y poder, su sonrisa se vuelve enorme, acentuada por una dentadura tan pulida que ni el Ken de la Barbie podría superar el blanco inmaculado que desprende el esmalte, incluso después de varias sesiones de Karate Kid: «dar cera, pulir cera».

—Espero no interrumpir, pero no podía retrasarme mucho más —comienza a hablar Hugh con ese acento marcado tan británico que no se molesta en suavizar ni un poco, sino todo lo contrario.

No obstante, la expresión de consternación que pone, y que hace que se le formen unas arrugas en los bordes externos de sus ojos afilados, consigue que mantenga su fachada de lo que imagino que pretende ser toda una actuación de cordialidad. Su cinismo me desborda, y me obligo a aguantar en silencio.

Hugh todavía lleva el paraguas marrón del día del incendio, el mismo que confundí con un bastón, y lo peor..., carga con Natalia en el brazo libre, igual que se carga con un trofeo ganador: lleno de orgullo y satisfacción personal.

Como nadie dice nada, él mismo se invita a entrar hasta el centro de la estancia y continúa hablando.

—Me dijeron que podría encontrarte aquí, Alex —explica despacio, como si me retara a gritos a que lo interrumpiera, pero entonces miro a Natalia, que sonrío feliz y concentrada en algún tipo de objeto que no logro identificar y que sostiene entre las manos, y no puedo hacerlo.

¡Oh, Dios mío! Quiero que quite sus sucias manos del cuerpo de mi hermana.

Puesto que Alex está de espaldas, no me es posible ver su expresión, pero noto

cómo asiente una sola vez. Puedo leer por las líneas contraídas bajo la camisa blanca que se ha puesto que la visita tampoco es de su agrado. Sin embargo, dudo que nada de esto se refleje en su rostro, habitualmente impassible, lo que me hace pensar que Alex ha tenido que lidiar muchas veces con la posibilidad de ser descubierto.

La cabeza de Hugh se inclina en mi dirección y deja de prestar atención a Alex, aunque es evidente que él es quien más le interesa.

La manera como lo mira todo el rato raya casi lo obsesivo.

—Beca, ¿verdad? En Londres no tuvimos la oportunidad de presentarnos de forma adecuada... —¡Obvio! Estaba borracha, pero me abstengo de hacer ningún comentario y por suerte él tampoco lo hace al respecto—. ¿Te acuerdas de mí? —pregunta, y sin esperar a que responda, prosigue—. Era el agente de Alex un par de años atrás, lo cual espero poder seguir siendo si él deja de hacerse el escurridizo, claro. —Suelta una carcajada y lanza una mirada muy evidente a Alex, que hace oídos sordos ante comentario.

Mi familia se remueve incómoda, como si se plantearan si intervenir en la conversación.

De pronto, las comisuras de los ojos de Hugh se arrugan, de nuevo con una expresión de consternación en el rostro.

—Acabo de enterarme de todo por tu familia —constata Hugh en un tono de voz mucho más bajo y paternal, que pretende aparentar preocupación—. Siento que hayamos tenido que volver a vernos de este modo. Espero que estés mejor, Beca... Parece que estemos destinados a encontrarnos en situaciones adversas, ¿no crees? —dice con una sonrisa llena de significado, que opto por pasar por alto. Hugh acaricia el pelo de mi hermana y al mismo tiempo hunde sus profundas pupilas negras en las mías, de tal modo que me hace sentir víctima de la telaraña de un enorme arácnido—. Supongo que ha debido de ser una experiencia difícil para alguien tan joven como tú.

¡Oh, Dios mío! Nunca he conocido a alguien tan despiadado. Por las venas de ese hombre debe de correr agua helada en lugar de sangre.

Ojalá pudiera retorcerle su inmensa nariz para alejar ese rasgo de prepotencia de su rostro, y luego arrastrarlo del moño por las escaleras de todo el hospital una y otra vez.

Alex apoya una mano sobre uno de mis hombros, como si pudiera intuir mi inquietud de algún modo, y comienza a masajearlo con el pulgar en círculos lentos.

—No debías haberte tomado la molestia, Hugh —interviene Alex con una voz grave y llena de cordialidad, que me recuerda a Dmitry Kirov. No obstante, también noto un matiz de tensión en ella, aunque para otros pasaría desapercibido—. Si querías hablar de negocios, tan solo debías haberme llamado al móvil.

Soy muy consciente de que Alex ha ignorado todas las llamadas y los mensajes de Hugh de forma deliberada, y me alegro de ello. Por nada del mundo quiero que mantengamos cualquier tipo de relación con este cerdo.

—Créeme, lo intenté, Alex. Pero parece que todavía debo de tener tu viejo

número de móvil y no el nuevo... —deja caer Hugh de manera indirecta en la conversación sin perder su tono paternal y condescendiente.

Un repentino ramalazo de tos me invade todo el cuerpo en ese justo instante. Y percibo por el rabillo del ojo cómo Alex se vuelve de inmediato al mismo tiempo que mi madre acude corriendo hacia mi cama. Pero Alex, más rápido, es el primero en ofrecerme un vaso de agua.

—Iré a la cafetería a por más botellas, cariño. Nos estamos quedando sin agua —informa mi madre y, acto seguido, se gira para salir de la habitación acompañada por Diego. Seguro que agradecida de haber podido encontrar una excusa plausible para escapar del ambiente incómodo que se ha originado. No obstante, cuando pasa por delante de Hugh, se detiene para tomar a Natalia y hacer que Víctor la coja—. Gracias por su invitación, señor...

—Hugh —completa el aludido con cortesía.

—Hugh —repite mi madre ruborizada, porque le cuesta un poco pronunciar ese nombre extranjero—. Ha sido muy agradable hablar un rato con usted.

Mi madre siempre ha sido reservada y, en especial, desconfiada con la gente que no conoce, así que esa forma de mirar a Hugh tan amistosa e incluso como de adolescente enamorada comporta que mi preocupación aumente más si es posible. Pero antes de que pueda decir nada, noto que Alex se inclina sobre mi oreja izquierda.

—Hablaré fuera con Hugh y volveré pronto, mi musa —susurra, y luego presiona sus labios sobre mi mejilla derecha, donde deja una huella invisible de calor—. Víctor, cuida de ella —dice en dirección a mi hermano, que asiente de inmediato con compenetración masculina.

Si la situación no me alarmara tanto, pondría los ojos en blanco y haría algún comentario al respecto.

—Espera, todavía hay algo que debo decirte, Alex... —Trato de retenerlo desesperada por uno de los brazos, y él me retorna una mirada tranquilizadora.

A pesar de todo, consigo que se quede quieto. Sin embargo, mi victoria no dura el tiempo suficiente.

En ese justo instante, Hugh se acerca a nosotros y ya no puedo comentar nada más sobre el tema. Mi vista se desliza un segundo casi de forma dolorosa sobre Víctor y Natalia.

—Por favor, no tardes, Alex —digo sin molestarme en disimular en la voz la preocupación que siento.

Alex me sonrío y se gira para enfrentar a su antiguo agente como si hubiera estado esperándolo hace tiempo.

Unos minutos después de que ambos se marchen, aparece Carlos en la habitación, y prácticamente lo empuja de nuevo hacia fuera.

—Por favor, ve a buscar a Alex y no te despegues ni un solo momento de él —pido de inmediato—. Está fuera con Hugh —añado rápidamente.

Carlos frunce el ceño ante mi repentina petición.

—Sí, lo he visto hablando con él. ¿Estás bien, Beca? —pregunta contrariado.

—Por favor, Carlos, ve con Alex —insisto casi con un chillido agudo e ignoro el dolor intenso de mi garganta.

—No creo que eso le haga mucha gracia, cariño —murmura incómodo—. Fue él quien me mandó aquí.

Como respuesta, me quedo mirándolo en silencio.

—¡Oh, joder! Está bien, nena —cede con un suspiro resignado, como si algo de lo que ha observado en mi rostro fuera suficiente para convencerlo sin pedir más explicaciones—. Iré y me pegaré al culo de tu chico todo el tiempo, tanto como si fuera una verruga; luego no te arrepientas si empiezas a tener celos —dice en tono guasón, aunque la sonrisa no le llega a sus ojos, verdes y tan profundos que parecen contener todo un bosque dentro.

A continuación, Carlos sale con paso resuelto del cuarto y, enseguida, me siento un poco más tranquila.

Aunque él es unos centímetros más bajo que Alex y viste con las ropas de un niño rico y malcriado, posee una complexión magnífica debido a la gran cantidad de horas que dedica a ejercitar su cuerpo moreno en el gimnasio. Sus hombros son tan anchos que cualquiera podría pensar que ni siquiera un oso furioso puede tirarlo con facilidad al suelo. Y si no fuera porque lleva el cabello demasiado corto y castaño, podría confundirlo con el típico guaperas, el surfista rubio de playa. Pero lo más importante de todo es que sé que, independientemente de su apariencia, es una persona de confianza. Alguien con quien Alex puede contar.

—¿Qué ocurre, Beca? Estás roja —pregunta Víctor, que deposita a Natalia en la cama, cerca de mi costado derecho.

De inmediato, sujeto a mi hermana para que no siga moviéndose y yo pueda ver por fin lo que tiene entre las manos: una figurita que representa a *El principito*, el personaje protagonista de la novela del escritor francés Antoine de Saint-Exupéry.

Un ataque de tos seca me sacude todo el cuerpo de forma violenta. Rápidamente, Víctor me pasa un poco de agua.

Devuelvo la botella a mi hermano con una ligera sospecha en mente que me produce escalofríos y fijo la mirada en él durante unos segundos.

—No lo sé, Víctor. Y ese es el problema —divago en voz alta mientras observo la pequeña figura con frustración y me devano los sesos para saber lo que esta puede significar.

De algún modo me las apañó para tirar de una hendidura que hay por debajo de la cabeza de metal cubierta de pelo rubio del muñeco. Esta salta hacia un lado y descubro que se trata en realidad de un mechero.

¡Por el amor de Dios!

La sangre se me hiela y deja de correr por mis venas.

Un sentimiento de verdadera preocupación se apodera de mi cuerpo, que es

contrarrestado por uno mayor de furia.

—¿De dónde has sacado esto, Natalia? —exijo, y marco las sílabas más fuerte de lo que pretendo, aunque ya sé la respuesta.

Veo el labio inferior de mi hermana temblar, como si sintiera que la estoy regañando por algo que ha hecho mal.

—Fue Hugh quien se lo dio. No sabíamos que era un mechero —justifica rápidamente Víctor, que parece también sorprendido por el descubrimiento—. Natalia lo aceptó después de que mamá diera el visto bueno.

Ese último comentario me sorprende.

¡Oh, Dios mío! ¡Mamá ha caído en las redes de ese cerdo!

—¿Y de qué habló con vosotros? ¿Dijo algo en especial? —insisto, a pesar del dolor insidioso de mi garganta.

Víctor trata de pasarme la botella de agua de nuevo, pero yo la hago a un lado.

—No gran cosa —responde Víctor, y se relame nervioso los labios, como si tratara de rebuscar en su memoria algo interesante que ofrecerme—. Habló de ti, de la primera vez que te vio en Londres y...

—¿Y de qué más? —inquiero, y lo tomo de las muñecas.

Apenas soy consciente de que Natalia levanta la sábana que me cubre hasta la cintura y se esconde bajo ella, asustada por el tono de mi voz.

—Después habló sobre Alex. Lo nombraba mucho. Los concursos que había ganado de pequeño, los cuadros que mejor había vendido y aquellos que habían acabado expuestos en galerías muy importantes de Nueva York. Parecía... orgulloso. —Hace una pausa—. ¿Qué sucede, Beca? ¿Ese Hugh te preocupa?

Víctor me observa atentamente con aquellos ojos tan expresivos y suyos, iguales a los de papá pero con el brillo inteligente de los de mamá, que consiguen que aparente dieciocho años en lugar de los dieciséis que tiene en realidad.

Acepto al fin la botella de agua y doy un largo trago.

—Por favor, Víctor. Trae mi móvil.

—¿Qué pasa?

—Solo trae mi teléfono —insisto con férrea determinación—. Necesito efectuar una llamada.

Únicamente conozco una manera de manejar esto, llegados a este punto, antes de que la situación vaya más lejos y más personas salgan heridas, o incluso algo peor.

Muy intranquila, mi mirada viaja de nuevo hacia ese bulto escondido junto a mi costado que forma Natalia, después hacia Víctor, que ha ido hasta una de las sillas pegadas a la pared del fondo para hurgar en un bolso, donde intuyo que deben de estar mis pertenencias y, finalmente, hacia la figura solitaria de *El principito*, que aún sostengo en la mano derecha.

De pronto, me veo abrumada por una oleada de emociones muy desagradables: ira, temor, culpa y algo mucho más intenso. Y me enfurezco tanto por la sola idea de que haya una persona capaz de herir a mi familia siquiera un poco que un lacerante

dolor me atraviesa la cabeza de arriba abajo, como si mil agujas me cayeran encima al mismo tiempo.

Casi puedo sentir cómo mi cuerpo lanza llamas.

Mientras tanto, el plan que se ha formado en mi mente ya corre por mi cerebro a una velocidad más rápida que mis propios dedos, que, cuando por fin Víctor me pasa el móvil, comienzan a teclear.

Capítulo 22

ALEX



Me fijo en lo abarrotado que está el pasillo de pacientes en pijama, como si se estuviera celebrando alguna clase de *pajama party* sacada de una peli americana. No hay alcohol o tipos que con su meada dibujen formas en las paredes, lo cual rompería al menos ese ambiente lúgubre de hospital que tan irritado me hace sentir, pero sí reconozco la mirada ida que produce la medicación en algunos de ellos.

Hugh y yo los dejamos atrás y recorremos el pasillo casi hasta el final, donde hay menos gente.

—Alex..., supe que tu padre va a invertir una fortuna considerable en una nueva tecnología australiana que usa computación en falso color —comenta Hugh interesado, e intuyo que se refiere al caso del retrato escondido de Emma Dobigny encontrado en *Portrait d'une femme*, del pintor francés Edgar Degas. Me vuelvo hacia él al oírle hablar de mi padre de pronto, y frunzo el ceño—. Tengo entendido que se puede producir una imagen de gran calidad de aquellas pinturas que están ocultas bajo la obra original, incluso con todos los colores que usó el pintor.

—No estoy al tanto de los negocios de mi padre, Hugh —respondo de forma automática—. Si quieres saber algo, tendrás que preguntarle directamente a él.

Después de estar bastante jodido todos estos días a la espera de que Beca despertara, Hugh aparece en el hospital y no solo me arranca la oportunidad de estar un tiempo a solas con ella, sino que además se mete en mi vida como si tuviera el puto derecho de hacerlo.

Súbitamente, un grupo de cinco niños enloquecidos, que no deben de sobrepasar los ocho años, se pasan la advertencia de no correr por el forro del culo y cruzan entre Hugh y yo con la vertiginosa velocidad de un torpedo. Me echo a un lado justo a tiempo y evito acabar con la cabeza de uno de esos torpedos humanos hundida en alguna parte del cuerpo, pero Hugh no tiene la misma suerte. El chico pecoso con el que ha chocado se tapa la boca con una mano y se queda paralizado de terror hasta que uno de sus amigos acude en su rescate y se lo lleva de la mano en una nueva carrera.

Hugh los maldice en inglés mientras se sacude la ropa del mismo modo que si acabara de ser atacado por una colmena de avispas rabiosas, y después frota con ahínco una desafortunada mancha de chocolate, que el niño pecoso le ha dejado en la

camisa de Armani que lleva.

—¿No te gustan los niños? —pregunto, y le miro con atención.

—Oh, claro que me gustan, Alex. Los niños silenciosos, quietos y sumisos que se convierten en genios del arte. Esos angelitos sí son adorables de verdad —comenta con un entusiasmo renovado que me pone la piel de gallina. ¡Puto sádico!

—Supongo que no hablas de un muñeco con pilas, Hugh —espeto con acidez.

Hugh suelta una carcajada como si yo hubiera dicho algo de verdad gracioso.

—Veo que no has perdido tu toque, Alex.

¿Mi toque? Él es un capullo con ínfulas de bellezón, pero resulta entretenido ver cómo trata de dorarme la píldora. Con todo, ya me he cansado de escucharlo.

Lo observo muy detenidamente y un silencio casi palpable circula entre nosotros durante unos segundos.

—¿Por qué te has molestado en realidad en venir hasta aquí, Hugh? —pregunto al fin.

—¡Oh! Ya te lo dije, Alex. Llevo semanas intentando contactar contigo y de pronto escuché hablar sobre el accidente. Una gran pérdida lo de todo tu trabajo —dice, y exhibe una seria expresión de compañerismo que no me molesto en corresponder. Bajo la vista hasta sus manos alargadas como garras, que no paran de moverse inquietas mientras habla, y después me centro de nuevo en su cara. Tiene la nariz tan grande que podría pasar por el pico de un cuervo—. Hubiéramos podido hacer un buen negocio con todo lo que se ha perdido en el incendio.

Me tenso y siento cómo todos mis músculos se inflaman.

—Hugh... Parece que quieres volver a firmar un contrato conmigo. —Hago una pausa y lo observo impassible—. Salí de la habitación y vine hasta aquí contigo para informarte, porque parece que hay un malentendido. No soy la persona que tú conociste: en aquel entonces era un niño y mis padres, mis tutores, los que firmaron el contrato contigo como agente. Pero ahora soy mayor de edad y todos los derechos de lo que he pintado, de lo que pintaré algún día, son de mi absoluta propiedad. —Noto cómo Hugh agarra con más fuerza el mango del paraguas—. Así que cuando hables sobre mis obras, o cuando vuelvas a pretender acercarte a mi gente, recuerda que ya no existe ningún tipo de relación entre nosotros.

Hugh se relame los labios con un gesto pensativo, con el que trata de ganar tiempo. Sus ojos se han estrechado como dos jodidas rendijas, y su manera taladradora de mirarme, como si para él fuera una presa codiciada durante mucho tiempo a punto de irsele de las manos, se acentúa al responder:

—Oí que ibas a colaborar con una galería de Nueva York. ¿Cómo se llamaba? ¿Bike Box Gallery? ¿White Ball Gallery?

Me tenso al notar aquel puto tono de desprecio bajo sus palabras.

—White Box Gallery. Es extraño que a un agente con tu reputación no le suene una de las galerías más reconocidas de Manhattan, Hugh —digo muy despacio. Bajo la vista hasta mi reloj de pulsera sin disimular mi impaciencia—. Debo regresar con

Rebeca. Espero que comprendas que este no es el lugar ni el momento más apropiado para hablar.

—¡Oh, por supuesto! Lo entiendo, Alex. Buscaremos otro momento. He quedado para ver el trabajo de dos compañeros tuyos de la universidad: Héctor y Elisa. Creo que los conoces, ¿no? Estuvieron también en la inauguración de tus cuadros en Londres. —Hace una pausa. Sus ojos me recuerdan a la oscuridad profunda del interior de dos cañones preparados para disparar—. Estaré un tiempo por aquí, en España... En caso de que cambies de opinión sobre lo de firmar conmigo de nuevo, por favor, llámame. Necesitas a alguien que te comprenda y te apoye en tu camino como artista profesional a nivel internacional. Y con mi tutela podrías convertirte en el nuevo genio de este siglo. Piénsalo bien, no deberías desaprovechar esta oportunidad.

—Gracias, Hugh, pero no me interesa —respondo cortante y me doy la vuelta para marcharme.

—Rebeca... —dice Hugh en voz alta y clara. Me giro y le clavo una mirada impertérrita para que acabe rápido— parece una chica exquisita, muy bonita y una fuente de inspiración para ti, supongo. Tu estilo ha cambiado, últimamente. Ahora es mucho más... *avant-garde*. Debe de ser por ella —deduce. Se queda callado; parece querer que me explique, pero yo no me molesto en hacerlo.

—Tengo que irme, Hugh —declaro categórico. Aunque no puedo verme en un espejo en estos momentos, sé que tengo una expresión fría y sombría en el rostro.

Le doy la espalda. Esta vez estoy dispuesto a marcharme de cualquier modo, pero Hugh todavía se atreve a tomarme del hombro izquierdo para retenerme.

La impaciencia que en un principio había sentido se transforma en un sentimiento nocivo, del mismo modo que un coche con el tubo de escape bloqueado hasta que se llena de un tóxico humo gris por dentro.

Nunca he llevado bien que las personas insistan en continuar algo que ya he dado por zanjado. Apenas aguanto en mi sitio cuando él vuelve a hablar de nuevo en voz más baja y confidencial.

—Ha pasado un tiempo, Alex; sin embargo, espero que no hayas olvidado todo lo que conseguimos juntos y lo mucho que te ayudé.

Hugh se ha acercado tanto que el exceso de colonia que se ha puesto encima me tapa las fosas nasales. Sus dedos, como si hubieran salido del mismísimo puto infierno, desprenden un desagradable calor.

Un furioso y potente torrente de adrenalina se me enrosca en los músculos, que instintivamente adquieren volumen. El corazón me palpita en la sien a golpes de martillo y siento que estoy a punto de...

—¡Alex! —Carlos aparece de pronto y me pasa un brazo por los hombros, de modo que la mano de Hugh cae a un lado con rudeza. Es muy evidente que Carlos se trae algo entre manos—. Al fin te encuentro, esposa —canturrea en tono amoroso y lleno de buen humor fingido. Me guiña un ojo y se vuelve hacia Hugh, quien lo

observa a su vez como si fuera algún tipo de criatura exótica que merece todo su interés—. Y tú debes de ser Hugh, el famoso y más solicitado agente de artistas plásticos de Europa, ¿cierto?

—Lo es. ¿Por qué no os quedáis hablando, Carlos? Hugh, él es Carlos, uno de mis mejores amigos y también un gran artista. Yo os dejo ahora, tengo que ir a ver a Beca —me despido, y me desembarazo del brazo de Carlos, que me lanza una mirada asesina antes de volverse hacia Hugh con una enorme sonrisa, como las que dedica a los clientes molestos del Florida Night.

Aliviado en gran medida, los dejo atrás rápidamente. No obstante, antes bajo a la primera planta para comprar un ramo de rosas rojas, del mismo color que los labios cereza de Beca.

Cuando regreso, me parece ver a Clara, la madre de Rebeca, salir de una habitación tres puertas más adelante en el pasillo. Extrañado, acelero el paso para ir a saludarla. Pero entonces una escena inesperada hace que frene de forma abrupta a los pocos metros de llegar.

Daniel, el padre de Rebeca, acaba de salir también del mismo cuarto.

De pronto, la madre de Rebeca rompe a llorar desolada. Se golpea con los puños el pecho y empieza a balbucear; sin pretenderlo, unas pocas palabras de su conversación con Daniel alcanzan mis oídos.

A medida que la oigo, de manera inconsciente mi mano ejerce más presión sobre el ramo de rosas rojas. Lo sacudo y algunos de los pétalos caen al suelo como pequeñas manchas de sangre que se me quedan grabadas en la retina.

Mierda...

Me giro de manera brusca, un nuevo remolino de pétalos se levanta, y dirijo mis zancadas crispadas hacia la habitación de Rebeca sin volver a mirar atrás. Cuando me encuentro frente a la puerta, aún estoy demasiado impresionado.

El aire se me queda aprisionado entre las costillas hasta que resulta doloroso, y una vena me empieza a palpar a golpes en el cuello, mientras lucho por aferrarme a una serenidad fría.

Rebeca...

Joder... Esto una puta mierda.

Tomo una honda calada de aire y lo suelto poco a poco. Luego, subo el ramo de rosas hasta mi cara y golpeo con suavidad la puerta.

—¿Se puede? —pregunto.

—¿Alex? —inquire Rebeca con una débil voz.

Bajo el ramo y veo su sonrisa renacer lentamente como una flor en la noche. Está preciosa, y para mi placer, sola.

—El mismo —respondo dibujando una sonrisa idéntica a la suya. Solo han pasado unos minutos, pero al verla siento que han transcurrido años—. Esto es para ti, o al menos lo que queda de él —digo burlón, y le entrego el ramo de flores.

Rebeca observa las rosas maltrechas con una mezcla de jovialidad y sorpresa, y

entonces se echa a reír.

La observo fascinado. No, no quiero que pierda nunca esa sonrisa, pero es posible que pronto desaparezca de su rostro, en cuanto descubra lo que su madre les ha ocultado a todos.

Capítulo 23

BECA



Desde que regresé ayer a casa, constantemente he sentido en la boca el sabor amargo de que muchos detalles importantes se me escurren entre los dedos con la facilidad del agua. Por ello, me noto esquivada, distraída y molesta a todas horas.

Suelto los apuntes de clase sobre mi regazo, porque no puedo concentrarme de ningún modo en ellos, y, desde mi sitio en el sofá, contemplo con un sentimiento retraído el salón de casa.

Hace treinta años debió de ser incluso bonito. Ahora solo es un triste eco de lo que fue: cortinas de un blanco desvaído, muebles rayados y sin brillo, paredes salpicadas de gotelé estropeado y techos con adornos florales de escayola.

Agotada, me masajeo los ojos después de leer un tema tras otro durante horas, y luego hago estiramientos de las extremidades. Las rosas que Alex me regaló están dentro de una jarra de cristal con agua junto al televisor. El rojo brillante que tenían los aterciopelados pétalos se ha oscurecido, pero siguen siendo bonitas. Uno de los últimos rayos de sol de la tarde se escapa de la telaraña de nubes del cielo y las ilumina. Sonrío.

El último accidente me ha hecho reflexionar sobre muchas cosas.

Tras la desastrosa cena en la casa de Sofía en Londres, donde Alex reveló toda la verdad sobre la muerte de su hermano gemelo y los negocios ilícitos de la empresa, Sofía no ha vuelto a contactar conmigo, e intuyo que ello se debe a su marido. Ella se equivocó con él al creer que solo era un pobre anciano sentado en una silla de ruedas y al que podía manejar a su antojo.

«No fue mi mujer, Dima, sino yo», había declarado su esposo al final de la cena, con la voz insuflada del poder tajante de un chef que ha dado el visto bueno a un plato que nadie más debe tocar. Aquellas palabras no eran como las de un enamorado en defensa de su mujer. Sonaban a propiedad.

Pero si bien mi padre por fin tuvo la oportunidad de limpiar su nombre después de casi tres años, solo fue un éxito a medias. Los Kirov habían firmado un nuevo acuerdo con él, de modo que la empresa y todos los trabajadores de la misma no salieran perjudicados.

En cuanto a Alex, ir en contra de sus padres después de que su madre descubriera mi identidad durante la cena solo ha abierto más la brecha que ya lo separaba de su

familia. Y luego está el antiguo agente de Alex...

Un escalofrío me recorre desde la misma médula de los huesos. Recuerdo el encendedor que guardo en el bolso con forma de *El principito*.

Fui testigo de lo que Hugh hizo, y ahora parece dispuesto a montar una barbacoa conmigo y mi familia entera a la mínima palabra que salga de mis labios sobre su implicación en el incendio.

Pero... ¿por qué? Hugh es la única persona a la que no puedo llegar a entender ni siquiera un poco, a diferencia de todos los anteriores. ¿Qué provocó que cometiera aquella atrocidad? ¿Por qué llegaría tan lejos como para prender fuego al estudio de Alex, con todos los cuadros y yo misma incluidos? ¿Problemas mentales? ¿Venganza?

Me muerdo una uña mientras pienso en el hermano gemelo de Alex, en todas las lagunas que tengo de él, y me pregunto cómo fue su relación con Hugh durante el tiempo en que se hizo pasar por el autor de las obras que pertenecían a su gemelo, y si esta relación acabó mal.

Frustrada, me revuelvo el pelo.

He salido viva por muy poco, pero no tengo miedo, al menos no por mí todo lo que debería, porque la preocupación que me embarga por mi familia es lo suficientemente grande como para no sentirme igual que un flan bailando alguna danza hawaiana. Sin embargo, odio a esa «cara de rata». Odio con todo mi ser a ese hombre sin escrúpulos, y puesto que nunca he odiado a nadie de verdad, no puedo evitar hacerlo de una manera profunda por todo lo que nos ha hecho y porque no paro de preguntarme qué ocurrirá, qué nos hará.

Hugh tiene algo que me mantiene sumamente inquieta, pero no pararé hasta saber lo que es.

De repente, el teléfono de casa empieza a sonar.

Pestaño para despertar del torbellino de ira por el que sido inducida hace tan solo un momento y me inclino para atender la llamada, con un ligero temblor en las muñecas.

—¿Qué haces? —pregunta Marta antes de que pueda decir nada. La escucho hablar con una voz risueña.

Me obligo a calmar mis precipitadas palpitaciones y enciendo una pequeña lámpara. Se ha hecho de noche.

—Estudio —respondo de manera escueta.

—¿Estudias? ¿El cuerpo humano con Alex? —se burla en un tono sugerente, y me la imagino lanzando besitos en el aire.

—Intentaba estudiar —reconozco—, pero no el cuerpo humano, sino la destrucción de la Biblioteca Real de Alejandría. Alex no ha llegado aún. ¿Qué sucede? —Su risilla nerviosa ha despertado mi curiosidad.

—Beca..., ¿está tu madre cerca? —inquieta, y siento cómo la intriga aumenta dos veces más dentro de mí.

—Se ha marchado con una amiga después de comer. Me ha dicho que no regresará hasta tarde. ¡Marta! Por el amor de Dios, ¿qué ha pasado?

Marta se aclara la garganta.

—Ahora no, viene mi hermano. Te lo contaré todo cuando llegemos a tu casa, así que, mientras tanto, tendrás que morir por la curiosidad. ¡No prepares nada de cena, Beca! La llevaremos nosotros —advierde con un chillido que me deja casi sorda, y cuelga de forma abrupta.

¡Más que morir por la curiosidad lo haré del susto! Todas las alarmas de mi cabeza comienzan a pitar.

Me cubro la cara con las manos al recordar demasiado tarde que hoy Xavi, Laura y Marta también vendrán a celebrar mi alta del hospital.

—¡Ay! ¡Madre de Dios! —gimo, y me masajeo el ojo, en el que me acaba de dar un tic nervioso. Al mismo tiempo, con el otro deslizo la vista por la mesa de caoba rectangular que hay delante del televisor.

En estos momentos, la superficie es un caos de tazas sucias y de apuntes que me prestó Laura con todo lo que me perdí de las asignaturas «Historia de la cultura escrita y de las bibliotecas» y «Teoría e historia de la ciencia de la documentación» mientras estaba convaleciente en el hospital.

Me levanto de golpe para comenzar a limpiar y una punzada dolorosa en la zona interior de mi pierna derecha me envía de nuevo al sofá.

—¿Víctor? ¿Diego? ¿Natalia? —Llamo todo lo alto que puedo, sin forzar la voz, a mis hermanos para que vengan a ayudarme a limpiar, pero ninguno de ellos contesta o aparece.

Maldigo por lo bajo y, furiosa, echo un vistazo a la cicatriz que me provoqué al caer sobre un objeto afilado tras la explosión en el estudio de Alex. Por suerte no ha sido demasiado grave, pero ahora la gasa está ligeramente empapada de sangre.

Mis pensamientos se oscurecen de nuevo.

—¡Víctor, Diego, Natalia! —repito, y ellos continúan sin aparecer.

Esta vez me levanto con más cuidado y comienzo a amontonar los papeles distinguiendo los que pertenecen a una asignatura de otra. Una carta rectangular con el logo del hospital en el que estuve cae al suelo, pero antes de que me agache para recogerla, oigo el chirrido de una puerta con las bisagras mal engrasadas.

Un sudor frío me riega la nuca y me siento empalidecer.

—¿Víctor...? —lo llamo, y espero unos segundos. Pienso en películas de terror donde un asesino permanece en las sombras del piso al acecho de su víctima. Lo que es peor: la cara de Hugh me viene a la cabeza—. Diego, Natalia. ¿Dónde estáis?

Intento tragar saliva, pero descubro que tengo la boca seca.

Tomo un cojín de escudo y me quito una de las zapatillas, a falta de un arma más potente. A continuación, empiezo a andar de puntillas hasta la puerta del salón, mientras rezo todo lo que recuerdo de mi primera comunión con un susurro.

Voy paso a paso, con ojos abiertos y los oídos sensibles a todo. Tengo un nudo

prieto en la garganta.

No hay luz en el recibidor, pero una sombra alargada vestida de negro y de espaldas se entrevé al otro lado de los pequeños cristales de las puertas del salón. No puedo dejar de pensar en mis hermanos: en la razón de que no me hayan respondido al llamarlos, en dónde se encuentran, en si les han hecho algo...

El corazón me late violentamente y entro en pánico.

¡Oh, Dios mío!

Hugh...

Capítulo 24

BECA



Estiro la mano y me lanzo con todo mi peso hacia delante después de abrir de golpe la puerta. La figura masculina, sorprendida, cae al suelo, y yo encima. Apenas siento cómo la cara se me desfigura de pura adrenalina. Sacudo con todas mis energías la zapatilla y el cojín al mismo tiempo, pero de repente noto que me agarran por las muñecas con enorme fuerza.

—¿Beca?

El corazón me da un salto ahogado en el pecho. Relajo los brazos y las manos de inmediato. La zapatilla y el cojín caen a los lados con un ruido mitigado por la alfombra de arabescos. El alivio que siento en estos momentos hace que la burbuja de histeria que tengo atascada en la garganta suba, y me quedo sofocada.

—¿Alex?

La presión que él ejerce sobre mis muñecas se afloja también.

A través de la bruma mental que me embota la cabeza empiezo a ser consciente de lo que acaba de pasar. Una repentina furia se apodera de cada partícula de mi cerebro y no puedo calmarme. Golpeo a Alex con los dos puños en el pecho, pero me detengo a los pocos segundos, cuando él vuelve a sujetarme. Me obligo a soportar su crispante mirada azul.

—Joder, Beca. ¿Tratas de matarme? —Parece realmente ofendido.

¡Bien! Yo lo estoy más. Él no sabe lo que he llegado a imaginar, lo aterrador que ha sido creer que podía ser Hugh y no Alex.

—¡Alex! ¡Por el amor de Dios! ¿Cómo has entrado? —exijo, todavía con los nervios a flor de piel. Me suelta una de las muñecas y con la otra saca algo del bolsillo de su pantalón. Su mano roza un instante mi muslo. Me trago el nudo de emociones que me cosquillea por todo el cuerpo.

—¿Con esto? —sugiere Alex, y me enseña unas llaves. Distingo el llavero con la letra «v» de Víctor y doy un resoplido—. Hice una oferta a tus hermanos que no pudieron rechazar —presume en un tono risueño, que enseguida se ensombrece—. Solo quería ser romántico y darte una pequeña sorpresa, Beca.

—Y yo solo pensé que eras un asesino en serie, por eso te golpeé —me defiendo.

Alex desvía la vista de la zapatilla al cojín, los coge y me mira de nuevo a la cara con una expresión teñida de ironía. Toda la sangre abandona mi cuerpo y me siento

enferma y humillada.

—¿Con esto pensabas agredir a tu asesino? Tendrás que hacerlo mucho mejor, mi musa —dice Alex con cínico regocijo. A continuación, arroja tanto la zapatilla como el cojín por encima de nuestras cabezas. Me distraigo y me sale muy caro. De pronto, sus piernas se cuelan entre las mías y soy obligada a rodar hacia un lado con sorprendente facilidad. Alex se sitúa encima de mí y cambia las tornas. De algún modo lo consigue sin hacerme daño—. Bien, Mulán. ¿Debería enseñarte yo como defenderte de verdad?

Ah, esa arrogancia. Pero esa es una de las razones por las que tanto me gusta Alex: por la forma en la que la utiliza para reducir la tensión. Si Alex no hubiera aprovechado su carisma indomable y su tenacidad en el pasado para afrontar cada dura prueba que se le ha presentado, no habría podido convertirse en el chico de éxito y fuerte que es hoy. Cualquiera en su lugar, obligado a alejarse del calor de una familia, se habría vuelto loco. Pero él se mantiene inquebrantable.

—Sabes que no me impones nada con esa voz de ruso sadomasoquista, ¿verdad? La próxima vez me limitaré a dejar preparado un bate de béisbol, Alex, así que no vuelvas a asustarme de ese modo —le advierto con un gesto severo. Luego, doy un suspiro tembloroso. Me desinflo. Por fin siento que todo el peso de los nervios me cae como una losa encima. No dejo de repetirme una y otra vez el nombre de Hugh, de recordar las llamas que devoraron todos los lienzos de Alex en el estudio. Aprieto los ojos—. ¡Oh, Dios mío! Por un momento, yo...

Alex inclina la cabeza y me roba un suave beso, que pone punto final a mis preocupaciones. Aunque no llegamos a abrir la boca, su cálido aliento extiende un agradable hormigueo por toda mi mandíbula y me quedo con ganas de más, de muchísimas ganas de más.

—Comprendido —susurra Alex con voz grave y ronca—. No más sustos a partir de ahora —promete, y me ayuda a levantarme del suelo con suma delicadeza.

Me separo un poco de él y me recoloco el pelo.

—Ahora regreso —avisa Alex.

Asiento con la cabeza y me dirijo de nuevo al salón. Agotada, me acomodo en el sofá y dejo caer la cabeza hacia atrás. Alex aparece a los pocos minutos con un pequeño maletín en el que hay pintada una cruz roja, que debe de haber encontrado en uno de los armarios del cuarto de baño. Lo observo sorprendida, porque nunca le he dicho dónde estaba y él tampoco ha preguntado.

Alex toma asiento justo a mi lado. El viejo sofá se hunde un poco más bajo su peso.

—Déjame ver eso, Beca —ordena, y señala la herida de mi pierna.

Me doy cuenta en ese momento de que después de la pequeña lucha en el vestíbulo, la gasa se me ha desprendido, pero con toda la preocupación ni siquiera me he percatado de ello.

—Lo haré yo misma —sugiero sin convicción en cuanto veo que Alex empapa

una nueva gasa esterilizada en alcohol.

Él ignora mis palabras y levanta mi pierna hasta que queda ligeramente flexionada sobre uno de sus muslos. Después, empieza a trabajar con el antiséptico mientras mantiene el ceño fruncido por la concentración.

Trato de no pensar en lo atrevida y audaz que es la posición en la que me encuentro ahora, vestida únicamente con un pijama corto y abierta de piernas. En su lugar, me apoyo sobre los codos y me dedico a disfrutar de la sensual y atractiva vista que ofrece el elegante aspecto de Alex: con la camisa negra de vestir que se ha puesto hoy para atender a todas las citas de negocios remangada hasta los codos y desabotonada por el cuello hasta el inicio de su pecho firme y escultural.

—No vuelvas a poner tu vida en riesgo de forma descuidada, Beca. Si sucede otra vez algo como lo del incendio, déjame atrás y sálvate primero, ¿entendido?

El estómago me da un vuelco al escuchar de repente esas palabras. Aprieto la boca y no digo nada. Alex se queda quieto. Noto cómo sus feroces ojos de color azul me perforan la piel. Todo él despide una emoción peligrosa y de advertencia.

—No me mires así, Alex. No puedo prometerte nada. No soy un oráculo y por tanto no sé lo que haré —espeto muy firme. Me cuesta no ruborizarme, pero lo consigo.

Los ojos de Alex se entrecierran hasta dibujar dos líneas horizontales perfectas. Vuelvo la cabeza para no seguir enfrentándolo y él continúa curándome la herida, pero noto que sus movimientos son mucho más rudos ahora.

Me aguanto una sonrisa y lo observo de reojo. Acaba de sacar una cinta de esparadrapo, que empieza a cortar con los dientes. Hay algo primitivo, salvaje e ingobernable en la manera en que lo hace. Una rugiente excitación me vibra en el estómago.

—Espero que no les hayas dado dinero a mis hermanos, Alex. No es bueno que los consientas tanto siempre que te ven; pronto te pondrán galletitas y leche como si fueras Papá Noel —declaro con una fingida expresión de severidad.

Alex refunfuña. Luego sujeta la gasa sobre la cara interna de mi pierna derecha con el esparadrapo que ha cortado. Toda la piel me arde en estos momentos.

—Es mi dinero y me gustan tus hermanos, Beca —me indica circunspecto. Sé que él es hijo único ahora, y solo puedo imaginar una pequeña parte de lo que Alex siente al ver a una familia tan numerosa como la nuestra.

Probablemente, para Alex, lo más importante de pasar el tiempo con las personas es que ellas de verdad quieran pasarlo con él, y por eso se esfuerza tanto en recompensar a todo aquel que aprecia de verdad.

—Creo que Víctor ha comenzado a verte como su hermano mayor —comento como de pasada y finjo un suspiro resignado.

—¿Qué te hace pensar eso? —inquire Alex con una curiosidad arrogante. Ya no parece enfadado, y por dentro lanzo unos puños de victoria imaginarios al aire.

—Bueno... Ha empezado a vestir de forma desastrosa: con pantalones rotos y

camisas de cuadros abiertas por el pecho, y al menos hoy le han llamado siete chicas diferentes a casa. ¿Tú a quién crees que se parece? —Alzo la mirada hacia Alex con los ojos rebosantes de inocencia.

Él suelta una carcajada sintiéndose halagado.

—Le traeré algunas camisas de las mías, entonces —dice muy serio, como si le estuviera dando vueltas a otra idea mayor al mismo tiempo—. Y si me lo pregunta, le asesoraré sobre chicas. Puedes quedarte tranquila.

—Sí, con mi hermano en tus manos de experto, estoy muy tranquila, Alex —me burlo, aunque por dentro estoy muy orgullosa de verlo emocionado por algo tan simple, lejos de la intensidad a la que está acostumbrado en el Florida Night o con su familia.

—Puedes estarlo, yo te encontré a ti —dice sin parpadear. Me hormigean los labios por su mirada fija. La electricidad me recorre la piel donde me toca, y una embriagadora calidez me invade las venas—, y no me he arrepentido ni un solo día, Rebeca.

Capítulo 25

BECA



«No me he arrepentido ni un solo día».

Las palabras suenan en cascada en mi mente un largo rato, e incluso continúan vibrando dentro de mí mucho tiempo después.

Alex vuelve la cabeza en dirección al televisor, junto al que está situada la jarra de cristal con el ramo de rosas rojas que él me regaló en el hospital. Cuando me mira de nuevo, se le ve satisfecho. Ya ha terminado de desinfectar mi herida, pero su mano continúa apoyada de manera íntima y perezosa sobre mi pierna.

Me incorporo y me inclino sobre él. Estamos tan cerca que oigo su suave respiración, pero siento algo más, su ropa desprende un irresistible aroma a desodorante masculino. Llevada por un intenso deseo de tocarlo, aliso de forma innecesaria una arruga que no existe en su camisa.

—Cena conmigo esta noche, Beca —dice Alex de pronto. Su voz se ha enronquecido varios tonos y los ojos le arden profundos, con pequeñas e intensas chispas—. Cocinaré para ti.

Le devuelvo una mirada atormentada y comienzo a mordirme el labio inferior.

—¿Qué tal si lo dejamos para mañana, Alex? —sugiero con una sonrisa.

—¿Qué estás escondiendo, Beca? —pregunta Alex perspicaz.

Tomo una honda calada de aire.

—Se me olvidó comentarte que hoy vienen todos a casa para celebrar que me han dado de alta en el hospital. ¿Te importa si posponemos la cena para otro día?

Sin darme una respuesta, Alex se recoloca y deja caer la cabeza con los ojos cerrados sobre mi regazo. Con aire perezoso, se estira en el sofá y libera un suspiro de placer. Sus piernas, embutidas en unos vaqueros negros de marca, son tan largas que quedan colgando sobre el reposabrazos del otro extremo.

No me hace falta introducir los dedos en su pelo para notar lo grueso y sedoso que es; puedo sentirlo en cada poro de piel de mis muslos cubiertos por sus mechones negros. A pesar de ello, no me resisto y comienzo a peinar con mis dedos su cabello. Él deja escapar otro suspiro de satisfacción.

Todo él rezuma virilidad, más que cualquier modelo de Calvin Klein, con la posición relajada de un vaquero del Medio Oeste, a punto de quedarse dormido en una de las escasas zonas de sombra bajo el sol abrasador.

Lo observo contrariada. Si tal como me recomendó Marta aceptara la propuesta de Alex de ir a vivir con él, podríamos tener muchos más momentos como estos. Los dos solos. Sin hacer nada especial: dormiríamos juntos y nos levantaríamos uno al lado del otro todos los días al despertar, compartiríamos la ducha sin temor a que alguien fuera a aparecer en cualquier instante o desayunaríamos mientras simplemente hablaríamos...

—¿Alex? ¿Has oído lo que he dicho? Podemos cenar otro...

Alex se apunta en los labios con un dedo antes de que pueda terminar de repetir mi sugerencia.

—Me siento estafado. Sobórname —ordena.

Me quedo muy quieta, observándolo.

—Ha sido un día muy duro para mí, musita, y tenía muchas ganas de cenar a solas contigo, pero haré una excepción si consigues complacerme.

Es cierto que parece cansado. Puedo ver las pronunciadas ojeras en la cara de Alex, que lejos de estropear sus atractivas facciones las dota de un encanto misterioso e irresistible. Sonrío a medias.

—¿Has tenido más problemas por el incendio? —pregunto inquieta.

Alex resopla con disgusto, pero no abre los ojos y vuelve a apuntarse en los labios, negándose a decir nada más.

Divertida por su actitud arrogante, le golpeo suavemente en la nariz.

—No tenemos tiempo para eso —le regaño con debilidad.

Alex comienza a roncar, pero sé que solo está fingiendo por lo alto que suenan sus ronquidos, que por cierto parecen los rugidos de un león.

Continúo deslizando la yema del dedo índice por la línea dura de su nariz. Él se gira hacia mi estómago con un movimiento felino y besa mi ombligo. Una sensación muy reconfortante calienta la zona que ha tocado con su boca, a pesar de que la tela de la camiseta de tirantes que llevo puesta está en medio, entre sus labios y mi vientre.

Me ablando.

—Está bien —concedo. Una repentina idea pasa por mi cabeza—. A cambio, antes cuéntame tres cosas de ti, Alex. Tres secretos que solo sabría Eduardo —le pido sin disimular mi enorme curiosidad.

Alex se reincorpora muy despacio, se sienta sobre sus rodillas y me mira muy fijo durante unos segundos. Por tercera vez, se señala los labios.

Entrecierro los ojos y, sin pensarlo, agarro a Alex del cuello de la camisa y lo atraigo hacia mí.

—Idiota —murmuro sobre su boca antes de besarlo con profundidad.

Él no hace nada por detenerme, y aprovecho mi libertad para ahondar de la manera que más me gusta en el beso: lentamente. Tiro más fuerte de la camisa de Alex hasta que el siguiente botón se suelta y la mitad de su pecho fibrado queda al descubierto. En respuesta, oigo un gruñido mitad risilla que se escapa de los labios de

Alex. Al instante, atrapo su lengua entre los incisivos, que deslizo hasta que noto la bola del *piercing* que la atraviesa. En un acto de rebeldía, la retengo intencionadamente.

Sin separarme todavía, abro los ojos llena de satisfacción y me encuentro con los de Alex, que echan chispas recalcitrantes.

Un momento después, las fuerzas se han intercambiado: él ha conseguido liberarse, me ha levantado y me ha recostado sobre el sofá, de modo que no pueda hacerme daño en la pierna, pero tampoco moverme.

Hunde su rodilla entre mis muslos de forma desvergonzada e inclina la cabeza sobre la mía, lo que me deja a su total merced.

Me ruborizo entera.

—Primer secreto —anuncia. Su voz suena áspera y cariñosa al mismo tiempo—: soy alérgico a las zanahorias crudas.

—¿A las zanahorias crudas? —repito muy sorprendida—. Nadie es alérgico a las zanahorias, Alex. ¡Mientes!

—Oh, créeme, musa. Yo sí lo soy. De pequeño volví locos a mis padres hasta que lo descubrieron —confirma, y me cierra la boca con un beso. Sus manos recorren mis hombros una y otra vez. Los tirantes de mi camiseta caen hacia un lado en el proceso.

De pronto, los círculos azules de los ojos de Alex se oscurecen varios tonos por el deseo, y también me parece observar algo más: una vaga sensación de fragilidad. Quiero ver más de eso en él.

—Segundo secreto —continúa. Baja la voz a pesar de que solo estamos él y yo en casa en estos momentos. Y sé de inmediato que lo que va a decir ahora es mucho más importante para él—. En realidad, siempre he usado cascos para oír música desde que mi hermano me regaló los suyos cuando teníamos once años. Solía ponérmelos a veces incluso en clase, cuando el resto de los niños empezaban a hacer comentarios despectivos sobre mi pelo tan claro y mi acento extranjero, y en especial sobre mi debilidad. Pero algo bueno saqué de eso —dice, y una sonrisa muy atractiva se dibuja en su rostro. Se apoya con naturalidad en un codo, de modo que roza con él mi hombro derecho, y con la mano libre enmarca la forma de mi mejilla izquierda. Aguanto la respiración—. Escuché tantas canciones que acabé amando la música. — Hace una pausa. Sus dedos recorren cada curva de mi cara—. Igual que ahora te amo a ti, Beca —declara en un susurro.

Me muerdo el labio inferior y Alex sigue el movimiento. Después de saber más sobre lo que Alex tuvo que pasar de niño, se me encoge el corazón y me pregunto si aquello es también una secuela de que ahora se tiña siempre el pelo de negro.

—Te quiero, Alex —digo muy seria a mi vez, y presiono un dedo en medio de sus labios cerrados. Siento que debo dejárselo muy claro en este momento—, y estoy feliz de que estemos vivos. Estoy muy feliz de poder compartir mis días contigo. Ambos sabemos lo poco perfectos que somos, pero de algún modo encajamos el uno con el otro en todos los huecos que nos hemos dejado sin cubrir. No quiero estar con

ninguna persona que no sea tú.

Súbitamente, el rostro de Alex enrojece.

—Alex..., tu cara —murmuro asombrada. Nunca le he visto de ese modo.

Un golpe de ternura me invade el pecho, pero no tengo mucho tiempo para asimilarlo.

Alex hunde la cabeza en mi garganta de inmediato y muerde la piel de mi cuello al mismo tiempo que me parece escuchar la palabra «gracias», como si quisiera castigarme por lo que he conseguido provocar en él de la manera más dulce.

—Quiero memorizar cada parte de tu cuerpo, Rebeca. Escuchar también todas tus canciones. Lo quiero todo de ti —dice, y acaricia la curva de mi oreja con el filo de los dientes. Aprisiona de forma muy erótica el lóbulo. Se me escapa un gemido ahogado—. Cada sonido de ti. Te necesito, Rebeca.

Me aprieta con suavidad contra él y olvido que existe un mundo más allá de sus brazos. Solo existe el calor de su piel bajo la ropa y el movimiento de sus manos por mi espalda, por mi nuca... Me remuevo muy excitada.

—Te necesito, musa —repite, como si quisiera grabarme las palabras a fuego en la piel.

Alex vuelve a besarme y esta vez, cuando lo hace, siento que me exprime el alma del cuerpo por los labios. Ansiosa por tenerlo más cerca, arqueo mi cuerpo contra el suyo y enredo mis dedos entre los cortos mechones de su pelo sedoso. Él toma mis pechos, primero uno sobre el sujetador y la camiseta de tirantes, y luego el otro. Mientras chupa el derecho con su húmeda lengua, fricciona con los dedos el izquierdo.

—Te deseo. —Su voz sale tan ronca que me estremezco entera.

Alex me atrae por la cintura todavía más y me aprieta contra su ingle. Al sentir la dura erección en mi bajo vientre, contengo el aliento. Tengo las mariposas del estómago a punto de escupir fuego como si fueran dragones.

Justo en ese instante, oigo que el timbre suena de un modo estridente, lo que me hace pensar que no es la primera vez que lo tocan.

Azorada, trato de apartar a Alex.

Él me susurra palabras tranquilizadoras y me acaricia de mil maneras todavía más persuasivas que me hacen derretirme por dentro, y casi consigue que lo olvide todo de nuevo.

Casi.

—Joder, voy a matar a tu amiga Marta.

Capítulo 26

BECA



Tengo la tensión arterial por las nubes y el aire me entra a trompicones en los pulmones. Aun así, trato de pensar de manera diplomática.

—Todavía debe de ser pronto para que hayan llegado. ¿Qué hora es, Alex? —pregunto preocupada.

—Espero que la hora de enviarlos de vuelta a sus camas —gruñe. Me mira muy fijo y baja las pestañas hasta que cubren la mitad de sus ojos azules, nublados de intensa pasión.

A continuación, Alex se incorpora sobre mí, noto que con enorme esfuerzo, y apoya los codos a cada lado de mi cuerpo, todavía respirando muy fuerte y sin dejar de contemplarme. No puedo evitar fijarme en lo afectado que está y en cómo también cada parte de mí vibra por el deseo insatisfecho. El miembro excitado de Alex parece quemarme a través de la ropa.

¡Madre mía! Me siento tan inquieta...

Me retuerzo de forma instintiva y, de inmediato, una expresión de dolor atroz atraviesa el semblante ya atacado de Alex.

—No te muevas, Beca —ordena con un jadeo tenso y cortante. Desvía la vista, lleno de impotencia, hacia mis pechos desnudos, que todavía están ensalzados por la camiseta de tirantes y el blanco sujetador de encaje que han quedado amontonados por debajo, y los aprietan. La respiración agitada hace que el pecho se me suba todavía más—. ¡Mierda! —maldice Alex y empalidece. El sudor le cubre la sien—. Solo dame unos segundos para conciliarme con mi ego, musa —dice, pero en realidad parece estar conteniendo un enorme ejército de hunos furiosos dentro de sí o algo mucho peor. Quiero compadecerme de él, pero yo no me siento mejor—. Joder... —jura por segunda vez al oír de nuevo las voces de Marta—. No debería haber accedido a esto.

Los nervios me pierden y se me escapa una risilla. Trato de taparme la boca con las manos, pero solo consigo que la risa aumente.

—No te rías, Beca, estoy muy jodido —refunfuña Alex, aunque también noto que su humor ha mejorado un poco al oírme reír—. ¡Oh, maldita sea! Joder... —dice al percatarse de su propia contradicción.

Me río más fuerte, porque nunca le he oído soltar tantas palabras malsonantes

seguidas.

—Lo siento. No... no... puedo... —logro decir entre carcajadas, e intento taparme la boca—. Esto es... demasiado...

De repente, Alex me asegura la cabeza entre las manos y me sella los labios con un beso lánguido y torturador. Abre mi boca con la suya y su sabor me inflama por dentro a medida que el beso se convierte en una caricia profunda, deliciosa, y succiona mi lengua hacia su propia boca.

De algún modo, consigo sobreponerme lo suficiente como para apartarlo con ayuda de las manos extendidas sobre su pecho. Es obvio que Alex sabe cómo hacer perder la noción del tiempo y de las cosas al sexo femenino, y por eso me resulta más difícil distanciarme de él.

—Debemos abrir la puerta, Alex —le recuerdo en cuanto recupero la voz. Acabo de tener un *flashback* de la conversación telefónica con Marta. Había algo de lo que ella quería hablar conmigo, y por la manera como aporrea la puerta debe de ser importante—, o Marta no parará hasta haber revuelto a todo el vecindario —añado de manera convincente.

—Sería mejor dejar que se la llevara la policía —gruñe Alex. Hace oídos sordos al ruido y me aplasta con su cuerpo contra el sofá, de modo que no pueda efectuar ningún movimiento de levantarme—. No quiero tener animales en casa.

Frunzo los labios con disgusto.

—Debo corregir tu error, Alex. En primer lugar, esta es mi casa. Y en segundo..., es mi amiga, no un animal, y por supuesto yo no quiero tener a la policía aquí metida —replico.

Con un mohín infantil y rebelde, Alex esconde la cabeza entre mis pechos y me da un repentino mordisco juguetón sobre uno de ellos. El efecto que eso produce en mí me deja descolocada. Le propino un azote en el culo y él se retira con una sonrisa amistosa y burlona, que se asemeja a un gruñido. Después, me vuelve a cubrir suavemente el pecho con el sujetador y la camiseta, y se irgue sobre los dos pies con aspecto resignado.

—Pronto podremos hablar de nuestra casa, Rebeca —afirma Alex, y baja la vista con el orgullo de un sultán hasta el colgante de la mariposa con una perla que pende sobre el centro de mi garganta, y que él me regaló. Lo mira de tal modo que siento casi como si tirara de la cadena y lo sostuviera entre sus dedos—. Y no entrarán animales —promete con una mirada oscura e inflexible.

Mi móvil ha empezado a sonar como loco y siento que yo misma voy a perder el control de un momento a otro.

Resoplo, sé que es mejor no contradecir a Alex en estos instantes, lo cual no significa que cuando vuelva a salir el tema no lo haga.

Deslizo la vista hasta el desorden de papeles y tazas sucias sobre la mesa, y Alex sigue la dirección de mis ojos con la mirada. Me agacho para recoger la carta que antes se me ha caído al suelo, pero Alex se coloca delante y se encarga de hacerlo por

mí.

—Ve a abrir, Beca, yo me ocuparé de todo esto por ti —señala con un gesto de cabeza.

—¡Gracias! —exclamo con una sonrisa de alivio y le premio con un apresurado beso en la mejilla. Me recoloco un poco el pelo, me calzo mis zapatillas azules con pequeñas alas en los laterales y me marcho antes de que se arrepienta.

—No será gratis, Beca —le oigo rezongar en un tono risueño según voy hasta la entrada—. Todavía tenemos algo pendiente.

Pienso en el último secreto de Eduardo que no he llegado a saber, y una honda sensación de anhelo me escuece en el pecho.

Me arreglo de nuevo el pelo y la ropa y abro la puerta de casa todavía pensando en ello, pero dejo de hacerlo cuando de pronto Marta se lanza sobre mí. Enseguida la detengo con la palma de la mano derecha extendida, antes de que dé un paso más.

—No estoy sola, Marta —la advierto.

—Mierda... ¿Estás con... Alex? —prueba a decir, y se coloca de puntillas para ver por encima de mí, lo cual, con sus tacones y siendo unos centímetros más alta que yo, es innecesario—. Eso lo complica todo —murmura para sí misma.

—¿Qué es lo que complica, Marta? —pregunto intrigada.

Marta se inclina hacia mi izquierda sin responder, y el top con rayas horizontales de color rosa que lleva puesto se le tensa sobre el pecho. Del mismo modo, la falda corta y azul ajustada que le llega hasta la mitad de los muslos se le sube unos cuantos centímetros. Pero no me resulta extraño verla tan arreglada, porque Marta saldría con maquillaje puesto incluso para ir a tirar la basura o a comprar el pan.

—¿Dónde están los demás? —inquiero al no ver a Xavi y a Laura detrás de ella. Luego le sacudo la mano delante de la cara para llamar su atención.

Marta baja la cabeza como si acabara de despertar de un largo sueño y me agarra de la muñeca. A continuación, me empuja hacia el centro del recibidor con urgencia.

—Baños —dice muy seria. Esa es nuestra contraseña secreta cuando estamos en los bares para hablar a solas, pero hoy nos encontramos en mi casa y podríamos ir simplemente a mi habitación.

—Está bien —concedo sin perder la paciencia, porque empieza a preocuparme de verdad su actitud—, pero debemos darnos prisa. —Y ella enseguida comprende lo que quiero decir.

—¡Oh, tía! No serán más de unos minutos —promete—, pero esto no es algo que pueda escuchar el lobo de tu novio.

Frunzo el ceño y abro la boca para replicar, pero ella ya me está arrastrando hasta el cuarto de baño. Hasta que no se ha asegurado de que Alex no nos ha seguido y de que estamos a salvo y no nos oirá, no se da la vuelta para empezar a hablar.

—No es de él, Beca. ¡No es de él! —cuchichea primero en un tono bajo y después lo repite tan alto que ya no es necesario que susurre.

—¿Qué no es de él, Marta? —inquiero llena de curiosidad.

Marta me agarra por los hombros y me sienta sobre la tapa del váter. La emoción brilla poderosamente en sus ojos castaños.

—¡Agárrate bien, tía, porque esto es demasiado fuerte! —Me suelta y da un paso hacia atrás; entonces, toma una honda exhalación y la expulsa de golpe—. Carlos no es el padre del bebé que Jess está esperando.

Una profunda punzada de sorpresa me invade el pecho.

Capítulo 27

BECA



—¿Cómo lo sabes? —pregunto todavía sin poder creerlo del todo.

—No pongas esa cara, Beca. Es del todo cierto. Tanto Laura como yo se lo oímos decir a Elisa el otro día en el Florida Night, y precisamente en los baños. La tonta de Jess estaba vomitando. ¡Joder, tía! Está embarazada y aun así tenía un pedo encima del tamaño de una catedral. ¡Está loca!

Suena furiosa. Me tenso, porque Marta nunca miente sobre algo tan serio.

—A estas alturas, su embarazo ya estará muy avanzado... —Niego con la cabeza—. No entiendo, Marta. ¿Estáis seguras las dos de que no la confundisteis con otra chica? —comento con tacto.

—Sabía que ibas a decirme eso, Beca, y le saqué una foto. Mira —dice, y me enseña la pantalla de su móvil. Frunzo una ceja en cuanto la veo, y reconozco a Jess. La imagen es de baja calidad, pero el exceso de pecas en su piel es inconfundible—. Le oímos decir a Elisa que su familia la ha dejado de lado y que quiere perder al niño —explica Marta—. El problema es que no es legal que aborte en estos momentos, así que está haciendo lo imposible para encontrar otros métodos. Si no lo consigue, dará al bebé en adopción.

El impacto de lo que acaba de revelarme se transforma en ira y perplejidad dentro de mí. Jess no solo está poniendo la vida del bebé en riesgo, sino también la suya propia.

—No obstante, ¿cómo puede ser que Carlos la dejara entrar en su estado en el Florida? —señalo.

—Por supuesto que él no sabía que ella estaba allí. Jess fue en su día libre. Como ves, lo tiene todo planeado. Incluso disimuló su pedazo de tripa de luchador de sumo. Tendrías que haberla visto cómo se pavoneaba a pasos de pingüino con el vestido que llevaba..., era un espectáculo digno de ver, Beca. Y ya no es una niña.

—Supongo que la vida no es lo suficientemente larga como para que la gente madure... —comento reflexiva.

Me remuevo incómoda y pienso en Carlos, en todo lo que ha sacrificado por Jess, y lo emocionado que está después de hacerse a la idea de que va a ser padre. Suelto un largo suspiro y miro a Marta con aire contenido. Su cara es todo un dilema, y entiendo por qué. Ahora que sabe esto, ella debe albergar esperanzas.

—Puedes dejar de preocuparte por mí, Beca. Imagino lo que estás pensando en estos momentos, y no voy a hacerme falsas ilusiones. Las oportunidades son como aquello que encuentras en una tienda de ropa, que cuando lo abandonas y luego vuelves, ya no está. Y la verdad es que Carlos me perdió en cuanto escogió a Jess, independientemente de los motivos. —Hace una pausa—. Si al final regresa a mí, tal vez le dé una nueva oportunidad, no lo sé, pero ya nada será igual. Y, por supuesto, no voy a entrometerme en sus problemas ahora para salvarle el culo cuando me ha dejado hecha polvo. No voy a esperarlo más. Voy a vivir mi vida, Beca, y voy a dedicarme a disfrutarla cada minuto.

Sonríó satisfecha y, llevada por un impulso, me subo sobre la tapa del váter. Marta abre mucho los ojos.

—Loca, ¿qué estás haciendo? —pregunta sorprendida. Justo en ese momento, salto sobre ella y la rodeo con las cuatro extremidades antes de que pueda apartarse.

—Eres la mejor, Marta —chillo, y la abrazo con todas mis fuerzas.

Marta se echa a reír, pero tiene la cara ruborizada hasta la raíz del pelo de su corta melena azabache. Está conmovida.

—Sí, seguro que eso se lo dices a todas, embaucadora —rezonga de manera fingida.

Las dos nos sumimos en un repentino silencio y un segundo después estallamos en risas. Hacía tiempo que no hacíamos algo como esto, y nos sentimos bien.

Unos golpecitos suenan en la puerta, interrumpiéndonos.

Es Alex. Sostiene el teléfono con la mano derecha extendida hacia mí.

—Tu madre —vocaliza, y nos mira impasible a ambas, yo abrazada como un mono a Marta y ella revolviéndome el pelo. Las dos contenemos el aire y tratamos de poner una expresión seria, lo cual resulta imposible.

Me bajo del cuerpo de Marta con un salto y tomo el teléfono. En ese mismo momento, llaman también al timbre y Marta aprovecha la oportunidad para escaparse, con la excusa de ir a abrir a los recién llegados. Alex se queda conmigo. Apoya uno de sus amplios hombros sobre el marco de la puerta e inclina la cabeza sin dejar de observarme minucioso. Sus ojos brillan tenuemente.

—¿Mamá? —pregunto dubitativa.

—Hoy no iré a casa, hija —responde mi madre después de unos segundos. Su respiración suena fuerte, como si estuviera acatarrada—, me quedaré a dormir en casa de una amiga. Ya he avisado a tus hermanos. Ellos dormirán esta noche con la vecina. Pásalo bien con tus amigos, Beca. He dejado algunos *cupcakes* de frutas y chocolate en el horno, sé que a Alex le gustan —señala.

Levanto la vista y miro a Alex. Este se encoje de hombros.

—Está bien, mamá. Alex te da las gracias. —Una sonrisa indolente se dibuja en los labios de Alex al oírme hablar, porque no ha dicho nada. Me giro y le doy la espalda—. Ten cuidado de taparte bien por la noche. Suenas resfriada, mamá —comento con preocupación.

—Cerraré la ventana del cuarto. Está abierta y entra demasiado aire. —Hace una pausa y esta se alarga hasta el punto de que tengo que volver a llamarla—. Pásalo bien, pero sé responsable, cariño. Dales las buenas noches a todos de mi parte —se despide, y corta la llamada.

—Alex te da las gracias... —repite burlón el aludido.

Me doy la vuelta para enfrentar a Alex y frunzo los labios de un modo provocativo y retador.

—Hum... Solo te he leído el pensamiento —respondo, y levanto la barbilla orgullosa—. Mi madre ha preparado *cupcakes* para su yerno. ¿No estás agradecido?

Alex sonrío y vuelve la cabeza para mirarme con su media sonrisa todavía pendiéndole en los labios. Después, se hace a un lado como todo un caballero para que pueda salir. Cuando cruzo el vano, me desliza un brazo por los hombros y me atrae hacia el calor de su cuerpo. Una corriente electrizante me acaricia la piel donde sus dedos me estrechan con intimidad.

—Me gusta la idea de ser el yerno —murmura con voz ronca y suave sobre mi cabeza, según nos dirigimos hacia el salón. Todo mi cuerpo vibra de regocijo, pero mantengo la expresión de póker.

—Lo sé —respondo petulante, e intercambio una intensa mirada con Alex, que podría derretir cualquier objeto o persona que estuviera en medio de nosotros ahora mismo.

Una hora más tarde, ya hemos terminado de cenar y todos nos encontramos aglutinados en el suelo, alrededor de la mesita rectangular de caoba del salón, con un vaso de chupito lleno de alcohol delante de cada uno. En el centro de la mesa hay unas botellas de licor que Laura y Xavi han traído.

Un silencio expectante y misterioso ha invadido la atmósfera, como si todos sintieran que algún tipo de ritual importante fuera a dar inicio.

«Vamos a sacarle toda la información para ti, Beca, y entonces, cuando estemos seguras de que Alex no esconde ningún antecedente penal, podrás estar tranquila y decidir por fin si deseas aceptar la propuesta de vivir a solas con él. Solo déjalo en nuestras manos.» Las palabras de Marta y el sincero asentimiento de Laura casi han hecho que tenga un corte de digestión unos minutos atrás. ¡Oh, Dios mío! Ahora estoy atacada de los nervios.

Laura me lanza una mirada de ánimo, mientras Marta empieza con las explicaciones del juego, tomándose su papel de moderadora muy en serio. Emite una peligrosa aura de cazador al acecho, solo que, en lugar de usar escopetas, utilizará el alcohol para atrapar a sus víctimas.

—Este juego se llama «Yo nunca». Cada jugador debe comenzar diciendo «Yo nunca...» seguido de lo que no haya hecho nunca. Entonces los jugadores que sí lo hayan hecho beben, con la excepción de que ninguno lo haya hecho, entonces solo bebe el que ha hablado. Pero hay una regla más... —Hace una pausa ceremonial y recorre cada cara de los que estamos allí sentados con los ojos entrecerrados—. Si

alguno de los participantes sabe que el que ha hablado miente, entonces solo bebe el que lo ha dicho. Por ejemplo: «Yo nunca me he tirado un pedo» —Laura se lleva en ese momento una mano a la boca y tose de modo discreto. Marta le lanza una mirada ceñuda por haberla interrumpido—, pero Laura sabe que sí me lo he tirado, entonces solo bebo yo —continúa. Para un momento de hablar para tomarse el primer chupito de un solo trago, y luego vuelve a llenar su vaso—. ¿Comprendido? —se asegura, y deja pasar unos segundos por si alguien tiene alguna duda. Nadie dice nada—. Bien, entonces empiezo yo. —Se aclara la garganta y me dirige una mirada determinada—. Yo nunca me lo he montado con Elisa.

Todas las cabezas se vuelven al instante hacia Alex con la fuerza de un potente imán. En cambio, Alex permanece con una expresión inamoviblemente fría, carente de emociones, y no sé en absoluto lo que está pensando.

Siento cómo todo el color de la cara se me escapa por la boca. Todavía no puedo creer que Marta y Laura se hayan atrevido a preparar esta trampa.

Pequeños fragmentos de lo que dijo Elisa a Alex cuando estuvimos de excursión en la nieve acuden a mi cabeza: «Sabes que puedo hacer algo mucho mejor que eso, gatito. ¿Por qué no dejas que te lo demuestre como en los viejos tiempos?», «¿Tan buena es en la cama? ¿Más que yo?», «Oí cómo gruñías en el baño, gatito. Los mismos gemidos que yo te he provocado cuando hemos estado juntos».

De repente, es como si todo dejara de existir, y una violenta punzada de celos me transforma en una persona muy imprudente. Envalentonada, agarro con ímpetu el vaso de chupito que hay frente a Alex y me lo tomo de un solo trago sin respirar. Cuando me lo he acabado, toso un poco y me limpio de manera un tanto masculina la boca con la muñeca. A continuación, devuelvo el pequeño recipiente a su sitio de un golpe sordo.

—La siguiente soy yo, ¿no? —digo ante la asombrada mirada de todos. Noto cómo los ojos azules de Alex me taladran la espalda con interés—. Tenía sed —me justifico, pero intuyo que en absoluto lo he engañado; aun así, no dice nada.

Las rondas continúan y una tras otra voy sorteando las preguntas dirigidas de forma indirecta hacia Alex: al levantarme para ir al baño y empujar descuidadamente sin querer su vaso, al bostezar y estirar demasiado la mano...

Cuanto más tiempo pasa, la mirada asesina y de frustración de Marta crece, pero cuando ya está a punto de estallar, yo ya he empezado a tambalearme. Y Alex no parece mucho más feliz; al menos le he tirado ocho chupitos encima, sin contar con los que me he bebido yo solita en su lugar y en el mío propio.

Finalmente, todos deciden regresar a su casa y Alex y yo volvemos a quedarnos solos tras una larga serie de protestas de Marta: «¡Dios bendito, Beca! No te reconozco. Eres Hulk versión pedo con tetas. Te llamaré cuando se te haya pasado, ¿vale?», ha dicho antes de cerrar la puerta de casa, muy molesta.

Adormilada, pero todavía consciente de la realidad y satisfecha por haberme salido con la mía, noto cómo Alex me levanta en brazos con suavidad y sin esfuerzo.

De manera instintiva, le rodeo el cuello con los brazos y aprieto la boca contra su garganta. Un aroma muy dulce a manzana dilata mis fosas nasales.

Me estremezco de satisfacción y se me escapa un gemido soñoliento. La piel de Alex adquiere una textura más áspera al instante. Tiene el vello erizado.

—Hum... Hueles muy bien, Alex —murmuro.

—Debe de ser por todo lo que me has tirado encima —espeta él sin piedad. Todos los músculos de su cuello están tensos.

Se me escapa una carcajada musical.

—Lo siento —balbuceo con torpeza, y luego le palmeo lo que creo que es la mejilla con una mano en un intento de acariciarlo. Alex sacude la cabeza cuando le meto un dedo en el ojo sin pretenderlo, y jura en voz alta.

—Oh, no creo que lo sientas mucho, Beca. Yo diría que estabas disfrutando bastante —replica mordaz.

—Te estaba protegiendo de mis amigas —me defiendo con un mohín, que se transforma rápidamente en una risilla. Froto la boca contra el pecho de Alex y trato de ahogar mis carcajadas.

—Lo sé —confirma, y no vuelve a decir nada mientras abre con brusquedad la puerta de mi cuarto, que está en completa oscuridad. En estos momentos, Alex parece más callado de lo normal.

Me deposita con mucha delicadeza en la cama. La luminosidad de los edificios y la luna que entra por la ventana da un resplandor sobrenatural a la habitación. Los muebles parecen mucho más grandes y alargados.

—¿Vas a marcharte ahora? —pregunto al ver que Alex me da la espalda y se levanta.

—No —dice circunspecto, y cierra la puerta de la habitación. Después, regresa hasta mí y se sienta en el borde del colchón.

Hundo los dedos en la almohada y lo observo irse quitando una prenda tras otra hasta que solo está en bóxer. Las sombras han intensificado cada hueco, línea y curva viril de su espalda nívea, que va estrechándose hasta la cintura, delgada y firme. Rezuma sexualidad por cada poro de su cuerpo.

¡Oh, Dios mío! Me tapo la cara, pero no resisto la tentación y vuelvo a mirar. Ver a Alex de este modo es muchísimo mejor que contemplar la espalda desnuda de Brad Pitt en *¿Conoces a Joe Black?*... Muchísimo mejor que... Dejo de pensar.

El corazón me late violentamente en las costillas y me parece que me va a explotar. De pronto, siento el familiar hormigueo entre los muslos.

—¡Madre mía! —gimo en voz alta sin ser consciente de ello hasta unos segundos después.

Me giro y doy la espalda a Alex; entonces noto cómo el peso sobre el colchón cambia.

—Hazme sitio, musa —ordena Alex con voz grave y sexy. Luego se desliza bajo la sábana, se sitúa a mi lado e introduce uno de sus brazos bajo mi nuca. La cama es

pequeña y no podemos estar más pegados el uno al otro.

Me remuevo delante de él, mi aturdimiento se desvanece, pero cierro los ojos de placer cuando la boca de Alex empieza a dar pequeños mordisquitos por la curva de mi hombro. Sus dedos caminan casi sin tocar la piel de mi brazo desnudo, y pequeños temblores se precipitan sobre mi cuerpo sensibilizado. Me aprieto contra Alex llena de fervor, y froto las curvas traseras que van desde mis muslos hasta mi cintura sobre su vientre plano y duro.

Alex suelta gruñido caliente y sexy.

Vagamente, soy consciente de cómo una de las manos de Alex reptaba por debajo de mi ropa interior y cubre el punto de mi excitación, al mismo tiempo que roza con sus labios, abultados y calientes, la sensible línea de mi barbilla. Aprieto los muslos.

Intento girarme, pero Alex traspasa en ese justo instante el umbral hinchado de mi cuerpo y mueve las yemas de sus dedos hasta formar un remolino tras otro de humedad entre mis piernas. Doy un grito asombrado por la repentina intrusión, pero poco a poco una sensación de éxtasis como de polvo de estrellas me colma la mente de pequeños fuegos artificiales. Los sonidos que salen de mi boca y la rítmica ondulación de mis caderas parecen mantener a Alex fascinado, como si producirme placer fuera el origen del suyo propio.

Pronto mis pensamientos se desvían por un camino más profundo en cuanto Alex vuelve mi cara para besarme, y la caricia de nuestras lenguas se endurece y se vuelve casi frenética, exigente, animal.

El sujetador hace un insignificante chasquido cuando se abre el cierre. No sé cuánto tiempo transcurre hasta que acabo completamente desnuda sobre él.

Alex hace serpentear sus dedos por mis costillas y se entretiene después por los hoyuelos en la base de mi espalda. De pronto, sus manos ascienden por mi columna vertebral y me arrancan los pocos suspiros que me quedan.

—¡Oh, Dios! ¡Alex! —exclamo temblorosa. Él sigue su reconocimiento por mis pechos. Tira de ellos hasta que se quedan sólidos e hinchados.

Empiezo a jadear.

De repente, me obliga a rodar hacia un lado y se coloca encima de mí. Con suma delicadeza, guía mis piernas hasta que rodean su estrecha cintura, pero Alex se queda inesperadamente quieto.

Estoy a punto de morir de la acuciante frustración.

—Tercer secreto —anuncia Alex de pronto, y me quedo congelada, porque me ha pillado desprevenida—. Nunca me lo monté con Elisa. En realidad, con ninguna tía antes de ti, Beca. Tú eres la primera.

Entonces, una vez dicho eso tan increíble, entra dentro de mí de un solo movimiento.

Capítulo 28

ALEX



Después de la increíble noche de ayer con Rebeca, esto es lo último que esperaba ahora...

Arrugo la nariz por el tufo. Acabo de entrar en la habitación de la residencia y, a pesar de que la puerta todavía está abierta, el olor es tan intenso que podría levantar a un muerto de su tumba por la impresión.

—Joder... Aquí huele a mierda —comento con brusquedad entre dientes.

—Yo diría que es el ambiente propicio para tirarse un pedo y que nadie lo note —replica Carlos con humor desde la entrada. Acaba de llegar, después de haberse desviado en nuestro camino por el pasillo para hacer una visita a Jess, pero parece que esta lo ha despedido pronto. Algo que últimamente ha estado ocurriendo con frecuencia.

—No me pongas a prueba, Carlos —le advierto en tono áspero, y echo un breve vistazo por el dormitorio hasta que descubro la fuente del mal. No obstante, antes de que pueda decir o hacer nada, la voz de Carlos resuena a mis espaldas con un rugido casi animal.

—¿Qué es ese puto montón de mierda que hay sobre mis Oxford? —exclama a voces. Se sitúa a mi lado y le observo por el rabillo del ojo con curiosidad. Se le ha puesto la cara hinchada como un puto tomate rojo y ya no queda ningún rasgo de humor en él—. La hostia... ¡Alex, míralo, tío! —dice lleno de incredulidad, y a continuación señala con las dos manos temblándole de furia la montaña de mierda que hay encima de sus mocasines negros sin estrenar, como si yo no fuera capaz de ver ya lo enorme y evidente que es sin hacerlo. Carlos se pasa las manos por los hombros, la nuca y la cabeza, y después se queda totalmente quieto—. ¿Eso es lo que creo que es? —pregunta sin molestarse en mirar en mi dirección.

Bajo la vista, pero la aparto rápido con un silbido.

—Una lástima —comento apenas sin poder contener la contracción de los músculos del cigomático mayor y el risorio de la cara, que producen la risa—. Unos zapatos así se merecían un entierro mucho más digno.

Carlos se carcajea, pero su risa no tiene nada de alegre.

—Cállate, capullo. Esto es un crimen imperdonable, joder... —Casi parece que va a llorar, no obstante, sé con seguridad que no lo hará—. Esto no va a quedar así,

Alex, porque el único que va a terminar enterrado de verdad es el cabrón de la residencia que se ha pasado de gracioso. En cuanto lo pille...

—Buscaremos una solución —respondo de manera práctica.

—¡Mierda! —gruñe Carlos.

—Sí, mierda —respondo muy despacio—. Eso es lo que es, Carlos —confirmo circunspecto, y le doy unas palmaditas compasivas en el hombro izquierdo.

Él apenas lo nota.

—¡Maldita sea! ¡El puto sueldo de un mes!

—No exageres, Carlos.

Él se vuelve hacia mí y me lanza una mirada asesina, lo que no ayuda en absoluto a que mi diversión disminuya, pero logro configurar una cara seria a tiempo.

—Si esto es otra puta broma de las tuyas, Alex...

Frunzo el ceño con disgusto. Hace tiempo que no gasto ninguna broma, y por otro lado ambos estamos demasiado agotados después de la larga y desesperante mañana de hoy como para andar con juegucitos. Pero mis puños todavía piden sangre, y que Carlos me acuse, no ayuda mucho a mi estado de ánimo explosivo...

—La próxima vez que te quedes pedo, mira primero dónde sientas el culo, idiota, en lugar de echar la culpa a los demás —replico lleno de acritud. La última noche la he pasado en casa de Beca y no en el dormitorio de la residencia. Por lo que sé, no necesariamente debo de ir muy desencaminado.

Aguanto una mueca de satisfacción cuando veo lo mucho que mi sugerencia ha dejado aturdido a Carlos y, acto seguido, voy hasta la encimera negra de granito, de donde tomo un rollo de papel de cocina blanco que le lanzo al pecho con fuerza.

Carlos lo coge en un acto reflejo, estimulado por los partidos de baloncesto que jugamos temprano todos los días, y lo observa desconcertado.

—¿Qué narices quieres que haga con esto, Alex?

—¿También tengo que explicártelo? —replico todavía un poco molesto porque ha dudado de mí, y le paso los guantes de silicona negros que usamos para fregar el baño por turnos. De nuevo, Carlos los coge al vuelo sin problemas—. Para las enfermedades infecciosas y eso... —añado sin disimular una mueca de ironía.

—Capullo.

—De nada, para eso están los amigos de verdad —digo, y alzo los hombros de manera despreocupada con una sonrisa algo más relajada—. Para decir las cosas duras que no queremos oír.

Carlos responde con un signo nada amistoso, levantando uno de los dedos de la mano derecha, y se vuelve de nuevo para enfrentar la mierda que tiene delante con expresión contrariada.

Gran parte de la tensión que se había formado entre nosotros a lo largo de la semana desaparece.

—Sé perfectamente cómo son mis boñigas, Alex, y esta para nada es tan gruesa como...

—¡Eh, Carlos! —le freno. Tengo el estómago ya bastante revuelto—. ¿Por qué no nos haces un favor a los dos y te ahorras el análisis forense? Ni todos los capítulos del CSI van a librarte de limpiar eso, joder —digo mientras me dirijo hacia la nevera y saco el único refresco de Coca-Cola Zero con el envase de color negro que queda dentro.

La madre que lo..., está vacío.

El sinvergüenza de Carlos ha vuelto a bebérselas todas... Miro a este, todavía con la lata vacía que he encontrado en el frigorífico en la mano, pero de repente Carlos parece concentrado a fondo en la tarea de limpiar. Flexiona las rodillas y se pinza la nariz con los dedos de la mano izquierda al mismo tiempo que con la otra examina el terreno. En lugar de quejarse como haría siempre, comienza a trabajar con movimientos cautelosos usando el rollo de cocina, pero no me engaña en absoluto. Sus hombros están demasiado rígidos, apenas hace ruido y parece muy pendiente de cada uno de mis pasos.

Hijo de...

Se me escapa una sonrisa sarcástica.

Al menos esa imagen de él agachado, con guantes, mientras arrebató la comida a las moscas con una expresión de auténtico sufrimiento, la guardaré por los siglos de los siglos en mi cabeza. Agarro el móvil y en silencio le saco una foto. Solo por si acaso...

Mi mente viaja tiempo atrás unos minutos, a cuando solo tenía doce años y acababa de recibir una buena paliza de un grupo de compañeros de clase que odiaban a mi hermano. Pero, por supuesto, con él nunca hubieran podido, y yo resulté ser una presa mucha más fácil. Estaba tan jodido que apenas podía mantenerme de pie, pero lo peor fue escuchar cómo mi hermano gemelo se regodeó una vez más de lo débil que era por no saber defenderme, antes de largarse a fumar con los chicos mayores del último curso. No estaba precisamente de humor para soportar más gilipolleces.

—Eh, tú, ¿sabes jugar al fútbol? —preguntó Carlos. Se había acercado a pesar de que el resto del grupo que le esperaba en el campo de hierba no paraba de insistirle en que me dejara en paz.

Carlos iba vestido con el uniforme azul y pantalones grises reglamentario del colegio, que ya por aquella época le quedaba demasiado ajustado al cuerpo. Había oído rumores de que sus padres no tenían mucho dinero, y parecía ser verdad. No le respondí, no me apetecía, y él me evaluó de arriba abajo como si estuviera decidido a tomarme como su reto personal. Yo hice un tanto de lo mismo.

—Pareces un flacucho y eres muy bajito —observó Carlos, pero no había maldad en sus palabras, solo una verdad dicha en voz alta. En aquella época aún no había pegado el estirón, lo cual era motivo de preocupación por parte de mi padre, que venía de una generación legendaria de rusos altos y fuertes que dominaban todo desde las alturas con su sola mirada de hielo.

Resoplé.

En lugar de esconder la cabeza entre las piernas, como había hecho otras tantas veces, esa vez me permití ser diferente y alzarme de hombros cuan largo era.

—Tengo dos pies, ¿no? —repliqué en tono orgulloso con el sabor a sangre de mi labio partido en la lengua, y quizá fue eso lo que me hizo ser impulsivo y retarlo con la mirada.

No obstante, por dentro estaba bastante preocupado. Carlos, en realidad, siempre había sido el amigo de mi hermano, y no el mío. Ya en el parvulario era un niño enorme con la constante apariencia de buscar pelea.

Había hecho lo imposible por evitarlo hasta ese momento, porque había dado por sentado que era alguien con quien no debía relacionarme, como muchas veces mi madre me había recordado. Sin embargo, el tiempo lo cambia todo. Las apariencias a veces desaparecen y te dejan ver lo que siempre ha estado ahí. Carlos es la prueba de ello, y también la persona que me recogió en mi peor momento sin hacer preguntas.

—Bien —dijo en tono resuelto Carlos. Luego me hizo un pase con la pelota y me enseñó una amplia sonrisa, que le cambió por completo la expresión de capullo sin escrúpulos por una amable que nunca hubiera imaginado que pudiera esbozar, e hizo que incluso me emocionara un poco—, entonces podrás golpear la pelota, ¿no?

De repente, mi mente profundiza más entre mis recuerdos, y aquella lejana memoria de la primera vez que hablé con Carlos es interrumpida por otra más reciente de una conversación con Rebeca, cuando ella me preguntó sobre mi relación con él.

Capítulo 29

ALEX



El presente se difumina por completo y me traslada a la habitación de Rebeca, hace unos meses.

Ambos estamos solos en su casa, lo que es mejor: solos en la cama de su habitación. Beca está casi desnuda. Muy exuberante, tumbada de espaldas con el pelo húmedo extendido en ondas mientras intenta cubrirse con una toalla de mi color favorito, blanco, al mismo tiempo que yo trato de persuadirla con caricias para que deje de hablar sobre mi pasado. Huele jodidamente bien, a jabón, a agua fresca y a champú de melocotón. ¡Joder! Está irresistible. Me vuelve loco cada curva de su cuerpo, la esencia que desprende y sobre todo el pensamiento casi posesivo de que ella es mía, de nadie más. Pero ella tampoco es indiferente, puedo sentir cómo sus ojos me recorren el pecho desnudo casi con frustración y también con un deseo inconfundible de sexo. Aquello me pone tan duro que no consigo concentrarme apenas en su pregunta: «¿Vas al gimnasio a menudo?».

«Hace mucho que no piso un gimnasio», respondo molesto porque ella prefiere seguir hablando sobre cosas banales precisamente en este momento.

«Sin embargo, Carlos sí que va bastante, ¿no? ¿Os conocisteis cuando ibas al gimnasio?», continúa.

«Sí», respondo de manera escueta y con la voz ronca de deseo por Beca, tras hacer una pequeña pausa.

Quiero gruñirle que ya no puedo seguir escuchando una palabra más y ser razonable con ella, porque la necesidad de trazar con mis labios las líneas delicadas de su cara dulce y única, de cubrirla a besos calientes y húmedos y, después, de hundir mi lengua en su boca de fresa hasta acabar por los dedos de sus pies, es demasiado fuerte. Pero ella...

«¿Cómo llegasteis a ser amigos los dos?», insiste Beca, lo que hace que me detenga a medio camino de besarla. De pronto, siento unas irrefrenables ganas de zarandearla por ello.

Chasqueo la lengua con disgusto, me rasco la cabeza y al final me aparto de ella con un dolor áspero en la entrepierna. Apoyo la cabeza en la dura y fría pared, lejos del cuerpo caliente de Rebeca.

«¿De verdad tenemos que hablar de esto ahora, Beca?», profiero, y la miro sin

disimular mi cabreo.

«Solo tenía curiosidad. ¿Estás enfadado?», pregunta, y suena tan tierna que siento las ganas de golpearme yo mismo por lo bruto que he sido con ella.

«No, no lo estoy», miento de inmediato, pero sé que no he logrado engañarla. Hay algo irónico en sus ojos ambarinos que hace que me dé cuenta de ello. De repente, ella me sorprende al ponerse de rodillas a mi lado, y de nuevo capto esa fragancia a melocotón en el aire que estoy seguro de que debe de salir de su pelo húmedo. Estoy muy excitado.

«¿Seguro?», insiste con esa voz dulce y melosa que utiliza en contadas ocasiones. Habría que ser un puto eunuco para no perder el control.

«Sí», gruño, y evito el contacto visual. Si se percatara de lo mucho que deseo tirarla sobre la cama de nuevo y hundirme dentro de ella una y otra vez, casi puedo adivinar que saldrá corriendo. Entonces, me doy cuenta de que mi actual estado no podría sobrevivir a eso.

Mi cuerpo se relaja un poco y me vuelvo hacia Rebeca. Primero le robo un beso, labios sobre labios, y después la persuado con lentos mordisquitos hasta que consigo que abra la boca por entero para mí. Esa boca perturbadora con forma de corazón. Mi mano se mueve por detrás de su espalda, para acoplarla mejor mientras sigo acariciando su lengua con la mía, y en algún momento la molesta toalla se pierde entre ambos.

—¿Alex? —dice una voz lejana en medio de mi recuerdo sobre Beca. Aprieto los ojos hasta que el sonido desaparece y me sumerjo otra vez en mi mente.

Los pezones carnosos de Beca cosquillean sobre mi pecho, y antes de que quiera darme cuenta, ya he rodeado uno de ellos entre mis dedos al mismo tiempo que mi boca se entretiene con la suave piel de seda del cuello de Rebeca. Cuando la miro a los ojos de nuevo, tiene la mirada velada por la excitación, y eso me enciende todavía más. Ella toma la iniciativa de besarme de repente, y siento una oleada de calor en la garganta, como si acabara de tragarme un rayo de sol.

Unos salvajes escalofríos me recorren los muslos, en torno a la fuerte erección que me ha venido de golpe, pero me obligo a continuar despacio. Ignoro el dolor y el placer que esto me produce al mismo tiempo en las entrañas. Quiero hacer que Rebeca disfrute primero, por no ser del todo sincero sobre Carlos con ella y también por mi propio egoísmo de complacerla. Toco el punto abultado y húmedo entre sus muslos firmes resultado de todas las caminatas que realiza hasta el trabajo, y ella se aferra de inmediato a mi mano. Jadea, gime. Un espasmo agita todo su pequeño cuerpo.

Fascinado por sus reacciones naturales, me agacho sobre Beca para percibir el delicado caos de su respiración mientras ella se remueve y se sacude de placer...

De pronto, en medio de toda aquella escena de pasión, la voz masculina y potente que he oído antes resuena en mi cabeza. De nuevo trato de ignorarla, y busco la forma desesperada de recuperar el delicioso recuerdo de Beca excitada debajo de mí,

que ya ha empezado a desvanecerse. No obstante, es imposible, esa jodida voz vuelve a insistir mucho más alta.

—¿Alex? Joder, tío. Responde, ¿quieres?

Mi mente regresa al presente de golpe, lo que me sienta como una enorme patada en el culo.

—¿Qué ocurre? —respondo con brusquedad al fin, todavía con la mirada perdida en el fondo de la habitación.

Por suerte, la encimera detrás de la que estoy cubre mi erección y Carlos no puede verla. Maldigo para mí mismo.

—¡Eh! ¿Estás bien, Alex? Te has quedado demasiado tiempo callado incluso para ser tú —ironiza—. ¿Qué te ocurre en la cara? ¿Acabas de tener un orgasmo mental con Beca? —se carcajea.

Estoy muy tentado de hundir su cara en aquella mierda...

—No vuelvas a tocar mis latas de Coca-Cola, Carlos —le advierto en cambio con una dura mirada.

Él da un largo suspiro.

—No seas tan capullo, al menos alguien debe enseñarte a compartir un poco, Alex.

Tomo una botella de agua con gas de la nevera. Al girar el tapón, se oye un sonido parecido al de un chasquido, pero antes de que pierda todo el gas, doy un buen trago para evitar soltar un comentario sarcástico.

—¿No vas a compartir? —señala Carlos, que se levanta con un montón de rollo de papel en las manos enguantadas teñido de un tono mostaza desagradable. Como respuesta, le lanzo la lata vacía que he encontrado en el frigorífico.

—Tira eso también —ordeno.

Carlos vuelve a murmurar por lo bajo, pero dejo de prestarle atención. La camisa blanca de Hugo Boss que me he tenido que poner me da demasiado calor, y no ayuda en absoluto que el aire acondicionado esté estropeado. Siento toda la tela pegada como una segunda piel.

Chasqueo la lengua con disgusto.

Varias partes del cuerpo me pican de un modo casi visceral.

Rebeca..., la echo de menos, aunque solo han transcurrido unas horas desde que la he visto. Y aunque esta necesidad ya no me sorprende tanto como al principio, no deja de crecer más cada día que pasa.

Parece irreal que ya hayan transcurrido más de dos semanas después del accidente, porque no ha dejado de presentarse un inconveniente tras otro. Y por la boñiga maloliente con la que nos hemos encontrado al llegar, intuyo que los problemas no van a desaparecer tan pronto.

A pesar del seguro, apenas he conseguido calmar al casero del estudio con ese cerebro obtuso de tortuga que tiene de que esto no volverá a suceder, así como a los clientes que ya habían adelantado el pago de los cuadros que se han perdido en el

incendio... Esto último me ha dejado no solo agotado, sino también casi sin blanca. Después de todo el dinero que he invertido en los materiales de cada encargo y en el nuevo piso en el campus, otra noticia negativa podría tener serias repercusiones.

Joder... es como si durante estos días hubiera algo o alguien detrás de cada uno de mis pasos, alguien que se adelanta a todo lo que pienso y trata de poner a prueba el límite de mi paciencia.

Dejo de divagar de forma inútil tan pronto como siento que vibra el móvil en el bolsillo trasero de mis pantalones, y compruebo la pantalla, pero es un número desconocido.

—Ahora vuelvo —comento rápido en dirección a Carlos, y salgo todavía con la botella de agua al pasillo, por el momento vacío, donde puedo respirar mejor. Sin embargo, cuando atiendo la llamada nadie responde. Frunzo el ceño—. ¿Hola? —pruebo de nuevo.

Una musiquilla comercial suena de fondo y pierdo el poco aguante que me queda. En el momento en que estoy a punto de colgar, no obstante, se escucha una voz aguda y nerviosa.

—Disculpe, ¿es el señor Alex Kirov? Soy Marcos, el agente inmobiliario con el que habló hace unas semanas.

Aprieto la mandíbula con sarcasmo al escuchar la palabra «señor», y le confirmo.

Recuerdo a aquel hombre: no más alto que uno de esos buzones amarillos de correos, con una calva reluciente y una feliz tripa redondeada, que me hace imaginarlo de inmediato en la barra de un bar, rodeado de amigos similares a él y de jarras de cerveza vacías, y con la vista puesta en un enorme televisor de pantalla plana en la que emiten fútbol al fondo del local.

—Le llamamos para avisarle de que su contrato de la vivienda ha sido declarado como no válido. Disculpe las molestias. Si nos permite, el lunes podemos quedar en nuestras oficinas del centro y aclarar...

—Espere, Marcos... ¿Qué acaba de decir? —Las palabras me salen disparadas como balas. Presiono con fuerza la botella que todavía sujeto en la otra mano y el plástico cruje de manera brusca, como una longitud de mi propio desacuerdo.

Toda la buena imagen que me había formado sobre el hombre se esfuma.

—Lo sentimos mucho, señor, el lunes...

—Deben de haber cometido un error. —Bajo mi voz y hablo mucho más despacio, al mismo tiempo que me esfuerzo para no ver cómo el sueño de vivir en aquella casa con Beca desaparece delante de mis propias narices—. El contrato ya está firmado, no hay modo de que puedan anularlo. Me acercaré hoy mismo a revisarlo en persona.

Oigo la respiración agitada del hombre, como si temiera mis últimas palabras más que nada, pero no me importa. ¡Quieren joder mi sueño! Ese tipo no sabe siquiera una mierda de todo lo que esto significa para mí, y acaba de destruirlo en unos segundos con la misma facilidad de quien empuja con un dedo una fila cuidadosamente

ordenada de fichas de dominó.

—El lunes, señor... —insiste de nuevo el hombre, tan desesperado por acabar la llamada que comienza a tartamudear. Apenas logro oírlo—. Estamos de obras, y la oficina estará temporalmente ce... cerrada has... hasta el lunes.

Estoy a punto de estrangular a alguien...

El hombre vuelve a disculparse, pero no es suficiente.

—Voy a ir ahora —afirmo de un modo atronador, instigado por mis intensas emociones.

Una oleada de furia me ha invadido y me hace levantar la voz de manera inconsciente. No obstante, antes de que haya terminado de hablar, el agente inmobiliario acaba la llamada de forma abrupta.

El pasillo se queda de pronto en un silencio sepulcral, y una desbocada sensación de exasperación toma mis crispados nervios y trasciende hasta los poros de mi piel, de modo que se me eriza todo el vello. Entonces, esta es sustituida por una emoción peor, todavía más temperamental, que aprieta cada articulación dentro de mí, hasta casi dejarla congelada.

El corazón me oprime en el pecho con una potencia bestial y desgarradora. Respiro fuerte, una y otra vez.

Respiro todavía de forma más profunda, porque no me llega suficiente aire a los pulmones.

La calma nunca llega.

El estudio, los cuadros, todo el dinero que invertí, la... casa.

Mierda, joder... Lo he perdido casi todo.

Capítulo 30

ALEX



—Mierda... —mascullo lleno de frustración en voz alta—. Joder... —Golpeo con un cabreo monumental la pared del pasillo, hasta que noto cómo el material me perfora la piel de los nudillos. Ni siquiera el dolor me calma un poco.

Echo la cabeza hacia atrás, con la mirada perdida y absorta en el techo abarcado por pequeños halógenos metálicos dispuestos en fila.

De pronto, una abrumadora sensación de impotencia me atenaza la garganta. Y entonces, antes de que ese nudo emocional me ahogue, empiezo a caminar hacia el ascensor, primero lento y después con pasos más decididos.

Debo ir hasta la agencia y recurrir si es necesario a cualquier método para saber qué es lo que ha ocurrido.

No obstante, me detengo de forma abrupta a los pocos pasos y comienzo a desandar de espaldas todo el camino que he avanzado sobre el suelo de moqueta gris que han puesto en la residencia de estudiantes.

De repente, oigo muy cerca a alguien aclararse la garganta de forma sonora. Con desgana, levanto la cabeza en dirección al ruido.

Carlos está apoyado sobre el marco de la puerta de nuestro dormitorio, desde donde me observa con su intensa y peculiar mirada como si estuviera a punto de soltar un comentario.

—Ahórratelo —me adelanto, y Carlos tiene la inteligencia suficiente para no decir nada inmediato, porque en estos momentos no soy capaz de escuchar a nadie.

Le oigo suspirar.

—Sé que no quieres que te diga nada, Alex, pero... —Sin llegar a terminar la frase, inclina la cabeza para que mire más allá de él, y entonces comprendo la situación.

Aparte de Carlos, cuento al menos unas quince personas más asomadas en las otras puertas del pasillo.

Me he convertido en el puto espectáculo de la residencia.

Les dedico una gélida mirada del repertorio «no me toquéis las pelotas», y de inmediato todos se esconden como caracoles en la paz de sus cuartos. Porque los chicos quieren ser amigos del DJ díscolo más popular de las fiestas, y las tías no dudan en poner en bandeja de plata la flor que esconden entre los muslos para captar

la atención de ese chico que he creado, pero nadie quiere enfrentarse a la versión de Alex «el terrible».

Por algún extraño motivo, esa imagen de mí, como un zar cruel, atroz y de mente jodida, al igual que Iván IV Vasilievich, hace que me ría como un espectador de mí mismo. Pero la risa acaba tan pronto como ha empezado, y la ira me envuelve otra vez del mismo modo que una armadura de hielo.

Me vuelvo hacia Carlos.

—¿Y bien? ¿Vas a quedarte ahí en la puerta como un pasmarote o vas a dejarme entrar de una maldita vez? —inquiero con voz ronca y amenazadora.

Carlos se hace a un lado con una mueca, y yo paso por su lado a zancadas bruscas.

Una vez en la habitación, lanzo la botella, todavía medio llena de agua, al fregadero, y no me detengo hasta que he alcanzado el armario ropero.

Sin ningún cuidado, empiezo a revolver dentro del cajón superior.

Cuadernos de aros, folios, notas adhesivas y otros objetos vuelan hasta el suelo sin que apenas me percate de ello, hasta que saco una carpeta negra donde tengo la documentación del piso del campus.

Carlos me sigue una vez que ha cerrado la puerta.

—¿Crees que tus padres están detrás de todo esto? —pregunta con cautela.

Su comentario confirma mis sospechas de que ha oído lo suficiente de la conversación telefónica.

—Es posible que mi familia esté detrás —digo de forma concisa y me quedo en silencio. Mi vista se ha detenido en un papel que acaba de caer al suelo.

—Y vas a confirmarlo, supongo —dice despacio Carlos como si ya lo esperara. Entonces hace una pausa—. ¿No es eso un billete de avión de solo ida a Nueva York? —pregunta a continuación con evidente curiosidad.

Me agacho para tomar el billete, al lado ha caído también mi pasaporte. Pensativo, froto con las yemas del pulgar y del índice la superficie lisa del papel. No puede ser solo una coincidencia que esto esté entre las páginas del contrato.

Pienso en mi madre y en nuestra última conversación en su despacho, sobre su propuesta de abandonar el país e ir a estudiar al extranjero. La caca que hemos encontrado debe de ser del Shar Pei que tiene.

—No es nada —zanjo, y me guardo el billete en uno de los bolsillos de la camisa. Tomo el pasaporte también—. No le digas nada a nadie de esto.

—Alex, ¿tienes pensado irte de viaje? —insiste.

Me vuelvo hacia Carlos, lo que me regala la visión de un tío corpulento de gimnasio vestido de Armani, con guantes de silicona en las manos y un espray rosa en una de ellas.

Me doy cuenta de que la habitación tiene un olor empalagoso a flores, que me hace pensar en Heidi y en extensos prados iluminados por el sol en primavera.

Carlos sacude el ambientador para llamar mi atención, y al instante noto un

cosquilleo bajo la nariz. Estornudo, y todo mi cuerpo se sacude.

—Dios..., ¿qué es esa mierda que estás echando en el cuarto, Carlos? —replico y me froto la nariz.

—Es el ambientador de Jess. Cree que el olor a tío de la habitación no es bueno para el bebé.

Una mueca sardónica me inclina la boca hacia un lado.

Me guardo el comentario de que es mucho peor fumar, como la he visto hacer a ella en muchas ocasiones, escondida en la sombra de las escaleras de la residencia. Sin embargo, Carlos todavía se deja engañar por ella y soporta todas sus exigencias.

—Hum... —murmuro distraído. Me pongo en pie y retomo el contrato.

—Entonces ¿no vas a irte de viaje? —vuelve a preguntar Carlos.

—No —respondo circunspecto.

—Está bien entonces... —dice Carlos. Se queda callado y me doy de nuevo la vuelta para mirarlo. Noto que se rasca la cabeza como si algo más le preocupara.

Doy un suspiro de exasperación.

—¿Ahora qué pasa, Carlos?

—No pensaba decirte esto, Alex... Pero en el hospital Beca se puso histérica porque te habías marchado con Hugh, y tuve que prometerle que no me despegaría de tu puto culo mientras estuvieras con él. ¿No te parece muy raro para tratarse de ella? Siempre es bastante tranquila, pero estaba... fuera de sí, ¿entiendes lo que digo? —insinúa con cuidado.

—Acababa de despertar, es normal que estuviera un poco tensa ante personas extrañas —rechazo de inmediato, aunque ensombrecido por mis pensamientos.

—¿Tensa, Alex? —repite Carlos con una carcajada de asombro—. Hitler se le quedaba corto a su lado cuando me empujó de la habitación.

Le lanzo una mirada de advertencia, y él se aclara la garganta. A continuación, empieza a moverse nervioso por el cuarto, e intuyo que es incapaz de dejar pasar el tema.

—Escucha, tío. Ese tipo, Hugh o comoquiera que se llame, me estuvo haciendo demasiadas preguntas sobre ti cuando regresaste al cuarto con Beca. Ándate con ojo, Alex. He hablado con algunos colegas... y no me gusta nada lo que he escuchado de él. Ha estado planteando preguntas relacionadas contigo también por el Florida Night, la residencia de estudiantes y la facultad. Hugh no es trigo limpio, pero seguro que eso tú ya lo sabes, ¿no? —De repente, baja el volumen de voz—. Solo por si acaso, tal vez yo podría hablar con tus padres, hace tiempo que los conozco y...

—Gracias, Carlos, pero no necesito tu ayuda esta vez. Controlo la situación —respondo con la mandíbula apretada.

Paso las páginas del contrato en busca de la cláusula que necesito revisar, aunque ya no consigo concentrarme en él.

Lo que ha dicho Carlos de Rebeca me ha trastocado por completo, y ahora no puedo dejar de pensar en ella. Beca todavía no me ha comentado nada de lo que

quería decirme aquella vez en el hospital. Debería haberle prestado más atención.

Escucho una risilla a mis espaldas y me giro.

—Reconócelo, Alex. Esta vez sí que estás jodido y lleno de problemas hasta arriba, pero sigues con la puta boca cerrada por el orgullo sin aceptar ayuda de nadie. ¿De verdad puedes controlarlo todo tú solito, tío? Yo creo que no. Hugh podría ser un colgado que se ha obsesionado contigo. Sé mejor que nadie por qué no quieres pedir ayuda a tus padres, pero nadie puede ser un superhéroe todo el tiempo, y los que lo intentan acaban muertos. ¿Es eso lo que buscas?

Lo observo contrariado.

No entiendo por qué Carlos está tan furioso de repente. Y empiezo a sospechar que hay algo más, aparte de haberme negado a aceptar su ayuda, que no me ha contado todavía. E intuyo que se trata de un tema de índole personal que lo está matando por dentro... Tal vez Jess ha vuelto a hacer una de las suyas...

—¿Qué te pasa, Carlos?

—¿Qué te pasa a ti, tío? Escucha, porque no te volveré a repetir esto. Hay dos tipos de personas, Alex. Las que se escudan en lo que fueron y las que luchan por ser quienes son. Nadie se queda mucho tiempo junto a las del primer tipo.

Arrugo el ceño, bastante preocupado. Trato de acercarme a Carlos y tomarlo del brazo, pero él se deshace rápido de mi mano.

—¿Qué ocurre, Carlos? ¿Se trata de Jess? —lo interrogo. Carlos resopla, como si mi comentario fuera chistoso para él.

—¿Por qué sigues con eso? Joder, Alex... —Carlos se quita los guantes de silicona y los tira al suelo con fuerza. Tiene una mirada que me pone en guardia—. Bien. Ve a echarle un buen polvo a tu chica, capullo. Consuélate un rato —espeta entre risas escandalosas—. Dime, ¿tan buenos son los polvos con Beca que te hacen olvidar incluso quién eres? Sí, seguro que es una tía impresionante en la cama.

De pronto, una vorágine de emociones violentas vapulea todo mi cuerpo y, antes de que pueda detenerlo, le he lanzado a Carlos un puñetazo en plena cara. Un hilillo rojo de sangre le fluye casi al instante por una de las comisuras de la boca.

Carlos sonrío, se limpia la herida del labio y, acto seguido, me devuelve el golpe con más fuerza. En el momento siguiente, ambos nos vemos inmersos en una pelea salvaje de gallos. Varios de los muebles de la habitación sufren los empujones de nuestros cuerpos.

Me parece oír que llaman a la puerta, pero entonces Carlos aprovecha la distracción para arrojarme al suelo con todo su peso, y yo dejo de prestar atención para defenderme.

Estiro una pierna para contener el cuerpo de mi amigo y con la mano derecha paro su puño antes de que me lo estelle en la cara. Después, me impulso de lado y consigo rodar hasta que me encuentro encima de Carlos.

—Pero ¿qué te pasa, capullo? —le pregunto aún asombrado por su arranque de ira.

—Tú eres el capullo, Alex —increpa Carlos.

Las voces y los golpes sobre la puerta de nuestra habitación aumentan y hacen que tanto Carlos como yo pongamos fin a la pelea.

Me tenso.

—¿Quién crees que puede ser? —pregunta Carlos.

—No lo sé, pero tengo esperanzas de que sea tu sensatez —respondo, y ruedo hacia un lado—. Abre tú. Yo voy al baño.

A regañadientes, Carlos se levanta y va hasta la puerta; sin embargo, no se oye ninguna voz.

Extrañado, asomo la cabeza para ver qué es lo que le ha dejado congelado en el sitio. No obstante, Carlos no ha abierto del todo y es difícil ver quién es desde el baño.

—¿Podemos pasar? —pregunta por fin desde el otro lado del pasillo una voz masculina que me resulta familiar.

Carlos no responde, y se desplaza hacia un lado para dejar pasar a la inesperada visita.

Diego y Víctor, con Natalia en medio de los dos, me devuelven la mirada casi con alivio. Y, sin embargo, yo no me siento en absoluto confortado.

Tienen las mejillas acaloradas, como si hubieran venido corriendo desde algún lugar, pero la emoción que detecto en sus ojos es lo que más hace que me chirríen los dientes: es seria y a todas luces alarmante.

—¿Qué ha ocurrido? —pregunto de inmediato.

Víctor aprieta la mandíbula y baja la vista hasta sus hermanos, antes de tomar la iniciativa de responder.

—Mi padre ha vuelto a casa... No podemos seguir allí y no tenemos otro lugar al que ir —dice con una voz de profundo dolor contenido.

—¿Dónde está Rebeca? —pregunto.

Un sentimiento mucho más intenso que el temor me escala por la pierna y se apodera de mi corazón como una enredadera venenosa.

Capítulo 31

BECA



Dani, mi padre, me devuelve una mirada seria con aquellos ojos castaños y arrugados en las comisuras que ya había olvidado. Sus cejas espesas están prácticamente unidas por la tensión. Entrea la boca, que hasta ahora se ha mantenido apretada en dos finas líneas horizontales mientras yo hablaba, para intervenir, pero mamá lo detiene al agarrarlo por el brazo con un gesto contenido.

Deslizo la vista hasta donde la mano de mi madre, que en dos años se ha encallecido demasiado rápido, roza con familiaridad el antebrazo cubierto por un fino jersey bermellón de mi padre...

De pronto, la cocina de casa parece mucho más raquítica de lo que es, repleta en exceso de objetos anticuados e inútiles que ya estaban ahí antes de que viniéramos a vivir.

Aparto la mirada de mis padres y la enfoco en las baldosas naranjas y desgastadas del suelo, porque me cuesta acostumbrarme a volver a ver a mis padres juntos de ese modo y, sobre todo, porque me hace recordar la razón original de que nos mudásemos a este lugar tétrico, lúgubre, viejo y apartado de casi todo en general.

En ese momento, la canción *For You*, de EXO, que proviene de mi habitación, donde he dejado el móvil, comienza a sonar en medio del silencio como si procediera de otra dimensión paralela.

Alex...

—Por favor, Beca, cariño, mírame y acéptalo. —Mamá suena casi desesperada, así que levanto de nuevo la vista. Sus ojos brillantes y cálidos me queman por dentro. Ella nunca ha suplicado por nada ni por nadie, pero hoy lo está haciendo—. Daniel es tu padre. Él no tuvo toda la culpa de lo que le sucedió. Lo sabes bien —señala mamá. Sus palabras no suenan como una acusación, e igualmente me pesan demasiado.

Me muerdo el labio inferior al mismo tiempo que la tensión se me acumula en la punta de los dedos debido a la impotencia.

—Mamá... —Hago una pausa teñida por la ansiedad. Cierro los ojos y, una vez que me he calmado, continúo—. Él no permitió que lo visitaras en la cárcel y ni siquiera se molestó en darte algún tipo de explicación a ti, que eras su mujer. —Tomo aire, porque me he dado cuenta de que empiezo a acelerar la voz—. Tú misma me dijiste que reunías los recortes de periódico que salían sobre papá por esa misma

razón. —Me paro de nuevo un segundo. Me cuesta incluso reconocer que la persona de la que hablo está ahí presente, con nosotras, en estos momentos—. ¡Nos excluyó, mamá! Dos años enteros sin saber de él. Mis hermanos, yo. Para nosotros está muerto.

—Pero estoy vivo y aquí con vosotros, hija —intercede mi padre de forma muy significativa.

—¿Ahora soy tu hija? —replico embargada por la rabia—. Durante dos años eso no pareció importante ni siquiera un poco.

—Dos años encarcelado por un delito que no cometí, hija —me recuerda mi padre. Mamá trata de pararlo de nuevo, pero esta vez Daniel la toma de la mano y se gira para mirarla a los ojos, casi con lo que me parece entrever que es cariño—. Por favor, Clara, deja que esta vez hable yo. —Mamá asiente, y entonces mi padre se vuelve en mi dirección. Alza los hombros y exhibe una expresión seria. De verdad se parece a Humphrey Bogart en estos momentos, con ese aire melancólico de haber pasado ya por todo en la vida—. Todo lo que dices es cierto, Rebeca, pero...

—No me llames Rebeca —le advierto con brusquedad.

—Hija... —interfiere mamá de nuevo.

—No. No se trata solo de mí, mamá. No tengo ningún problema en que rehagas tu vida si eso es lo que quieres. Te lo mereces y solo deseo tu felicidad. Pero no con esta persona. Víctor todavía cree que te dejó por otra mujer, Diego apenas habla desde lo que sucedió y Natalia ni siquiera puede reconocerlo, porque era demasiado pequeña cuando nos quedamos solos. —Niego con la cabeza—. Ahora estamos bien y no lo necesitamos en nuestras vidas.

—Estoy muy enferma, hija —suelta de repente mi madre.

El tiempo parece detenerse en ese mismo instante.

—¿Qué acabas de decir? —pregunto de inmediato.

La sangre se me escapa de la cara, dejo de respirar. Estoy demasiado aturdida y quiero pensar que he oído mal.

No, no puede ser. De ninguna manera.

—Tengo un tumor cerebral —prosigue mi madre. Casi me parece oír cómo se me desgarrar el corazón—. Hasta hace poco no estaba tan mal, pero he comenzado a padecer nuevos síntomas. He perdido el gusto, hija, y mi visión no siempre es buena. Mi humor cambia de forma constante, me desmayo en el trabajo cada vez con más frecuencia y el médico ya me ha advertido que es posible que empiece a no reconocer determinadas cosas. ¿Comprendes lo que quiero decir, Beca? Necesitamos a tu padre. —Suena tan calmada mientras dice esas atrocidades que todavía me cuesta más asimilarlo.

—¡No! —La voz me sale quebrada.

Niego fuertemente con la cabeza. El corazón me late tan rápido que me parece que está a punto de salirse del pecho. Apenas puedo contener el estallido emocional que se ha extendido dentro de mí.

Eso no puede ser cierto. ¡Oh, Dios mío!

Entonces, pienso en la última conversación que tuve con mamá después de encontrar a Marta borracha. En cómo mi madre me besó en la mejilla y me peinó una ceja con suma ternura mientras me decía que fuera fuerte, aun si algún día no estaba con nosotros.

Ella se estaba despidiendo de mí. En ese momento, mamá ya sabía lo que le ocurría.

¡Oh, Dios mío! ¡No! ¡No!

—No —vuelvo a negar todavía más firme y en alto. Me tiembla todo el cuerpo—. Debes de estar equivocada. Podemos ir a otro médico. A veces se equivocan, mamá. Una vez la madre de Marta tuvo algo parecido, pero descubrieron que se trataba de un error. Sí —confirmo con un movimiento firme de cabeza, aunque sé que solo estoy mintiéndome a mí misma—. Eso es lo que es, un error.

Mamá se queda muy quieta, solo me mira y me mira.

Doy un paso de espaldas, cada vez más cerca de la puerta de la cocina.

El estómago se me revuelve y los nervios que conectan mi cerebro parecen estar en un cortocircuito por el esfuerzo de mantenerme en pie. No puedo comprender esto tan horrible que está sucediendo y que no puedo controlar.

Siento como si una inmensa ola me hubiera arrancado del suelo sin previo aviso y después me hubiera tragado mar adentro, a mucha profundidad.

Noto que el nudo que se ha formado en mi garganta me aprieta cada vez más fuerte y no me deja respirar.

—Hija... —Mamá me llama muy preocupada. Se acerca hasta mí y me cubre con sus pequeños y delgados brazos por la espalda. Parece muy delicada y desmejorada. Su cabello ya no es tan abundante, está canoso. Apenas se distinguen las cejas por encima de sus ojos sombríos, y su cara está tan pálida.

De repente, veo la verdad de una manera nueva, aterradora.

—¡Oh, Dios mío! Mamá. —Se me escapa un gemido y la abrazo con fuerza, porque si no lo hago siento que ella se desmayará—. Está bien —digo con toda la calma que puedo reunir al cabo de unos segundos, aunque todavía soy incapaz de evitar que la voz me traicione un poco y muestre una parte de mis emociones. Abrazo a mi madre hasta que no queda espacio entre nosotras y hundo mi barbilla en el hueco derecho de su cuello, donde encuentro la seguridad que preciso para seguir hablando—. Ya hemos pasado por mucho. No te preocupes. Afrontaremos esto como las otras veces, mamá. Soy mayor de edad, puedo dejar los estudios, buscar un trabajo mejor o varios si es necesario, y Víctor puede encargarse de Diego y Natalia. Nos organizaremos —prometo—. Te recuperarás.

De pronto, noto cómo mi madre se tensa y poco a poco me aparta.

—Hija. —Hay algo en su mirada que me pone en alerta de inmediato y que hace que el vello se me encrespe, y de algún modo sé que ella no va a aceptar mi propuesta—. Te has vuelto tan fuerte, hija. Ahora eres una mujer preciosa capaz de tomar

decisiones, por eso sé que lo entenderás. —Los ojos de mamá brillan como puntos luminosos en un cielo nocturno mientras habla. Me sonrío con orgullo, pero es una sonrisa que me pesa todavía más en el corazón—. Lo mejor que nos puede ocurrir, cariño, es que cometamos errores, porque así aprendemos algo. No voy a permitir que de nuevo estropees tu futuro, y tampoco lo va a permitir tu padre. Debes volar, volar muy alto, cariño. Debes ser feliz y vivir tu propia vida.

Me quedo sin aire. ¡Oh, Dios mío! ¡No!

—¿Cómo me puedes pedir eso en este momento, mamá? —balbuceo llena de incredulidad—. No puedo ser feliz si tú no sigues con nosotros. Te necesitamos. Natalia y Diego aún son demasiado pequeños. Y...

Dejo de hablar, porque no hay palabras suficientes para explicar por qué la necesito tanto.

—Yo me encargaré de la familia a partir de ahora, Rebeca —dice mi padre, que toma la palabra en medio del silencio etéreo que se ha formado—. Y de los gastos.

A cámara lenta, veo cómo mi padre da un paso hacia delante y pasa un brazo por los hombros de mamá, que parece a punto de desvanecerse.

Me doy cuenta en ese instante de que ellos ya lo han acordado todo.

La cabeza me da vueltas. Cierro los ojos y tomo una larga calada de aire para serenarme, pero esta vez me resulta imposible.

—No —digo con apenas un hilo de voz, y salgo de la cocina directa hacia la puerta de casa para irme a la calle. Pero, cuando lo hago, mi cuerpo choca contra un amplio pecho que me impide que me vaya. Alzo la cabeza—. Alex...

Las lágrimas me salen de golpe al verlo, y sin embargo no estoy llorando.

—Musa —me llama Alex en un tono ronco y característico solo de él, como si fuera un ángel del infierno recién materializado de la nada en el mundo humano. Me agarra de una de las muñecas y tira de mí con un impulso—. Salgamos de aquí.

Echamos a correr y la carrera no parece detenerse ni siquiera cuando entramos en el coche de Alex, el Aston Martin negro que le regalaron sus padres.

Aire.

El pensamiento me llega con tal fuerza que me marea.

Siento que si estoy quieta más de dos segundos en el mismo lugar me volveré loca.

—¿Qué es lo que quieres, musa? —pregunta Alex, y esto es lo último que esperaba que hiciera. Acaba de abrocharme el cinturón, no se ha retirado todavía, y su cara está tan cerca que me cuesta apartar la mirada de él, porque no sé si lo que más quiero ahora es estar sola.

—Quiero sentirme en el viento —murmuro de forma impulsiva, pero entonces me doy cuenta de lo absurdo que ha podido sonar eso y me corrijo—. Ha sonado descabellado.

Alex me contempla con tal profundidad que me parece que puede leer dentro de mí sin necesidad de interrogarme, como si fuera un libro que ha ojeado miles de

veces y se supiera los diálogos de memoria. Niega con la cabeza casi de forma imperceptible, y aunque no me toca, siento la misma intensidad que si lo hiciera, incluso multiplicada por mil.

Alex asiente con la cabeza y vuelve a colocarse con la espalda recta en su asiento.

Da un largo suspiro, que me hace suponer que él también debe de tener preocupaciones. Me muevo para observarlo mejor, pero sus palabras me distraen.

—Es una buena idea para los dos, musa —dice, y enciende el motor.

De repente, todas las ventanillas del coche se deslizan hacia abajo al mismo tiempo con un sonido cortante.

Me vuelvo sorprendida, pero no tengo mucho tiempo para pensar en lo que Alex pretende. El vehículo se pone en marcha antes de eso, y el frescor de la tarde empieza a entrar dentro.

Nos incorporamos a la circulación. Alex acelera, la brisa aumenta y el pelo suelto me explota en la cara con una sacudida.

Esto es casi un alivio.

—¿Adónde vamos? —pregunto preocupada, pero no demasiado, al mismo tiempo que me aparto el cabello para poder mirar a la cara a Alex.

—Por ahí —responde él de forma circunspecta, y sé por su expresión corporal que no va a decir nada más.

Enciendo la radio, y la voz de Adele cantando *Rolling in the Deep* llena el interior de musicalidad.

Me dejo caer en el asiento y cierro los ojos mientras entono con mi propia letra sin sentido la canción, pero antes extendiendo una mano por la ventanilla, con los dedos ligeramente separados para sentir más el febril aire del exterior entre ellos. La sensación me recuerda a cuando echo a correr con todas mis fuerzas y el viento me golpea en la cara, solo que más potente.

Mis pulsaciones siguen el ritmo de la música.

Alto, bajo, rápido, lento, y de nuevo el mismo ciclo hasta que no puedo oírla por más tiempo. Solo soy yo y mi corazón.

El calor de mi cuerpo me sumerge en una neblina de sopor intranquila a pesar de la brisa que me da en la cara.

No sé cuánto tiempo pasamos así, sin un destino fijo, las ventanas bajadas y sin intercambiar palabras entre nosotros, pero cuando vuelvo a abrir los párpados, ya es de noche.

Una canción lenta que no reconozco se cuela por mis oídos. Admiro con cierta lejanía la capital, que rebosa luminosidad y desprende un espectacular contraste de colores por todos sus altos edificios.

Doy un suspiro trémulo. Apenas puedo controlarme.

—¿Estás bien? —pregunta Alex. Extiende una mano hasta alcanzar los dedos de mi mano izquierda. Los acaricia y finalmente los aprieta entre los suyos.

Empiezo a temblar.

—Estoy bien —confirmo, y solo espero que sea así. Me revuelvo en mi asiento —. Es tarde, Alex. Debo buscar a mis hermanos —digo, pero no aparto sus dedos.

Alex me echa un vistazo de reojo y luego sigue con la atención puesta en la conducción.

—Están con Carlos en la residencia. No debes preocuparte, musa —explica con una voz grave y profunda.

—No quiero que sean una molestia y que os causen problemas por tenerlos en los dormitorios, Alex.

—Está bien —cede él sin intentar forzarme, y me levanta la mano que me sujetaba hasta su boca. De forma inesperada, me besa en los nudillos. Un hormigueo se extiende por mi piel. Eso es demasiado para mí—. Haremos como quieras, musa.

—Gracias —murmuro agradecida porque no haga más preguntas. Dejo caer la frente hacia el lado de la ventanilla.

A continuación, Alex me suelta la mano un instante para cambiar de marcha y se desvía del camino principal. Gira a la derecha y toma una de las calles que conducen a la residencia de estudiantes donde él duerme con Carlos y donde también me deben de estar esperando mis hermanos, pero cuando estamos ya a punto de llegar siento una necesidad insidiosa de detenernos de inmediato.

El pecho me duele de una manera que no logro entender.

—Por favor, Alex, ¿puedes parar antes para comprar algo de beber y comer? —pregunto despacio, para disimular la desesperación en mi voz.

¡Oh, Dios mío! Tengo que quedarme sola enseguida.

Alex no responde, pero aparca junto a una tienda de alimentación en la que las latas se amontonan en el cristal del escaparate y un letrero rojo iluminado en la parte superior imita las letras chinas.

Observo con desinterés que se trata de uno de los muchos locales administrados por asiáticos que abundan cada vez más en la ciudad.

El sonido de mis propias pulsaciones está a punto de herirme los oídos de tan alto que es, como si llevara cascos y hubiera subido el volumen hasta el tope.

Noto que Alex se desabrocha el cinturón con demasiada lentitud y luego se inclina sobre mí como si esperara algo...

Solo unos centímetros nos separan, pero siento que no puedo recorrerlos en estos momentos. Mi cabeza está en otra parte, muy lejos de aquí. Apenas me salen las palabras, porque no puedo encontrarlas. Me quedo callada.

—Es posible que tarde un poco, Beca. Parece que tienen cola —anuncia Alex en voz baja, pero lo suficiente alto para que lo oiga.

Acto seguido se acerca a mí, y creo que va a besarme; entonces, en el último instante, como si hubiera cambiado de opinión, desvía la dirección de su boca y la alza hasta mi frente. Cuando me besa en ella, parte del pelo que me ha caído desordenado sobre la cara debido al viento queda bajo sus labios.

Alex se separa, y la expresión de su cara se vuelve un completo enigma para mí.

Mi respiración se acorta. A continuación, veo cómo él sale del coche y, en el momento en que cierra la puerta, toda mi fachada de normalidad cae de golpe con toda su potencia.

Un grito profundo sin sonido ahoga mi garganta.

Caigo sobre mis rodillas en un movimiento brusco y desesperado.

Me estiro del pelo y amordazo mi boca con la tela de la manga larga de mi camiseta.

Hundo los dientes en mi brazo hasta que agarro la piel.

Me sacudo y golpeo sin coordinación mis piernas con los puños hasta que las muñecas me duelen.

—¡No! —suelto en un sollozo atragantado—. ¡No! —repito una y otra vez.

Siento cómo mi alma se desgarras en dos, al mismo tiempo que las lágrimas me mojan las mejillas igual que cuchillas afiladas.

Toda yo sangra de dolor.

—Mamá. ¡Oh, Dios mío! ¿Qué voy a hacer ahora? —me pregunto en un murmullo. Mi propia voz retraída me sorprende—. ¿Cómo lo haré para ser feliz si tú no estás con nosotros?

Una sombra cubre la ventanilla de pronto.

Me estremezco al notar su silueta masculina tan reconocible.

Levanto la vista muy despacio. Primero me detengo a examinar su mano derecha, que sostiene una bolsa de plástico blanco con lo que adivino que deben de ser latas y algo de comer. Muy intranquila, tomo aire, pero no lo suelto de los pulmones de forma rápida, sino poco a poco, a medida que mis ojos ascienden desde el pecho cubierto por una camisa de vestir blanca y con bolsillos hasta la cara.

Suelto el aire de golpe.

Alex me devuelve la mirada con una expresión insondable.

Sus ojos azules y rasgados son tan directos como los de un halcón que siempre regresa al mismo bosque, siguiendo el mapa invisible que está grabado en su propio instinto..., nada se pierde bajo aquella mirada salvaje, y me atraviesan por dentro. Me analizan sin dejarse ninguna parte de mí en su penetrante escrutinio.

Mi corazón deja de latir.

Capítulo 32

BECA



Un torrente gélido de emociones me ha dejado paralizada, sin poder moverme ni articular palabra. Noto cómo me cambia la temperatura del cuerpo de forma precipitada y me pongo insoportablemente nerviosa, como un gato al que acaban de pisarle la cola. Los ojos se me agrandan como platos y entreabro la boca.

Las ventanillas siguen bajadas...; ni siquiera había pensado en ello hasta ahora, cuando he visto a Alex allí de pie, al otro lado del coche.

—Alex... —balbuceo todavía demasiado sobrecogida. Me percató muy tarde de que mi voz suena agrietada e indefinida después del estallido que ha sufrido mi cuerpo, como si en cada intento de hablar arrojara un jarrón de porcelana contra el suelo.

Al final, desesperada, descubro que soy incapaz de terminar una sola palabra coherente. Alex deja de prestarme atención y vuelve la cabeza como si no me hubiera oído o ni siquiera me hubiera visto. Toda yo lucha por encontrar rápido una explicación al mismo tiempo que lo sigo inquieta con la mirada.

La espalda de Alex, enmarcada por unos anchos hombros viriles y delineados, queda grabada en mi retina según se aleja mediante pasos ágiles y largos para rodear el automóvil por detrás.

Muy consciente ahora de su presencia, observo con alivio que se detiene un instante para sacar algo que no llego a ver del maletero y, en ese lapso de tiempo en el que él tarda en regresar, me restriego los ojos con suficiente fuerza como para eliminar todo un batallón de lágrimas. Apoyo una mano sobre mi pecho, en el lado del corazón palpitante, y me obligo a serenarme. Después, me recoloco con torpes dedos el pelo suelto y desaliñado hacia atrás, pero por dentro sé que es demasiado tarde.

Alex ya ha visto todo el espectáculo.

Maldigo para mis adentros por no haber estado más atenta.

El pecho se me sacude al verlo entrar en el vehículo y de nuevo tomar asiento en el lado del conductor con una expresión contrita.

Cansada, vuelvo la cabeza hacia otro lado e intento no pensar demasiado.

—Ten —dice Alex en tono neutro, y me coloca con cuidado la bolsa sobre el regazo. Dentro debe de haber algo caliente, porque enseguida la calidez me traspasa

hasta las piernas. Me giro hacia él sorprendida.

No me había dado cuenta hasta ahora de lo helada que me he quedado con nuestro pequeño paseo sin rumbo..., pero es evidente que Alex sí.

Según abro la bolsa, una mano cruza mi visión con agilidad y saca de un cartón con grandes agujeros un envase reciclable que huele a café.

Levanto la vista hacia Alex todavía más estupefacta, si cabe.

—Bébelo —me ofrece con una mano extendida.

El estómago se me revuelve y niego con la cabeza.

—Estoy bien, Alex —lo tranquilizo, e intento sonreír, pero solo me sale una sonrisa tensa. Alex alza una ceja con toda la intención—. Puedes beberlo tú —sugiero.

Sin dejar de observarme con una mirada fija que me penetra, Alex destapa el vaso, se lo lleva a los labios y da un breve trago sin miramientos. Después, me pasa el recipiente con igual decisión y lo empuja suavemente contra mi mano hasta que no tengo más remedio que agarrarlo para que no se me caiga encima.

—Termínatelo, Beca —insiste Alex en un tono mucho más firme. Luego esboza una sonrisa burlona—. No te va a envenenar.

Le clavo una dura mirada.

—Lo vomitaré —le advierto intranquila—, y no quiero ensuciar tu coche.

—No me preocupa en absoluto que lo ensucies, Rebeca. Todo lo que es mío, también es tuyo —declara él con una expresión tan sincera que me hace ruborizar—. ¿Y bien?

Alex me contempla de manera inquisitiva mientras espera pacientemente a que me decida. Yo, en cambio, me quedo en silencio y lo observo a mi vez llena de angustia.

La expresión de Alex se dulcifica de pronto.

—Te hará bien, Beca —me asegura con un acento cargado, bajo y seductor, como si fuera uno de esos dependientes bien vestidos y atractivos que se acercan en las tiendas de cosméticos y tratan de venderte el último artículo de belleza que acaba de salir al mercado—. Solo pruébalo.

Una pequeña parte de mí se tambalea.

—Eh..., musa —me llama en un tono sugerente, hipnótico.

De forma inesperada, Alex alza el dedo índice un poco flexionado y me acaricia con el nudillo la mejilla para limpiar una de mis lágrimas olvidadas.

Sorprendida, doy un pequeño brinco en el asiento. Solo es un roce contenido, con el que Alex apenas llega a tocar mi tez, pero cada poro de mi cara se dilata por debajo de su mano igual que si hiciera un abracadabra con ellos.

Los iris de Alex se han transformado en un océano despejado, cálido y seguro.

Bajo la vista, desesperada por evitar el contacto y al mismo tiempo la invasión de sentimientos contradictorios que esto despierta en mí, y descubro entonces con enorme turbación que Alex tiene los nudillos de la mano derecha despellejados.

Una nueva preocupación comienza a anidar en mi cabeza y consigue incluso que deje de pensar durante unos minutos en mis propios problemas.

—Alex, tu mano —señalo con los ojos muy abiertos.

Se observa los dedos con desinterés y, después, aleja la mano de mi mejilla.

—Termina el café y luego descansa —me ordena al cabo de lo que me parece una eternidad—. Esto no es nada por lo que debas preocuparte, Rebeca —zanja.

Sus blancos dientes sobresalen ligeramente, lo que le provee de un aspecto lobuno.

—Te peleaste —afirmo con los ojos entrecerrados, y él no lo niega. Resoplo—. ¿Fue con Carlos? —pruebo esperanzada.

Alex suelta un suspiro indolente, que confirma mis sospechas.

De pronto, me siento muy aliviada de que la herida en su mano haya sido por eso y no porque Hugh haya tratado de golpearlo. A pesar de no haber vuelto a tener noticias sobre él, los recuerdos del incendio y después de Hugh en el hospital junto a mi familia continúan muy presentes.

—¿No vas a bebértelo? —replica Alex impaciente, y hace el ademán de quitarme el vaso de las manos.

Antes de que lo haga, decido a regañadientes concederle el deseo de dar al menos un sorbo a la bebida de modo que se quede satisfecho.

Tengo el estómago tan cerrado que incluso el aroma del café, que tan agradable suele ser para mí, me resulta insoportable, pero consigo llenarme la boca.

De pronto, me estremezo.

¡Oh, Dios mío! Sabe igual que el que mamá prepara. La mano empieza a temblarme y, sin pensarlo, arrojo el vaso por la ventanilla del coche con un sentimiento de horror.

—¡Oh, Dios mío!

Noto cómo la vista se me emborrona y mi cuerpo se contrae hacia delante. Un dolor profundo y lacerante que está a punto de hacerme enloquecer me recorre por todo el cuerpo. Extiendo una mano y comienzo a mover con gestos erráticos los dedos por la puerta.

Justo cuando estoy a punto de lograr mi propósito de salir del coche y echar a correr, una chaqueta pesada me cae por encima y esconde las lágrimas de mis ojos, que han regresado de golpe sin que me diera cuenta.

La oscuridad y un aroma masculino, intenso y con pequeños matices que reconozco en la atmósfera encerrada como a óleo y aguarrás, me hacen pensar que la prenda pertenece a Alex.

Me reincorporo de inmediato, pero enseguida unas manos me sujetan firmemente con la chaqueta por los hombros, con la suficiente destreza como para no ahogarme. Intento separarme con todas mis fuerzas, pero no lo consigo.

El abrigo acaba deslizándose por mi espalda.

—El dolor es solo la debilidad saliendo del cuerpo —cita Alex. Su voz ronca es

una nana tranquilizadora, con erres rasposas y alargadas.

Noto cómo sus dedos bajan de forma paulatina por mis hombros hasta mis muñecas, y se detienen. Con los pulgares realiza círculos sobre la cara interna de mis antebrazos.

Luego, se queda muy quieto durante unos segundos, y finalmente me suelta los brazos y me rodea la espalda. Hunde la barbilla en mi pelo.

Permanezco muy quieta mientras le oigo respirar con fuerza.

—Me preocupas, musa. No puedo seguir haciendo como si no hubiera visto nada, porque en realidad sí te he visto y te he oído, y espero que esto no te ofenda, pero necesito saberlo. ¿Qué ha ocurrido con tus padres antes de que llegara? ¿Tu padre dijo o te hizo algo que...? —Su voz aumenta varios tonos de un modo grave y protector.

Me aparto un poco y alzo los ojos hacia él.

—En realidad, mi madre está muy enferma, Alex —confieso al fin, y una vez lo he hecho, todas las demás palabras parecen salir solas con sorprendente facilidad—. Mamá llevaba demasiado tiempo comportándose de una manera extraña, y hoy me ha anunciado que tiene un tumor cerebral. —Las sílabas me tiemblan en la boca—. Mi madre ha empeorado estos últimos días, y por eso ha llamado a mi padre para que regrese a casa y se ocupe de nosotros. Él está de acuerdo. Ambos lo están. —Hago una pausa estrangulada—. ¡Oh, Dios mío! Esto parece tan irreal, Alex. Siento que no he estado lo bastante pendiente de mi madre... —Me ahogo con las palabras—. Si a ella le pasa algo, mis hermanos, yo... yo...

No logro continuar. Estoy temblando.

—Ella sigue viva, Beca. Nos informaremos de cuál es la situación y buscaremos el modo de ayudarla —jura casi sobre mis labios.

Por un instante quiero creer en sus palabras, pero borro esa esperanza con rapidez. Por todos los años que mamá y yo hemos vivido juntas, sospecho que hubiera seguido en silencio si su enfermedad no la hubiera hecho temer que pudiéramos quedarnos solos. Debe estar muy asustada. Vuelvo la cabeza, porque esto es demasiado doloroso.

Las manos de Alex toman mi cara y me obligan a enfrentarlo directamente.

Al ver de nuevo su rostro, un hormigueo helado se extiende por mi nuca.

Alex emite un arcoíris de emociones desolador, y al mismo tiempo una firmeza y dominio de sí mismo que me deja fascinada.

Sus siguientes palabras son claras, como las de quien quiere dejar constancia de un hecho para no tener que repetirse.

—Siempre hay un modo —asegura. Alex aprieta la boca contra el puente de mis cejas—. Tu madre se recuperará, Rebeca —afirma. Sus labios se deslizan por la curvatura de mi nariz y se detienen sobre mi boca a medio centímetro escaso—. Confía en mí.

La boca de Alex se funde con la mía en un tierno beso, y soy incapaz de retomar

el hilo de mis pensamientos durante un buen rato. Un sentimiento de deseo despierta en mí, pero al mismo tiempo me siento muy preocupada.

Corto el beso y me separo.

—Por favor, llévame con mis hermanos —ordeno a Alex sin mirarlo.

Atraigo las rodillas contra mi cuerpo y me abrazo fuerte con el abrigo.

Al cabo de un minuto aproximado, oigo el familiar sonido del motor, y Alex no vuelve a decir nada más, proporcionándome el aislamiento que necesito.

Cuando el vehículo se detiene de nuevo, ha pasado un rato desde que me he quedado en silencio, perdida en mis pensamientos, pero sigo recogida sobre mí misma, con todo el perfil derecho del cuerpo apoyado sobre la portezuela del coche.

De repente, la puerta se abre y comienzo a caer al vacío. Por un instante, la sensación de vértigo me embarga con un potente latigazo hasta que Alex interviene.

—¡Madre mía! Eso ha estado cerca, gracias —musito acalorada por la vergüenza. Echo un vistazo al frío y duro suelo de cemento con un escalofrío recorriéndome la espina dorsal.

—Te he estado llamando desde hace un rato —explica Alex.

Salgo del coche y miro el aparcamiento donde nos encontramos con estupefacción. El lugar me absorbe como una sombra más bajo el techo no muy alto donde han instalado un escaso juego de luces, que apenas ilumina algunos huecos de la oscura superficie bajo nuestros pies, más brillante en algunas zonas debido a la pérdida de gasolina de los coches.

Trago saliva.

Las columnas parecen imitar a alargadas lápidas: son blancas y están pintadas de gris hasta la mitad, con un número en color negro en la parte superior que indica el estacionamiento. Sacudo la cabeza.

—¿Tu residencia tiene un garaje tan grande como este? —pregunto confusa.

Alex saca la bolsa y cierra el coche con un chasquido. Luego regresa al lugar donde me encuentro, por delante del vehículo, y me pasa un brazo por los hombros. Me empuja con sumo cuidado hacia delante.

—No es la residencia —admite Alex con una mueca.

Me freno en seco y lo miro directamente con una expresión interrogante.

—No te detengas, Beca. Hace demasiado frío aquí. Atraparás un resfriado —me apresura Alex con una urgencia que no me engaña.

Me resisto a continuar adelante.

Doy un paso hacia atrás y le dirijo una larga y desaprobadora mirada.

—Si esto no es la residencia de estudiantes, entonces ¿dónde estamos ahora mismo, Alex? ¿Qué sitio es este?

—Un hotel. Ya he avisado a tu familia de que pasaremos la noche aquí. En la residencia seríamos demasiados, y conozco a un amigo en este sitio que no hará preguntas —explica en un tono práctico que suena sincero.

Alex desvía los ojos hasta mi escasa vestimenta, tan solo consistente en un pijama

corto con pequeñas mariposas azules pintadas y unas sencillas zapatillas a juego con alas en los laterales. Siento cómo Alex me recorre con una mezcla de deseo contenido en los ojos. Arruga el ceño al terminar su examen y comienza a subirme la cremallera del abrigo cuando dos hombres vestidos con traje oscuro salen de un coche y nos lanzan una mirada de curiosidad.

De pronto, soy muy consciente de mi aspecto casi desnudo y ridículo. Me siento mudar de color.

¡Oh, Dios mío!

Me aclaro la garganta. Alex se coloca de un modo posesivo delante de mí y oculta mi figura a los dos extraños.

—¿Cuándo has hablado con mi familia? —pregunto, y trato de no pensar en que habrá más personas por el camino que quizá piensen que acabo de salir de un psiquiátrico.

—Cuando nos detuvimos en la tienda. —Alex para de hablar y me enseña su móvil como prueba—. Tu madre me llamó, estaba preocupada por ti. Dejaste tu teléfono en casa y vio que venías conmigo... —El corazón se me encoge por un instante—. En cuanto a tus hermanos..., ellos ya estaban avisados antes de ir a buscarte.

Dejo escapar el aire que había estado conteniendo hasta ahora en los pulmones y me rebujo más en el abrigo. Luego, echo a caminar en la misma dirección que los dos hombres que hemos visto antes. Alex me estrecha de lado.

—Estás temblando, Beca —observa.

—Hace frío —murmuro, y Alex me pega más contra él.

—Se te pasará en cuanto te hayas dado un buen baño caliente —promete Alex, y me besa en la sien.

Un cuarto de hora después, Alex ya ha hecho los trámites suficientes y me conduce por el elegante edificio con elementos vanguardistas. Observo fascinada las altas paredes de color negro en las que han ubicado luces que parecen donuts, para no ver las caras burlonas de las personas que bajan la vista hasta mis zapatillas.

Por suerte, no tardamos en llegar a la octava planta, y continuamos andando hasta el final, donde está la puerta número 812, que coincide con una amplia terraza desde la que se contempla el Museo del Prado.

Nuestra habitación no es tan espectacular como la que usamos en Londres, pero a primera vista está bien acondicionada y es limpia, con colores en la decoración que van intercalándose desde el blanco hasta el gris y el negro.

—Iré a darme un baño —anuncio, y me separo de Alex, que me suelta poco a poco. Me froto los brazos y me obligo a despejar la mente.

—Haré una llamada mientras tanto —anuncia Alex. Asiento de forma leve con un gesto de cansancio—. Disfruta de tu baño, musa —me desea con una agradable sonrisa.

Me quedo observándolo durante unos segundos, pero él ya me ha dado la espalda.

Pensativa, me encierro en el cuarto de baño, demasiado agotada en estos momentos para hacerle preguntas.

Mientras preparo el agua, comienzo a desnudarme, lo cual no me lleva mucho tiempo. Las paredes son placas de mármol beige, al igual que el suelo, y se empapan de pequeñas gotas de agua a medida que la bañera termina de llenarse. Extiendo una toalla limpia para los pies, a juego con la porcelana nívea del lavamanos, y cierro el grifo.

De forma paulatina voy introduciéndome en el agua, hasta que todo mi cuerpo está dentro.

—¡Oh, Dios mío! —Se me escapa un gemido de placer a pesar de mi estado de ánimo sombrío.

Cuando estoy a punto de comenzar a enjabonarme, unas manos toman mis hombros. Instintivamente trato de girarme, pero Alex me detiene con un susurro tranquilizador. Sus dedos se deslizan con suavidad por mis brazos, localizando los puntos sensibles con los pulgares, y de nuevo regresan a mis hombros para bajar por mi espalda con una cadencia placentera.

—Esta es la primera vez que consuelo a alguien, Rebeca. ¿Lo estoy haciendo bien?

Suspiro hondo.

—Tanto que no parece ser tu primera vez, Alex —digo con los ojos cerrados. Eso hace que me gane una carcajada de satisfacción masculina.

Alex se inclina hasta que su boca toca el lóbulo de mi oreja, pero no es lo único, sus manos también están más bajas, sobre mis caderas. Sus dedos se arquean hasta abarcar mi trasero y de inmediato empiezan a moverse.

Un fuerte estremecimiento me sacude.

Se me escapa un gritito de sorpresa.

Cuando Alex vuelve a hablar, la calidez de su aliento y el ronco timbre de su voz parecen más acentuados que nunca.

—Hazme hueco, musa, voy a entrar.

Capítulo 33

BECA



De súbito, el nivel del agua aumenta en la bañera hasta cubrirme el inicio del pecho. Alex termina de colocarse detrás de mí con sumo cuidado, y al instante acorta la distancia entre nosotros y me rodea con los brazos, para echarme suavemente contra su cálido cuerpo. Más segura, relajo la espalda sobre su sólido pecho y me dejo mecer bajo su abrazo protector. Una poderosa sensación de confort mana de Alex, y consigue sumergirme en un estado medio de sopor.

Durante esos minutos de paz, me dedico a descansar y a aprovecharme de las caricias tranquilizadoras de Alex con la esponja sobre mis extremidades, mi pecho, mi vientre y mi espalda. Y mientras tanto, entre toda la espuma de jabón que cubre la superficie del agua igual que si fuera nieve caliente, observo abstraída cómo las pequeñas burbujas se desvanecen silenciosas cuando las toco con mis dedos.

Trago saliva antes de hablar, porque siento la boca seca.

—He pensado en todos los momentos en los que mi madre me estaba dando pistas. Cuando llegaba agotada a casa, cuando empezaba a decir lo orgullosa que estaba de mí como si fuera a despedirse, y ayer... Mientras estábamos pasándolo bien, ¿dónde estaba ella? Definitivamente, no creo que estuviera en casa de una amiga, Alex. Esta tarde, al verla junto a mi padre, lo he entendido de inmediato. — Me doy la vuelta un poco y alzo la cabeza hacia su rostro. Se produce un breve chapoteo con el movimiento—. Pensé que estaba resfriada, pero la verdad es mucho peor.

Alex besa mi frente.

—¿Qué vas a hacer, Beca?

—Todavía no lo sé. Supongo que al menos tendré que hablar primero con Víctor. Tenemos que estar preparados para lo que sea que... —No termino la frase, pero sé que Alex ha entendido, porque me aprieta más contra él.

—¿Quieres que esté presente? —se ofrece con una expresión seria y decidida. Aparta un mechón rebelde de mi cara y me recoloca el pelo ligeramente húmedo hacia un lado con suavidad.

—No, esto es algo que debo enfrentar sola —respondo de inmediato.

Si hablara con Víctor estando más personas delante, se sentiría acorralado e incluso ofendido por no ser el primero en saber lo que le ocurre a nuestra madre. Él la

adora, y no estoy segura de si podrá soportar la verdad, pero espero que consiga al menos aceptarlo.

—Sabes que no tienes la culpa de todo esto, ¿no, Beca?

Respiro hondo al escuchar las palabras de Alex y pienso muy bien mi respuesta antes de contestarle.

—Lo sé, Alex, pero me arrepiento de haberme rendido demasiado pronto cuando noté las primeras señales. Debería haber perseverado hasta que mi madre lo confesara todo.

Alex para de frotar la esponja por mi brazo.

—¿Qué quieres decir?

—Puedo soportar muchas cosas, como el hambre, el frío e incluso la pobreza..., pero hay tan solo una cosa que nunca voy a poder sobrellevar: que las personas que atesoro y que amo lo estén pasando mal mientras yo no puedo hacer nada. Ojalá hubiera sabido todo esto antes.

Tengo la garganta obstruida por la emoción, pero ya no me quedan lágrimas que dar, y tampoco quiero dejarme llevar por ellas otra vez.

De nuevo, volvemos a quedarnos en silencio, pero me doy cuenta de que Alex parece más taciturno incluso que yo, como si no parara de darle vueltas a algún tipo de pensamiento.

Me ayuda a salir de la bañera y me cubre con la toalla. Entonces, me levanta en brazos y me lleva hasta la cama, donde me deja sola unos minutos. Cuando regresa, ya se ha cubierto de la cintura a los tobillos con los pantalones que ha debido de dejar antes en el baño, pero trae otra toalla consigo, y con ella comienza a frotar mi cabeza para secarme el pelo.

—Siento que tengas que pasar esto conmigo, Alex —me disculpo, preocupada de que lo haya abrumado y de que ese sea el motivo de su repentina actitud reservada.

Alex se detiene abruptamente; el agua le chorrea todavía por el pelo, el cuello y el pecho hasta escurrirse por la fina línea de pelusa clara que nace desde su ombligo, pero eso no parece preocuparle lo más mínimo.

La toalla queda aplastada contra mis mejillas por las palmas de sus manos y crea una sensación de capucha alrededor de mi cabeza.

—Mírame, Beca —ordena. Una severa expresión se ha dibujado en su rostro húmedo—. Compartir tus preocupaciones hará que se dividan para ti, y yo me sentiré mucho más útil. —Lo dice de tal modo que no puedo contradecirlo de ninguna manera.

Un silencio sobrecogedor surge entre nosotros.

Siento que hay un frágil aleteo de mariposas en mi estómago, contenido, tímido y recluso en alguna parte.

Alex va hasta la puerta, acaban de llamar. Cuando regresa, trae consigo una muda nueva de ropa femenina y un vestido. Los coloca a mi lado en la cama.

—Pedí que te lo trajeran —explica Alex—. Mañana te hará falta si quieres ir a

buscar a tus hermanos. —Su mirada se ensombrece de pronto—. Hay algo más... —añade sin llegar a terminar la frase.

Entonces, me entrega una carta. Miro a Alex interrogante sin cogerla, pero él vuelve a empujarla hacia mis manos. Al final, demasiado intrigada para negarme, la tomo y la examino por las dos caras, todavía sin abrirla. Al principio no la reconozco, pero, según la analizo más detenidamente y veo el logo del hospital, un recuerdo asalta mi cabeza.

Justo en ese instante, me doy cuenta de que se trata de la misma carta que se me cayó en el salón de casa antes de que Marta apareciera ayer. Aunque la han vuelto cerrar, hay pequeñas arrugas que demuestran que alguien ha leído la información de dentro mucho antes que yo.

Un sombrío presentimiento se instala en la boca de mi estómago a medida que abro el sobre y extendiendo los documentos de dentro.

Comienzo a leer con vacilación, pero poco a poco pierdo toda cautela. Agarro más fuerte la carta cuando entiendo lo que todo esto significa.

El ritmo cardíaco se me acelera y la sangre a punto de ebullición se me agolpa en los oídos. Los documentos me caen de la mano hasta las rodillas, desde donde los veo deslizarse en un vuelo a cámara lenta hasta el suelo.

—¿Desde cuándo sabías esto, Alex? —pregunto con voz aguda—. ¿Desde cuándo sabías cómo se encontraba mi madre? ¿Desde ayer? —inquiero cada vez más alterada.

Alex me deja terminar de hablar con un semblante impertérrito, y entonces sé la respuesta mucho antes de que él la diga en alto.

—Fue en el hospital, el día que te entregué el ramo de flores. Unos minutos antes oí a tu padre y a tu madre hablar. Ellos no me vieron —revela sin demostrar una sola emoción a través de sus palabras, y por primera vez en todo el tiempo desde que lo conozco, siento que no puedo siquiera permanecer en la misma habitación que él.

Con todo el cuerpo rígido, me levanto y empiezo a vestirme de forma robótica.

—Rebeca. ¿Qué es lo que estás haciendo? —pregunta Alex, y esta vez suena alarmado.

—Me voy a casa —espeto con ojos vidriosos de impotencia.

Termino de pasarme el vestido por la cabeza y después me calzo las sandalias que Alex también ha preparado para mí. Él me observa todo el tiempo con los puños apretados.

—No puedes irte ahora, Beca. No es seguro —zanja cortante y alarga una mano para rodearme el brazo.

Le aparto de un empujón tan fuerte que incluso la sorpresa de lo que he hecho me deja paralizada unos segundos. No quiero hacer daño a Alex, pero no soy yo la que habla o se mueve, sino una réplica imparable de mí misma.

—No vuelvas a tocarme, Alex —le advierto en cuanto me he recuperado, porque siento que si se acerca más a mí en estos momentos no podré controlarme.

Estoy ya tan sacudida por todo lo que ha sucedido estos últimos meses... No puedo asimilar que Alex supiera sobre la enfermedad de mi madre y no me dijera nada antes.

Me siento muy furiosa, dolida y humillada... No puedo entender nada, y sencillamente no quiero entenderlo.

—Rebeca...

—Estoy harta, Alex. Harta de todo y ya no puedo respirar, no puedo pensar, yo... —La voz me sale estrangulada. Las palabras se atascan en mi garganta, quemándome como brasas. Noto que Alex intenta aproximarse de nuevo con la intención de abrazarme, pero algo de lo que ve en mi rostro lo frena—. Ni siquiera me sigas. Necesito tiempo.

—Al menos deja que te acerque a tu casa —propone esperanzado.

—¡No! —grito—. No puedo fiarme de que me llevarás a donde yo quiero en estos momentos.

Salgo de la habitación y lo dejo atrás.

Estoy muy segura de que el portazo que he dado se ha oído por todo el pasillo, pero no me importa. Lo que tengo dentro de mí, que llevaba cociéndose durante semanas, acaba de explotar y no hay nada que pueda tranquilizarme en estos instantes.

Respiro tan fuerte que es como si fuera a escupir el corazón por la boca.

De repente, la puerta de enfrente se abre y dos figuras que me resultan familiares aparecen en ella.

Los oscuros y penetrantes ojos de los dos tipos se cruzan con los míos un instante, igual que si me atravesaran como cuchillos. Una sensación de peligro acuciante me embarga entera. El pulso se me acelera en las muñecas y las manos me tiemblan.

Enseguida los reconozco como los dos hombres con traje negro que hemos visto en el aparcamiento del hotel. A pesar de toda la bomba de emociones que abrasa mi cuerpo, noto que hay algo muy sospechoso en ellos.

Doy un paso atrás y me giro de forma brusca para regresar a la seguridad de la habitación, pero entonces soy agarrada de la cintura y arrastrada hacia la parte posterior con tal ímpetu que me quedo sin aire en los pulmones durante unos segundos.

Intento gritar, pero me cubren la boca con una mano.

Desesperada, muerdo los dedos que pillo por delante y consigo liberarme lo suficiente para pedir ayuda. No obstante, mi éxito no dura mucho tiempo. Recibo un inesperado golpe en el estómago que me hace escupir y me desaparece la voz.

Un gemido impotente brota de mi garganta.

Estupefacta, pestañeo y, finalmente, me arqueo sin fuerzas hacia delante como una muñeca rota.

Vagamente distingo la silueta de Alex, todavía en pantalones, salir de la habitación y gritar mi nombre. Quiero seguir mirando, pero la visión se me

emborrona.

Todo se convierte en un frenesí incomprensible.

Estoy demasiado aturdida.

Me pesan los párpados.

Cada parte que intento mover se resiente, y creo que me han drogado con alguna clase de sustancia. Me obligo a pestañear, y el esfuerzo que eso me supone termina con los pocos resquicios de vitalidad que me quedaban, pero durante una fracción de segundo lo veo.

¡Oh, Dios mío!

Alex... Alex...

Alex está tendido en el suelo boca abajo, como si estuviera muerto.

Trato de soltarme de nuevo, pero finalmente un pesado sopor me envuelve en la oscuridad.

Extras



Mensaje de la autora



Para ti porque me has leído

Esta noche, mientras escribo esta carta, me pregunto si el aire tiene fiebre, ¿porque se han superado los 39 grados! Solo el aliento fresco que me procuráis todos vosotros a través de vuestros mensajes, más numerosos con cada día que pasa, me da las fuerzas suficientes para continuar.

La música, conforme se acerca el esperado final, se hace más patente en esta historia. Y en esta octava entrega se ha convertido en un requisito indispensable.

He tenido sentimientos muy intensos mientras escribía, especialmente a medida que me aproximaba al último capítulo. Y antes de que me diera cuenta, estaba con los ojos hinchados, las lágrimas en las mejillas y un torrente de emociones muy profundas recorriéndome todo el cuerpo. Pero ha sido justo en todo ese mar caótico de pensamientos cuando me he encontrado con la auténtica voz de Beca, esa canción que proviene del lugar más personal del corazón, una que para mí es la versión femenina de Alex con *Love Runs Out* de OneRepublic. Se trata de la letra de *Set Fire to the Rain* junto con la melodía de *Rolling in the Deep*, de Adele. Imaginároslas juntas y lo que obtendréis es la respuesta a una de las preguntas no formuladas en la historia, cuando Alex confiesa el segundo secreto de Eduardo a Beca.

«Quiero memorizar cada parte de tu cuerpo, Rebeca. Escuchar también todas tus canciones. Lo quiero todo de ti. Cada sonido de ti. Te necesito.»

Por otro lado, si acabáis de leer la octava entrega, este será un buen momento para que vayáis al capítulo veintidós de la quinta parte y pongáis de fondo el videoclip de *Story of My Life*, de One Direction, mientras volvéis a leer el final a través de los ojos de Beca. Después, solo mirad el videoclip hasta terminarlo.

En el capítulo veintidós de la historia hablo de una salita muy especial e íntima repleta de fotografías de la familia Kirov, que se ubica en la planta superior del edificio donde viven los padres de Alex.

«Hay algo en esta estancia que, a pesar de estar iluminada y ordenada, me intranquiliza sobremanera. Es como si todas esas imágenes de paisajes y personas estuvieran gritando a voces su propia historia, algo importante, solemne y... triste.

»Esta habitación alberga las piezas de puzle que componen la vida de Alex.»

A partir de aquí, hago una pausa antes de continuar con la narración. Me preparo

para hacer una breve incursión a la capital sueca: a Estocolmo, más específicamente a la isla de Gamla Stan, conocida también como la «ciudad entre los puentes», que representa la ciudad antigua y separa las aguas del lago Malären de las del Báltico. La ciudad que dio el Premio Nobel de Literatura en 1971 a Pablo Neruda, uno de mis poetas favoritos, pero también el de Rebeca. Voy preparada con mi cámara de fotos, la aplicación para el cambio de divisas en el móvil y, sobre todo, con mis libretas de viaje para llenarlas de anotaciones, entre otros objetos. Nos vemos muy pronto, cariños. Muchísimas gracias por vuestro valiosísimo apoyo, por cada uno de vosotros estoy aquí.

¡Gracias, gracias de todo corazón a todos los que lleváis más lejos la historia de Alex y Beca con vuestras palabras! Esto es muy importante para mí. ¡Os quiero!

¡Un abrazo enorme y lleno de mariposas!

Natalie Convers

Twitter: @NatalieConvers

Facebook: Natalie Convers

Instagram: Natalieconversjr

